

VÍCTOR AMIANO

Expresiones y frases latinas
para el siglo XXI.
Origen, uso y curiosidades

Ilustraciones de Anna Parini







Queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a Emilio Pascual Martín por la lectura generosa que ha hecho del original y a María Antonia de Miquel por el cuidado y seguimiento de la edición.

Peccata minuta es resultado de la actividad investigadora del proyecto *Marginalia: En los márgenes de la tradición clásica* (FFI2011-27645), incluido en el programa Nacional de I + D + I

1.ª edición: abril de 2012

© 2012: Antonio Cascón, Rosario López y Luis Unceta
© 2012 de las ilustraciones: Anna Parini

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:
© 2012: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.ariel.es
www.espacioculturalyacademico.com
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta S. A.

ISBN 978-84-344-0053-5
Depósito legal: M. 6298 - 2012
Impreso en España por
Huertas Industrias Gráficas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o
por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

CAVEAT LECTOR
o de lo que encontrará quien se acerque a estas páginas

¿Que el latín ha muerto? Pues ¡larga vida al latín! Mientras las lenguas clásicas y casi todo lo que tenga que ver con las humanidades desaparecen de los planes de estudio, el latín sigue vivito y coleando, por más que se empeñen en decretar su defunción. Y no nos referimos solo a que nuestra lengua proceda del latín —sería una obviedad que sonrojaría incluso al pobre Pero Grullo—, sino a que este sigue presente en muchas expresiones conservadas en el habla coloquial, que vienen a testimoniar la importancia que tuvo en épocas pasadas y su constante influencia, como lengua de prestigio, sobre la nuestra. Nos referimos a vocablos como tiquismiquis o santiamén, y otras locuciones del tipo de *idem de idem*, *ipso facto* (con el sentido temporal de «inmediatamente»), *ad hoc* (dicho de aquello que es adecuado para un determinado fin), *rara avis* (que designa cosas excepcionales por su rareza) o «quedarse *in albis*», usado tanto o más que su equivalente castellano «quedarse en blanco», entre otras muchas. Pero también frases célebres, como *alea iacta est*, pronunciada por Julio César antes de cruzar el Rubicón.

A todas estas expresiones está dedicado este libro, que pretende ilustrar sobre su origen y su uso correcto, puesto que adornar nuestro discurso con latinajos puede ser una forma de demostrar que se posee cierta cultura, pero ha-

cerlo con propiedad no está al alcance de todo el mundo. Sin embargo, a diferencia de los antiguos florilegios y colecciones de adagios, este librito nace sin afán exhaustivo y se contenta con ofrecer un recorrido, lo más ameno posible, por los entresijos de algunas de las frases latinas más empleadas y conocidas, que son muestra persistente de la vitalidad de lo antiguo.

Al mismo tiempo, es nuestro objetivo ofrecer un testimonio variado de la manera en que el mundo actual continúa impulsando el uso del latín, del renovado y especial auge del que goza esta lengua en nuestros días, gracias a la universalización de los medios de comunicación. Sí, porque mientras nadie miraba, el latín se ha infiltrado en todas partes y, como el burgués gentilhombre de Molière, que hablaba en prosa sin saberlo, va a resultar que hoy muchos hablan en latín sin tener conciencia de ello.

Los términos *a priori* y *a posteriori*, por ejemplo, han pasado a engrosar el selecto número de tópicos predilectos de nuestros políticos y periodistas y, a su zaga, son numerosos los famosos, deportistas o artistas, que hacen consideraciones «apriorísticas», de forma que así la locución adverbial latina ha parido incluso un adjetivo castellano. De momento no tenemos nada «aposteriorístico», pero todo se andará. Desde aquí animamos a nuestros lectores a realizar un esfuerzo inventivo. Del mismo modo, hoy los partidos de fútbol se ganan muchas más veces *in extremis* que «en el último momento», y abunda más que en ningún otro tiempo el *lapsus linguae*, probablemente porque se dicen más tonterías que nunca o, quizá, porque las tonterías tienen un eco mucho mayor. No obstante, en general, hay que reconocer y lamentar la pérdida del genitivo *linguae*, pero esos son gajes de la economía lingüística que hay que comprender. Sin duda, llamativa es también la celebridad que ha adquirido la expresión *in situ*, con la que los corresponsales manifiestan con regocijo y algo de feliz

perplejidad su presencia en el lugar de los hechos, pues para este colectivo estar *in situ* es un mérito similar al de conseguir una exclusiva.

Muy queridas por los contertulios radiofónicos son, por otra parte, locuciones como *de facto*, *sui generis*, *in mente*, *in pectore*, *peccata minuta*, etc. Algunas cosas se pueden decir en latín, pero no en español. El latín funciona así como el lenguaje entrecomillado, que últimamente se emplea cada vez más. Los entrevistados dicen hablar «entre comillas» cada vez que les parece un tanto excesivo lo que acaban de decir. Una función similar parece cumplir el latín. Es mejor decir «el ganador *in pectore*» que «el ganador más probable»; si uno se equivoca, aquello se perdona mejor. Es preferible decir: «en tal Ayuntamiento *de facto* el poder lo tiene Mengano», que tener la osadía de decir que «*de hecho* en tal Ayuntamiento el poder lo tiene el mismo Mengano». Es admisible que algún político se comporte de forma *sui generis*, pero resulta duro decir que actúa «a su manera». Podríamos decir que el latín es políticamente correcto. Sirve para decir de forma atenuada aquello que uno no se atreve a decir en castellano. En caso de duda, dígalo en latín, que duele menos. Así que el latín ha recuperado de este modo un viejo uso, arraigado durante muchas generaciones, que tiene seguramente que ver con la formación doctrinal de muchos de nuestros políticos y periodistas, educados por las órdenes religiosas a quienes secularmente se ha encomendado la formación de nuestros dirigentes.

Pero el latín del siglo XXI no vive solo de periodistas, contertulios y esos sempiternos colaboradores de programas de televisión, que «saben latín» en sentidos distintos del filológico. La ciencia también ha contribuido a incrementar el uso de algunos términos. Los alarmantes problemas de fertilidad de la pareja, por ejemplo, han puesto en boga la expresión *in vitro*, que se utiliza para designar los

experimentos científicos que se hacen «en un vidrio», como la famosa fecundación. Del mismo modo, los últimos descubrimientos arqueológicos han permitido una cierta popularidad al *homo sapiens* y a otros *homines* de tiempos remotos, como el *erectus* o el *neanderthaliensis*, o nuestro vecino, el *antecessor*. En botánica, el latín ha tenido siempre un gran predicamento, pues, al menos desde el esforzado Lineo, los nombres técnicos de las plantas siempre se han dicho en esta lengua; pero parece que ahora la homeopatía ha reforzado la presencia en la sociedad de tales nombres: tres gránulos de *arsenicum album*, tres de *antimonium tartaricum*, uno de *nux vomica*..., como se oye no ya en la botica, sino en las sofisticadas herboristerías de barrio.

Los empresarios, por su parte, se percataron de que un consumidor medio no podía estar sin abogado, dada la voracidad de las empresas privadas y la desprotección de nuestros poderes públicos; por ello, sucumbieron también a la *auctoritas* del latín y eligieron para su tinglado abogadil el respetable nombre de *Legálitas*, término inexistente en latín clásico, pero que cuenta en su haber con una tilde para indicar su correcta pronunciación, precaución que con otros términos no se ha tenido, verbigracia, *Sanitas*, pronunciada por todos [*sanítas*]. Las modernas dinámicas de consumo han hecho incluso que nos comamos el latín. El producto se vende mejor si tiene un nombre latino. ¿Se han fijado en el buen ojo «mercadotécnico» que demuestran algunos dueños de tiendas de *delicatessen* al llamarlas *Domus aurea* o *Apicius*? Lo mismo ocurre con algunas tiendas de vinos y licores, como *Regina vini*, *Baco* o *Lavinia*, que aprovechando el mítico nombre de la mujer de Eneas, hija del rey Latino, hace pensar a los clientes menos ilustrados en «la viña», nombre fácil de recordar para un aficionado al vino. El estudio de tales nombres resultaría sumamente curioso, sobre todo si se hace degustando un buen *magnum*, adjetivo utilizado para designar a las botellas de gran tama-

ño. Incluso esas mismas tiendas han vencido al griego, pues han empezado a llamarse *vinotecas* las *enotecas* de toda la vida. Veremos qué futuro espera a los *enólogos*.

Por razones análogas, las empresas de productos o tratamientos de belleza han desterrado el uso del anglicismo y, para presentarse en sociedad, han encontrado un filón de modernidad y tradición respetuosa con las propiedades terapéuticas, que, seguro, sugiere un palabro que suene a latín. De hecho, hay quien defiende que el origen de *SPA*, esa actividad de moda entre la muchedumbre viajera, se encuentra en las siglas de las palabras latinas *salus per aquam*, «la salud a través del agua», de cuyas propiedades terapéuticas sabían mucho los romanos. A pesar de que es más probable que la denominación proceda de la ciudad belga del mismo nombre, en la provincia de Lieja, célebre desde época romana por sus aguas termales y sus baños, la propuesta da buena idea de la aureola de prestigio con que está investido el latín, al menos para estos menesteres.

Y qué decir de los numerosos grupos de música que recurren a palabras y expresiones latinas para denominarse, con más o menos conciencia de ello. Hacia este tipo de nombres muestran especial querencia ciertas bandas de *hard core* (*Habeas corpus*, *Cave canem*, *Ad hominem*...) o con inclinaciones siniestras o góticas (especial éxito han tenido los finales en *-ia*, sonoros, exóticos y muy latinos, en grupos como *Tristania*, *Draconian*, *Cadaveria*), quizá porque el latín resulte a algunos especialmente tenebroso, por poco conocido.

Es innegable la existencia de un gran abismo entre la profunda formación clásica que recibían los estudiantes de generaciones anteriores y la que poseen los jóvenes hoy día, pero quien lea estas páginas, a saltos o de corrido, tendrá ocasión de comprobar que, pese a la opinión mayoritaria, el latín continúa vivo y en plena forma, y además tiene su gracia.

BREVE GUÍA DE PRONUNCIACIÓN

No es extraño que alguien que conozca algunos de estos latinajos e incluso que posea ciertas nociones de lengua latina, yerre al pronunciarlos, empañando de ese modo el brillo de la cita. Por ello, se ofrecen a continuación unas breves nociones sobre la correcta pronunciación, según la forma en que, suponemos —por desgracia aún no se habían inventado las grabadoras, cosa que nos hubiera ahorrado más de un quebradero de cabeza—, sonaría el latín clásico, época de la que proceden buena parte de las frases aquí comentadas. Para evitar que ello ocurra, ofrecemos a continuación algunos criterios generales. Téngase en cuenta, con todo, que existen otras pronunciaciones latinas diferentes, pero no por ello incorrectas.

La mayoría de los fonemas se corresponden *grosso modo* con el sistema del español actual o, al menos, no nos queda más remedio que adaptarlos, pues el vocalismo, por ejemplo, constaba de vocales largas y breves, una diferencia que, a oídos de un español, sería prácticamente imperceptible. Sin embargo, existen algunos rasgos que alejan ambos sistemas. En concreto, las consonantes velares <*c*>, <*g*> y <*qu*> se pronuncian siempre igual, con independencia de la vocal que les siga. Así, *pacis* se lee [*pákis*], la pronunciación habitual de *reges* es [*régues*] y *qui* debe leerse [*kuí*], mientras que *quando* se pronuncia [*kuándo*].

Por otra parte, al igual que otras lenguas romances, como el italiano, el latín contaba con algunas consonantes dobles, entre las que se cuenta la <*ll*>, que, en palabras como *puella*, ha de leerse [*puél-la*] (como la geminada <*l·l*> en catalán) y no [*puéya*].

Existían además dos semiconsonantes que funcionaban bien como vocal, bien como consonante, en función de su entorno fonético. Se trata de /*i*/ y /*v*/, que pueden emplearse, apoyadas en una consonante, como nuestras vocales correspondientes en palabras como *duce*, [*dúke*] (lo que reflejamos con la grafía <*u*>, en lugar de <*v*>, aunque, en realidad, en la Antigüedad se utilizaran indistintamente), o *finis*, que no requiere transcripción. Sin embargo, si aparecen rodeadas de vocales, su funcionamiento se torna similar al de una consonante, como en *veni*, que se correspondería, aproximadamente, con la /*w*/ ([*wéni*]), pero que también puede leerse como [*béni*] (puesto que en español no existe diferencia de pronunciación entre <*b*> y <*v*>) o en *maior*, que leemos [*máyor*]. Este último uso consonántico se marca, en algunas tradiciones, con la grafía <*j*>, de modo que el lector podrá encontrar escrito *major*, en lugar de *maior*, tal y como aquí utilizamos, o *ueni* en lugar de *veni*, que también sería admisible. Sin embargo, en este libro, hemos optado por el uso constante de la grafía <*i*>, con independencia de su uso como vocal o como consonante, y por la grafía <*v*> como consonante.

Conviene conocer, para concluir, los diptongos que existían en latín, que son *ae*, *au*, *ei*, *eu*, *oe*, *ui*, lo que implica que han de ser pronunciados como una misma sílaba. De tal modo, en la celebérrima enunciación de la primera declinación, *rosa, rosae*, la forma de genitivo ha de leerse [*ró-sae*] y no [*ro-sá-e*], como suele hacerse.

La acentuación correcta de las palabras latinas es tarea complicada para quien no conoce la lengua, pues dependía de la cantidad de la penúltima sílaba, según incluyera

una vocal larga o breve. En latín no existían las palabras agudas (es decir, acentuadas en la última sílaba), de modo que el acento recaía en la penúltima sílaba (es decir, la palabra era llana), si esta era larga, o en la anterior, en caso de que esta antepenúltima vocal fuera breve y, de tal modo, la palabra resultaba esdrújula. Huelga decir que la distinción entre largas y breves solo es posible con unos buenos conocimientos de fonética latina. Y sin embargo, estas dificultades desaparecen en el caso de las expresiones latinas que la Real Academia Española ha incluido en su *Diccionario*, por considerar, con criterio ignoto, que forman parte del caudal léxico castellano y, por tanto, han de seguir las normas de acentuación propias del español. El resultado de esta decisión, que afecta a algo más de 150 expresiones, da lugar a engendros como «a contráriis» o «ad honórem», que, por supuesto, no hay que escribir en cursiva, sino en redonda, como el resto de términos de la lengua española.

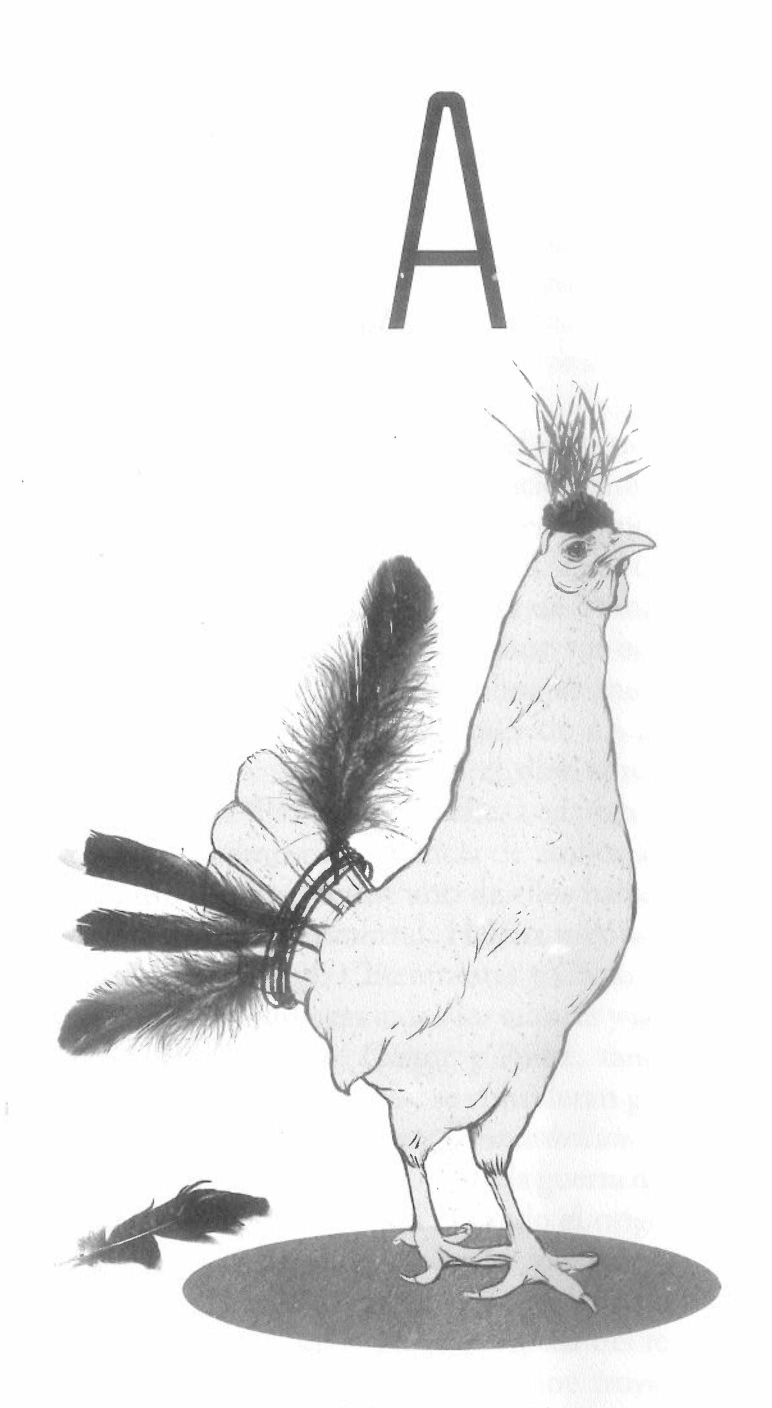
Ciertamente la inclusión de una tilde en una palabra latina resulta chocante y un tanto descorazonador para los latinistas, por lo que, en este libro, desmarcándonos de esa decisión, hemos optado por realzar el origen latino de estas expresiones con la cursiva y con una notación prosódica que es perfectamente respetuosa con la manera en que tradicionalmente se ha reflejado la medida de las sílabas en la lengua latina. De tal modo, fijándonos únicamente en la penúltima sílaba, colocaremos una raya horizontal sobre su vocal en el caso de que sea larga (bien por naturaleza o bien por posición, detalle que aquí no nos interesa), mientras que prescindiremos de ese signo en el caso de que la vocal sea breve. Con dos ejemplos bastará.

Si el lector encuentra la forma *amāre*, sabrá a través de la notación de la *-a-* larga (*ā*) que debe leer este infinitivo como [*amáre*] (y no [*ámare*] o [*amaré*]), mientras que si en la penúltima no hay signo alguno, como en *magnificus*,

deberá retrotraer el acento a la sílaba anterior y leer [*magnificus*]. Por supuesto, evitamos cualquier notación en las palabras monosílabas y en las bisílabas, puesto que en ninguno de los dos casos hay confusión posible: en las monosílabas por razones evidentes; en las bisílabas porque la vocal tónica siempre será la primera.

Pensamos que de este modo el lector tendrá la posibilidad de pronunciar correctamente la palabra y, al mismo tiempo, será consciente de que ese signo es solo una ayuda para la correcta pronunciación.

A



Ad Ephesios *(Adefesio)*

***Ab intestāto*:** véase ***pro indivīso*.**

***Ab ovo*:** «Desde el huevo», «desde el origen»; esta locución latina aparece en la obra de Horacio, entre otros autores, que la usa para contar el nacimiento mítico de la bella Helena, hija del padre de los dioses, Zeus o Júpiter, transformado en cisne, y Leda, esposa de Tíndaro, rey de Esparta. Cuenta el mito que Zeus puso sus ojos sobre la hermosa Leda y, según su costumbre, se metamorfoseó, en este caso en cisne, y simuló huir de un águila. Leda lo protegió con su abrazo, pero el dios aprovechó el gesto para poseerla. Esa misma noche, Leda también yació con Tíndaro y, como consecuencia de ambos abrazos amorosos, puso dos huevos: en uno de ellos había germinado la semilla del padre inmortal: Helena y Pólux, y en el otro, la del padre mortal: Clitemnestra y Cástor. Esta distribución no es unánime en todos los autores y las variantes son la norma; de hecho, Cástor y Pólux, también llamados Dioscuros, «hijos de dios», se consideran gemelos.

El verso de Horacio, *nec gemino bellum Troianum orditur ab ovo* (*Arte poética*, 147), «ni la guerra de Troya empieza del huevo gemelo», está negando el origen remotísimo de la guerra de Troya y su relación con aquella violación de Zeus a Leda y el nacimiento de Helena de uno de esos huevos; como se sabe, Helena, esposa del rey de Esparta, Menelao, fue raptada por el príncipe troyano Paris, hijo de Príamo, que había viajado hasta Lacedemonia en una

embajada diplomática. Movidos por un juramento previo, todos los caudillos griegos se vieron obligados a recuperar a la esposa de Menelao, y ahí se organizó la expedición naval que viajó hasta las costas orientales de Ilión (Troya) para, supuestamente, recobrar a Helena.

Por ello, cuando alguien quiere acentuar el origen lejano de cualquier circunstancia emplea la expresión *ab ovo*:

> Mi objeto era referir simplemente un hecho de que no ha muchos meses fui testigo ocular; pero como yo no presencié, digámoslo así, más que el desenlace, mis lectores me perdonarán si tomo mi relación *ab ovo* (Mariano José de Larra, *El duelo*).

También se usa como término técnico para especificar que una acción se realiza antes del nacimiento de un animal, ovíparo, naturalmente: así, por ejemplo, se dice «a los escorpiones se los mata *ab ovo*», es decir, antes de nacer. Tiene un tercer uso para la técnica literaria que se adopta al narrar una historia desde el principio (*ab ovo*), que contrasta con las técnicas de comenzar a la mitad (*in medias res*), o desde el final (*in extremis*).

Aunque nada tiene que ver con la anterior, conviene introducir aquí la locución latina ***ab ovo usque ad mala***, que, como se ve, contiene la expresión anterior. En este caso se trata de una expresión gastronómica o convival, para ser más preciso, pues significa literalmente «desde el huevo hasta las manzanas», y remite al comienzo y al final del tan denostado banquete romano. Cuando los comensales llegaban, eran recibidos por los esclavos que les hacían entrega de un huevo cocido y, al marcharse, se les entregaba una manzana a modo de despedida. También Horacio nos ofrece un ejemplo de la expresión en su poesía: [...] *si conlibuisset, / ab ovo usque ad mala citaret «io Bacchae» modo summa / voce* [...] (*Sátiras*, 1, 3, 6-8), «Si le

apetecía, se ponía a cantar a voz en grito "io Baco" desde los aperitivos hasta los postres».

La comida principal romana, *cena*, constaba de varias partes: la *gustatio* o entrantes, donde nunca faltaban los huevos; la *cena* propiamente dicha, con tres platos, *prima, secunda, tertia cena*, donde se buscaba la originalidad y la variedad de los platos (buen ejemplo de ello lo ofrece el banquete de Trimalción, en la novela *Satiricón*, de Petronio); y por último los postres o *secundae mensae*, con dulces y frutas, entre las que siempre se encontraban las manzanas. Esta parte podía alargarse hasta bien entrada la noche con degustación de vinos, *comissatio*, que, al principio, se mezclaban con una parte importante de agua, que iba disminuyendo a medida que avanzaba la noche. En todo caso, la expresión *ab ovo usque ad mala* sirve para indicar un proceso desde el principio hasta el final.

Ab ovo usque ad mala*:** véase ***ab ovo.

Accēsit*:** véase ***placet.

Ad baculum*:** véase ***ad hominem.

***Ad Ephesios* / adefesio:** Una de las castellanizaciones más curiosas de una expresión latina es la que se esconde detrás de la frase «estar hecho un adefesio», que normalmente se aplica a las personas de apariencia ridícula o extravagante, o también a quien destaca por su desaliño indumentario. Esta expresión deriva de otra anterior, que actualmente ya no se utiliza: «hablar adefesios», que significa «decir tonterías». El origen de ambas está en la epístola que san Pablo escribió a

los habitantes de Éfeso, titulada en latín *Lectio epistolae beati Pauli Apostoli ad Ephesios*. Los efesios tenían una enorme devoción por la diosa Ártemis y habían erigido en su ciudad un templo, dedicado a ella, que figura entre las ocho maravillas del mundo, y del que apenas quedan algunas columnas en pie. El apóstol de Tarso intentó con su carta convencer a los efesios de que abandonaran aquella devoción y se pasaran a la fe cristiana. Parece que no tuvo ningún éxito en su prédica; le hicieron tan poco caso que desde entonces hablar a los efesios se convirtió en algo equivalente a hablar a las piedras o a la luna: una actividad propia de tontos. Por eso «hablar adefesios», ya todo junto y castellanizado, pasó a significar, como se ha dicho, «hablar tonterías».

La expresión caló en el habla popular, pero, como suele ocurrir, sin conocimiento de su origen latino y de su historia. Probablemente, el hablante empezó a emparentar insensiblemente el término *adefesio* con el adjetivo «feo», en una pirueta fonética similar a la que se produce entre «pírrico» y «raquítico» o «birrioso» (para muchos de nuestros comentaristas deportivos una victoria pírrica es una victoria corta o exigua, y no aquella que no comporta resultados, como las de Pirro frente a los romanos) o entre «inopia» y «Babia» (pues ahora «estar en la inopia» ya no significa carecer de recursos económicos, sino estar en la luna).

Otro origen pone en relación la locución latina con la misa; teniendo en cuenta que el precepto de «oír misa todos los domingos y fiestas de guardar» solo se cumplía si se llegaba a misa *antes* del Ofertorio, empezó a llamarse *adefesios* a los que llegaban *Ad Ephesios*, es decir, a la epístola, nombre que tal vez se quedó en el oído por su frecuencia o quizá porque era sonoro y muy significativo. Y así, los *adefesios* eran «los tardíos». Cabe suponer que el que llegaba tarde, por andar un tanto apresurado, llegaba menos arreglado de lo habitual, pongamos con la camisa fuera, algún cordón colgando o algo despeluzado. El caso

es que, a partir de un determinado momento, *adefesio* se convirtió en un sustantivo, de definición imprecisa, que designa algo ridículo, extravagante, desastrado y básicamente feo, ¡como su propio nombre indica, caramba!

***Ad hominem*:** Literalmente «hacia el hombre», «dirigido al hombre», con intenciones generalmente hostiles, y no al asunto que se está tratando, pues en ese caso sería *ad rem*. Se trata de uno de los argumentos que la lógica clasifica como tipo de falacia o sofisma, es decir, una manifestación falsa disfrazada de auténtica. El argumento *ad hominem* consiste la mayoría de las veces en realizar un ataque personal contra nuestro interlocutor (y entonces puede recibir el nombre de *ad personam*), no solo con intención de desprestigiarlo, sino de distraer la atención para arrebatarle la razón sin aportar argumentos sólidos. De esta manera, el oponente en la disputa dialéctica se ve obligado a defenderse de esa acusación, descuidando el argumento que intenta sostener. Emplear el recurso de excitar la ira del contrario por medio de la injuria, procedimiento que Arthur Schopenhauer incluye como «artimaña» número 8 en su *Dialéctica erística o el Arte de tener siempre razón*, es algo que, en principio, debería ser ajeno a la ética política, si bien en la antigua Roma la descalificación del contrincante político era algo que estaba a la orden del día. Hasta en esto nos parecemos.

La lógica filosófica nos ha proporcionado otras formulaciones latinas que han pasado a tener un uso más o menos frecuente. Continuando con los tipos de argumentos erróneos, existen otros, como ***ad baculum***, o «dirigido al bastón», que apela a la fuerza y la autoridad, el argumento ***post hoc, ergo propter hoc***, «tras esto, luego a consecuencia de esto», que apela a la suposición de que una correlación cronológica implica necesariamente una relación causal entre el primer acontecimiento y el segundo (según

este razonamiento, por tanto, si después de la tempestad viene la calma, esta última ha de estar provocada necesariamente por la primera, es decir, ya que estamos con los latines, ***post nubila, clarior***, o ***post nubila, Phoebus***, «después de las nubes, sale el sol», en que este astro es nombrado por el sobrenombre del dios Apolo en su hipóstasis solar), o el argumento ***ad nauseam***, basado en el hastío que genera la repetición incesante de una tesis, que puede terminar por considerarse verdad por la mera fuerza de la reiteración. Todos ellos son argumentos que se usan de manera tan banal que no extrañaría su uso incluso en una tertulia televisiva.

Ad kalēndas graecas: «Para las calendas griegas», es decir, «para nunca», puesto que los griegos no tenían calendas. El calendario —nombre que procede de *kalendas*— usado en Roma se servía de tres referencias básicas a partir de las cuales se realizaba el cómputo de los días del mes: las calendas, las idus (palabra femenina, a pesar de su extendido uso en masculino, consagrado por la Academia) y las nonas. Mientras que idus y nonas variaban en función del mes (las nonas caían el día 7 de los meses de marzo, mayo, julio y octubre, y en 5 en los demás; las idus eran el decimoquinto día de esos mismos meses y el decimotercero en los demás), las calendas constituían, en todos los casos, el primer día de cada mes. Estos tres hitos segmentaban cada mes en tres secciones desiguales (lo que los asemeja a nuestra división en semanas, desconocida por los romanos), y por medio de ellas se expresaba la fecha en el sistema de datación romano, que, a grandes rasgos, consistía en lo siguiente: tomando como referencia estos tres días, el cálculo se realizaba hacia atrás, de modo que, si en julio, como hemos dicho, las nonas se correspondían con el día 7, el día después de las calendas julias (es decir, el 1 de julio) era

el «día sexto (antes) de las nonas de julio», y así sucesivamente (teniendo en cuenta que los romanos usaban un cómputo inclusivo), hasta llegar a las nonas, momento en que el punto de vista cambiaba y comenzaba a contarse a partir del siguiente hito, es decir, las idus. Llegados al 16 de ese mes, el cálculo se realizaba con respecto a las calendas del siguiente mes, de modo que, siguiendo con el ejemplo, el 18 de julio era para los romanos el decimoquinto día (antes) de las calendas de agosto.

Tras varias reformas, el calendario juliano, que se regía por el ciclo solar (los anteriores calendarios romanos se basaban en el año lunar, como demuestra que septiembre, etimológicamente el séptimo mes, sea para nosotros el noveno), era ya muy similar al que utilizamos actualmente e incluía algunos ajustes, como introducir un día adicional cada cuatro años para evitar desfases con los ciclos del Sol. Quiso la costumbre que ese día se introdujera después del 24 de febrero, que era el día *sextus (ante) kalendas martias*. Según el pragmatismo tan característico de los romanos, ese día interpuesto fue llamado *bis sextus*, denominación de la que procede nuestro año bisiesto.

Volviendo al tema que nos ocupa, la expresión *ad kalendas graecas* era ya conocida en latín y usada con frecuencia. Según transmite Suetonio (*Augusto*, 87, 1), el emperador Augusto recurría a ella para referirse a aquellos que nunca pagarán sus deudas, escribiendo en sus cartas que «pagarán en las calendas griegas», no porque el griego fuera un pueblo especialmente moroso, sino más bien porque las calendas eran el día de pago para los romanos (nuestro día 1 también era no hace tanto el día de pago), lo que ofrece quizá explicación al origen de esta frase. En la actualidad, sin embargo, aunque su sentido es aún reconocible, su uso resulta muy reducido, habiendo sido desplazado por locuciones más populares como «cuando la rana críe pelo» o «el día del Juicio Final».

***Ad maiōrem Dei gloriam*:** o, en acrónimo, *A.M.D.G.*, «para mayor gloria de Dios». Divisa de la Compañía de Jesús, cuyos miembros utilizan como epígrafe para sus escritos y que se atribuye a su fundador, san Ignacio de Loyola. Su sentido propone considerar cada actividad, incluso la más insignificante, como una ofrenda constante para la glorificación del Señor y, por ello, funciona como un estímulo para dedicar el máximo esfuerzo a cada ocupación. *A.M.D.G.* es también el título de una novela de Ramón Pérez de Ayala, que levantó polémica por su tratamiento satírico de la educación jesuítica.

Al parecer, también el santo de Loyola escribió en las *Constituciones jesuitas* (1554), en las que sentaba las bases de la orden, la frase ***perinde ac cadāver***, «igual que un cadáver», que ha pasado a considerarse lema de la Compañía de Jesús. La comparación hace referencia a la férrea e incondicional disciplina que han de observar sus miembros con respecto a los superiores. Así lo expresa Unamuno en *En torno al casticismo*:

> El catolicismo dominicano y el jesuítico son tan castellanos como italiano el cristianismo franciscano. Una fe, un pastor, una grey, unidad sobre todo, unidad venida de lo alto, y reposo además, y sumisión, y obediencia *perinde ac cadaver*.

La frase, por tanto, recoge una actitud desapegada y pasiva ante la vida, propia de corrientes filosóficas como el estoicismo en Occidente y el budismo zen en Oriente, aunque motivada por razones bien distintas.

Ad nauseam*:** véase ***ad hominem.

***Ad usum Delphīni*:** «Para uso del Delfín», es decir, del heredero al trono, pues Delfín era un título nobiliario que, en Francia, estaba reservado al príncipe heredero de la Corona mientras su padre estaba en el trono, como aquí el Príncipe de Asturias, o el Príncipe de Gales en Gran Bretaña. De hecho el sustantivo *delfín* sigue designando hoy en día al sucesor, *de facto* o *in pectore*, de un político o cargo importante, antes de que haya sido nombrado. Está en desuso, pero aún se puede leer en la prensa.

La historia de esta expresión comienza por el amor a los clásicos del duque de Montausier, preceptor del rey Luis XIV de Francia —uno de los más renombrados monarcas de la dinastía borbónica que, andando el tiempo, se convertiría en el Rey Sol, también conocido como Luis el Grande—, cuando los tomó como referencia educativa para la formación del futuro monarca siempre y cuando fueran expurgados de los pasajes más crudos y escabrosos. Para ello, ideó una colección de lecturas que incluía autores que también hoy podrían ser considerados «no recomendados para menores» (entre los que destacarían, sin duda, las comedias de Aristófanes o algunos pasajes de las de Plauto). Recurriendo a un anglicismo, podríamos decir que se trataba de versiones *softcore*, creadas expresamente para evitar sobresaltos a la impresionable mente del príncipe. Acuérdense de las consecuencias políticas de ciertas libertades que se quiso tomar *el Rey pasmado*. Por ello, Valera avisa en su *Correspondencia* de «un Plinio, *in usum Delphini*». A saber lo que contendría el mencionado Plinio.

El lema *ad usum Delphini* (o *in usum Delphini*, pues la preposición podía variar) aparecía en la portada de todas ellas, como si de un logo editorial se tratara. Aparentemente, nada muy diferente a las modernas adaptaciones literarias infantiles o cómics basados en obras clásicas. En una época en la que todos los contenidos son meticulosamente clasificados para su consumo en función de la edad, esta

práctica no debería sorprendernos demasiado. Sin embargo, en la actualidad, su uso tiene mala prensa, pues designa los textos modificados para que sean accesibles para todo tipo de público —especialmente si han sido purgados de cualquier alusión sexual o escatológica—, e incluso se cuestiona la propia práctica, por considerar que este tipo de productos retocados infantilizan a sus consumidores. Algo que podríamos comparar con los exitosos manuales para *dummies*, libros que presentan de manera sencilla y accesible, apta para principiantes, temas de variado tipo. Nada más lejos de la realidad, puesto que las obras *ad usum Delphini* resultaban ediciones completas, con amplias introducciones y profusamente anotadas mediante aclaraciones y excursos redactados exclusivamente en latín, muy en boga en la época y dentro de esa sociedad culta, por lo que su manejo exigiría amplios conocimientos de esta lengua, de los que la sociedad hipertecnificada de hoy día carece. Eso sí, los niños nacen sabiendo manejar un videojuego.

***Alea iacta est*:** «La suerte está echada» es una frase utilizada, con relativa frecuencia, antes de emprender alguna acción, juego o empresa de cierto riesgo. Podemos asegurar que es uno de los tópicos preferidos por los comentaristas deportivos antes de iniciarse un partido o competición de cierta relevancia. Es la traducción de las palabras latinas *alea iacta est* que, según Suetonio (*César*, 31, 2-3), pronunció Julio César antes de cruzar el Rubicón, dando origen a la guerra civil que lo enfrentó a Pompeyo. *Alea* se emplea en latín para designar cualquier juego de azar, particularmente el juego de dados; puede significar también «jugada» y, por extensión, «azar», «casualidad», «suerte», etc. De tal modo, otra traducción posible habría sido «los dados han sido arrojados» o «la jugada ha sido realizada», una metáfora con la

que el excelente orador, insigne demagogo y gran estratega habría querido expresar que, una vez cruzado el río Rubicón, no había posibilidad de arrepentirse y que, por tanto, su vida, la de sus hombres y el destino de Roma quedaba en manos de lo que la suerte pudiera depararles.

El Rubicón, hoy Fiumicino, Rugone o Pisatelo —sobre eso no hay acuerdo—, era un riachuelo que marcaba el límite entre Italia y la provincia de la llamada Galia Cisalpina —es decir, la de al lado de acá de los Alpes, vista naturalmente desde Roma—. Cuando César cruzó el mencionado riachuelo lo hacía con claras intenciones bélicas, pues el Senado romano había prohibido a los generales de sus ejércitos entrar armados en Italia. Era una cautela con la que se intentaban impedir golpes de Estado, como los que algunos decenios antes habían dado Sila, Cinna y otros ilustres ambiciosos de poder político. Probablemente, la intención del Senado era ganar tiempo: si un general cruzaba el Rubicón en pie de guerra, aún existía la posibilidad de preparar la defensa de la ciudad, pues en aquellos tiempos se tardaba algunos días en recorrer la distancia, por más que César tuviera la sana costumbre de ir siempre *magnis itineribus* («a marchas forzadas», véase ***manu militāri***). En esta ocasión, sin embargo, ni el Senado ni Pompeyo prepararon defensa alguna, sino que con tanta diligencia como oprobio salieron perdiendo el, ejem..., escudo, como dirían Alceo y Horacio, hasta ganar Bríndisi para cruzar el Adriático. Allí, después de reagrupar sus tropas y de algunas otras vicisitudes que no hacen al caso, se enfrentaron a César en la batalla de Farsalia, donde el ínclito Gayo Julio dejó una vez más en evidencia la ya contrastada incompetencia estratégica y táctica del Magno Pompeyo.

En recuerdo de este episodio todavía hoy se dice que alguien «pasa el Rubicón» cuando adopta una decisión trascendente y de la que no puede volverse atrás.

Aliquāndo bonus dormītat Homērus*:** véase ***quandōque bonus dormītat Homērus.

***Alma mater*:** «Madre nutricia»; expresión con que en la antigua Roma se designaba a la diosa madre, gran diosa, la diosa tierra o diosa Cibeles, pues son todas advocaciones de la misma idea: la diosa que provee de todo lo necesario a los hombres, que vela por ellos y los alimenta; diosa de la fertilidad, que asegura la renovación de la naturaleza, campos y animales. En latín, se trata de un término muy genérico con el que denominar a la Tierra, sentida como elemento femenino, la diosa Rea en griego.

En empleo figurado, *Alma Mater*, así, en mayúsculas, se refiere por antonomasia a la universidad, en concreto a la primera que surgió en Europa, la de Bolonia, que adoptó esta expresión como lema; de hecho, aparece en el himno universitario por excelencia, ***Gaudeāmus igitur*** (véase esta entrada). Por extensión, se suele aplicar a la institución universitaria, entendida como madre, y su fruto, el alimento intelectual. Es inapropiado utilizarla en frases como «Mi abuelo fue el *alma mater* de la empresa», donde el adjetivo latino *alma* («nutricia», «que alimenta») se confunde, como es natural, con el término español *alma* o *espíritu*, de modo que se entiende la persona en cuestión como alma impulsora de un proyecto, empresa o empeño. La expresión latina *alma mater* usada correctamente debe llevar el artículo en femenino, para evitar la confusión con el homónimo español. Si en lugar de la madre fuera el padre el que proveyera el alimento, la expresión sería *almus pater*, que, la verdad, suena fatal. Ahí, como en tantas otras ocasiones, se ve a las claras que el lenguaje es sexista y sonoro.

Amor omnia vincit*:** «El amor todo lo puede»; aunque parezca una variación de la expresión ***labor omnia vincit (véase esta entrada), ya que el parecido salta a los ojos, este verso tiene un significado completamente distinto al de la máxima anterior. Sin embargo, el autor es el mismo, Virgilio, pero la obra de donde procede, las *Bucólicas*, pertenece a la lírica pastoril, que se caracteriza por el cultivo de los sentimientos amorosos por encima de todo y la creación de un mundo idílico de pastores que compiten por el amor de las pastoras (véase ***locus amōēnus***). Esta frase es la primera parte del siguiente verso (10, 69), un canto al triunfo del amor en todos los lugares del mundo: *omnia vincit Amor: et nos cedamus Amori*, «todo lo puede el amor: también nosotros cedamos al Amor».

Esta referencia aparece en muchos libros de temática amorosa, como, por ejemplo, en los cuentos de Geoffrey Chaucer algo subidos de tono, es la divisa del *Decamerón* de Boccaccio, donde el amor entendido en su manifestación erótica se enseñorea como forma de ahuyentar el miedo a la peste, y ha inspirado cuadros tan sorprendentes para su época como el *Amor victorioso* de Caravaggio, donde un niño con rostro travieso y completamente desnudo, según la iconografía tradicional del dios Cupido, pisotea instrumentos musicales, artísticos y de gobernanza, eso sí, con flechas en una mano y unas poderosas alas en la espalda: el amor se impone a las artes, las ciencias e incluso al arte de gobernar. *Amor omnia vincit.* Dios peligroso, caprichoso, arbitrario y todopoderoso. Sentimiento que no conoce límite, eso es el amor.

***Ars longa, vita brevis*:** «La ciencia no se acaba nunca, la vida es breve», o mejor, «demasiado arte para tan corta vida». Traducción latina de una máxima atribuida a Hipócrates (padre de la medicina; siglos V-IV a. C.) y transmitida

por Séneca el Joven: *inde illa maximi medicorum exclamatio est, «uitam breuem esse, longam artem»*, «de ahí aquella máxima del más grande de los médicos: la vida es breve, duradera la ciencia». La frase se ha interpretado frecuentemente como una exaltación de la actividad artística, que es capaz de exceder la vida de su propio creador, lo que la ha convertido en materia frecuente para grafitis y tatuajes, seguramente cruzada con aquella otra célebre que suele atribuirse a James Dean, «Vive rápido, muere joven y deja un bonito cadáver», aunque en realidad era John Derek quien la repetía en la película *Llamar a cualquier puerta*, basada en la novela homónima de Willard Motley. Puesto que la vida es breve (véase ***tempus fugit***), se nos invita a dejar tras de nuestra existencia cosas bellas o, a lo sumo, algo menos efímeras.

Sin embargo, en origen, la frase tenía un sentido más amplio, en consonancia con la significación de la palabra latina *ars*, que suele hacer referencia, más bien, a la «ciencia» y el «conocimiento»: resulta ciertamente penoso y dilatado en el tiempo conseguir pericia en una determinada actividad. La realidad es ingente y una vida no basta para alcanzar el conocimiento pleno.

Audāces fortūna iuvat*:** véase ***audēntis fortūna iuvat.

Audēntis fortūna iuvat*:** «La suerte ayuda a los valientes», frase de la *Eneida* (10, 284) de Virgilio, poeta latino del siglo I a. C., a la que se suele aludir también bajo la forma ***audāces fortūna iuvat. Aunque estas son las dos que, valga la redundancia, más fortuna han tenido en la posteridad, constituyen solo una muestra de un buen número de expresiones latinas que animan a desterrar la inactividad —Séneca el filósofo añade a la frase de Virgilio el corolario

de *piger ipse sibi opstat*, «el perezoso se perjudica a sí mismo»— y a arriesgar para conseguir el éxito. Así, Terencio (comediógrafo del siglo II a. C.) sentencia *fortis fortuna adiuvat* (*Formión*, 203), «la fortuna ayuda a los fuertes»; también aparece la idea en Ovidio: *audentes deus ipse adiuvat* (*Metamorfosis*, 10, 586), «los valientes reciben el apoyo de la divinidad»; y Tibulo insiste en ella, aunque en esta ocasión el impulso se refiere fundamentalmente a las conquistas amorosas: *audendum est; fortes adiuvat ipsa Venus* (*Elegías*, 1, 2, 16), «hay que tener resolución; a los valientes les ayuda la propia Venus». De hecho, la idea tenía ya naturaleza proverbial en época republicana, según transmite Cicerón (*Tusculanas*, 2, 11, 7):

> Desde luego la fortuna no es la única que ayuda a los valientes, como se dice en el antiguo proverbio, sino en mucha mayor medida la razón, que, a través de ciertos preceptos, fortalece la potencia de la valentía.

Como vemos, este autor rechaza en cierto modo la preeminencia de la audacia y el arrojo como única clave del éxito, pues, pese al actual sistema de valores y la competitividad vigente, en la que solo el emprendedor valiente tiene acceso al éxito (véase ***aurea mediocritas***), la temeridad de un descerebrado suele ofrecer pocas garantías. Y es que, como ya supo ver Lucano, *audendo magnus tegitur timor* (*Farsalia*, 4, 702), «con la audacia se enmascara el miedo». Y es posible que en el «si no arriesgas, no ganas» haya también algo de ello.

Pero, en relación con este tema, quizá la frase más hermosa y redonda es la que encontramos en el *Julio César* de William Shakespeare: «los cobardes mueren muchas veces antes de perder la vida, los valientes no experimentan la muerte sino una vez» (acto II, escena 2.ª).

Aurea mediocritas: «Dorada medianía» o «feliz término medio». Otro de los lemas de vida del gran poeta romano Horacio. El lema se convirtió con el paso del tiempo en un tópico de la literatura universal, como el ***carpe diem*** o el ***beātus ille*** (véanse estas entradas).

Estas dos palabras, *aurea mediocritas*, aparecen en un verso de una de sus odas, que suena así (*Odas*, 2, 10, 5-8):

Auream quisquis mediocritatem
diligit, tutus caret obsoleti
sordibus tecti, caret invidenda
sobrius aula.

El que ama una dorada medianía
carece, libre de temor, de la miseria
de un techo vulgar; carece también,
sobrio, de un palacio envidiable.

En esta ocasión los versos hacen referencia a la medianía económico-social. El más feliz es aquel que tiene suficiente para vivir, sin pasar estrecheces, pero está libre de los peligros que acechan a los ricos y poderosos. El rechazo de las riquezas y de los temores que estas comportan es un tema habitual en las diatribas de los filósofos cínicos y estoicos, y lo encontramos también en la fabulística antigua: de los dos mulos, uno cargado con oro y otro con paja, solo el primero fue asaltado por los bandidos. La idea fue resucitada en el siglo XVIII, por ejemplo, por Samaniego, en «Los dos machos» (*Fábulas*, 4, 9), que concluye:

Si a estos riesgos exponen en el mundo
las riquezas, no quiero, a fe de macho,
dinero, cascabeles ni penacho.

Sin embargo, en el pensamiento horaciano la *mediocritas* tiene un sentido mucho más amplio. El poeta se refiere en otros pasajes de su obra a la necesidad de tener un talante conformista que sepa valorar lo que el destino nos ha otorgado, sin pretender lo que está lejos de nuestro alcance. Es necesario conformarse con lo que somos y tenemos, rehuyendo las ambiciones desmedidas. La idea del feliz término medio suele aparecer en las odas unida a uno de los principios básicos del estoicismo: la necesidad de saber encajar con serenidad los golpes de la voluble fortuna; un pensamiento expresado espléndidamente en otra estrofa de la oda que hemos citado más arriba. El Brocense la tradujo así:

> Júpiter suele dar y quitar fríos,
> mala fortuna suele variarse,
> cantas a veces, y no siempre el arco
> flechas, Apolo.
> En casos tristes fuerte y animoso
> muestra tu pecho y con prudencia suma
> coge las velas, cuando te encontrares,
> entronizado (2, 10, 18-25).

En el mundo actual, la mediocridad es denostada como un enemigo que batir. El mundo de la competitividad, la ambición y los triunfadores fustiga a los mediocres. En su época Horacio luchaba ya contra estos valores, contraponiendo las ventajas de la medianía social, la moderación y el conformismo. Parece que él y otros pensadores perdieron la batalla: hoy se ensalza a los griegos por su carácter agónico, es decir, competitivo, y se olvida la máxima fundamental del oráculo de Delfos: «nada en exceso».

Ave, Caesar, moritūri te salūtant: «Ave, César, los que van a morir te saludan». Comúnmente se cree que esta era la

frase que pronunciaban los gladiadores ante el emperador antes de iniciar las luchas, pero lo único que sabemos es que fue pronunciada en tiempos del emperador Claudio (52 a. C.) por los combatientes de una naumaquia, un espectáculo menos frecuente en el anfiteatro que las luchas de gladiadores, consistente en la simulación de un combate naval, en el que morían muchos de los participantes. Para ser exactos, la frase que aparece en Suetonio, biógrafo del emperador, es *Ave, Imperator, morituri te salutant,* y no dice que fuera la salutación habitual de los gladiadores, sino que, en esa ocasión, saludaron de ese modo a Claudio. Refiere, además, que el emperador respondió con ironía: *aut non,* «o no».

La película *Gladiator* (Ridley Scott, 2000) ha hecho más populares a los luchadores del anfiteatro, que recibían este nombre por llevar *gladius,* «espada», y nuestros coetáneos suelen estar familiarizados con reciarios (gladiador con red y tridente), *secutores* (provistos de casco, escudo y espada), *mirmilones* (esos del casco raro que les daba aspecto de pez), tracios (con armadura completa, escudo rectangular y espada corta), etc. La pasión de los romanos por este tipo de espectáculos era aún mayor que la que existe entre nosotros por el fútbol, como lo prueban los numerosos restos arqueológicos, que atestiguan la existencia de anfiteatros con capacidad para un número extraordinario de espectadores en todas las ciudades importantes de aquella época. Entre todos, hay que destacar, sin duda, el Coliseo, construido en el siglo I y con capacidad para 60.000 espectadores, que todavía hoy sorprende al turista que llega a Roma por primera vez. No sabemos cuánto tiempo seguirá aún en pie, vista la indiferencia de las autoridades italianas para detener su lenta decadencia.

En la época imperial, cuando más éxito alcanzó este espectáculo, eran muy numerosos los días del año en los que había luchas en el anfiteatro, y los emperadores rivali-

zaban por presentar a la plebe el espectáculo más grandioso y más cruento. A veces, el pueblo podía pasar el día entero en el anfiteatro y en cierta ocasión disputaron combates 500 parejas de gladiadores en un solo día.

Según parece, los combates de gladiadores tenían su origen en un antiguo rito funerario etrusco, en el que las almas de los muertos en las luchas eran consagradas a los dioses. La costumbre de ofrecer sacrificios humanos a la divinidad era común en algunos pueblos de la Antigüedad y, quizá, en Etruria la selección de los sacrificados se hacía de este modo. Con el paso del tiempo el rito se convirtió en mero espectáculo, que ya en época romana tenía detractores; entre ellos merece mencionarse a Séneca, filósofo estoico que rechazó en varios pasajes de sus obras la existencia de las luchas del anfiteatro. Uno de los más citados es aquel en el que interpela a un espectador de este modo: «Pregúntate qué has hecho tú para merecer contemplar un espectáculo como ese».

B



Beatus ille *(Feliz aquel)*

Beātus ille: «Feliz aquel». Estas son las dos palabras iniciales del epodo número 2 del poeta romano Horacio.

Beatus ille, qui procul negotiis,
ut prisca gens mortalium,
paterna rura bubus exercet suis,
solutus omni faenore.

Feliz aquel, que lejos de los negocios,
como en los tiempos antiguos,
trabaja las tierras paternas con sus bueyes,
libre de cualquier otra preocupación.

Se trata de una de las composiciones más conocidas de Horacio; setenta versos en los que va desgranando las ventajas de la vida campestre frente a los agobios y preocupaciones de la vida ciudadana. Es sin duda uno de los poemas más emblemáticos en la Historia de la Literatura Universal y esas dos palabras, *beatus ille*, han servido para definir uno de los tópicos literarios más utilizados por autores de épocas y países muy distintos. En la literatura española, la controversia entre la vida ciudadana y la vida campestre aparece notablemente desarrollada en la obra de fray Antonio de Guevara, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, aunque su versión más popular y conocida la hallamos en las múltiples variantes de la fábula *El ratón de campo y el ratón de ciudad*, que, según parece, es también una invención horaciana.

El epodo 2 ha sido traducido en muchas ocasiones y se han hecho de él numerosas versiones. Sin duda, para nosotros las más conocidas son las que hizo fray Luis de León. Recordemos las estrofas iniciales de su traducción:

Dichoso el que de pleitos alejado,
cual los del tiempo antiguo,
labra sus heredades, no obligado
al logrero enemigo.
Ni el arma en los reales lo despierta,
ni tiembla en la mar brava:
huye la plaza y la soberbia puerta
de la ambición esclava.

Y de una de sus más conocidas versiones:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
de los soberbios grandes el estado,
ni del dorado techo
se admira, fabricado
del sabio moro, en jaspes sustentado.

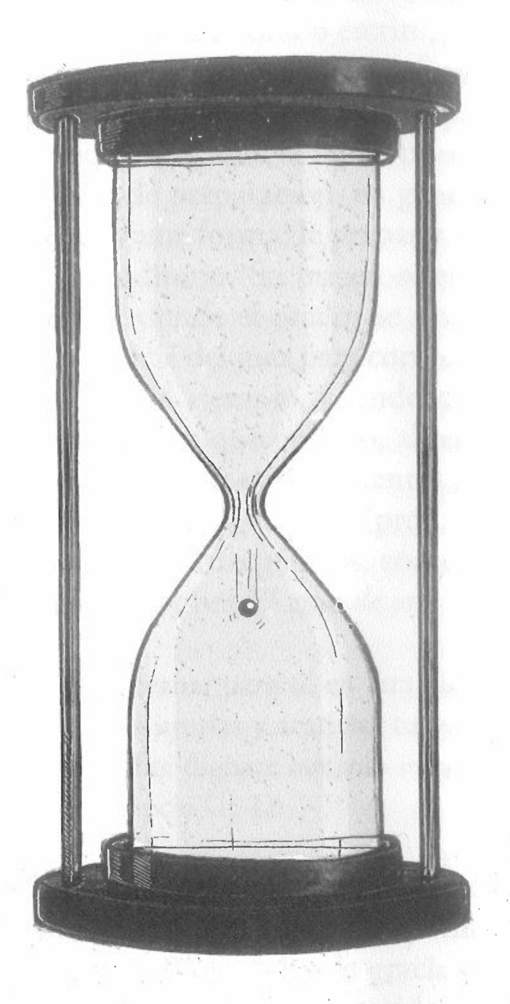
El amor por la vida campestre, despreocupada del lucro y la ambición, encaja muy bien en el pensamiento de Horacio, poeta sabio y reflexivo, que nos invitó a «aprovechar el día» (***carpe diem***) y a disfrutar de la «dorada medianía» (***aurea mediocritas***), con el talante conformista de quien sabe valorar lo que el destino nos ha otorgado, sin pretender lo que está lejos de nuestro alcance.

Quizá motivaciones similares son las que justifican el reciente fenómeno demográfico conocido como neorruralismo, protagonizado por aquellos que, hartos de la contaminación, la agresividad y la urgencia de la vida en las ciudades, deciden trasladarse a vivir al campo, constituyendo así un recambio generacional a las pretensiones ecologistas del movimiento *hippie* del decenio de los sesenta, en consonancia, además, con otros fenómenos recientes como la agricultura ecológica o el turismo rural. Y algo similar han de pensar los jubilados, que preparan su retiro en muchas ocasiones con una casita apartada del mundanal ruido; si es junto a la costa, mejor que mejor.

Bóbilis, bóbilis: véase **quisqui**.

Busilis: véase ***in illo tempore***.

C



Carpe diem *(Aprovecha el día)*

Captatio benevolentiae: «Petición de benevolencia», figura retórica que se usa para llamar la atención del público o del lector ante un discurso oral o escrito, y que debe aparecer al principio de la exposición. La forma habitual de captar la simpatía consiste en pedir disculpas por los posibles errores o equívocos que el autor pueda cometer por ignorancia o falta de preparación; en general es un signo de falsa modestia y una forma de preparar favorablemente el ánimo de un auditorio. Su origen se encuentra en los discursos forenses, donde el orador se veía constreñido a buscar la benevolencia del juez para con su defendido. Cicerón practica con el ejemplo, cuando dice a su amigo Bruto en *El orador* «y es que prefiero, al seguir tus deseos, que en mí eches de menos conocimientos antes que, si no lo hago, una benévola resignación» (pról., 2). Del mundo forense pasó pronto a otros géneros, como la novela, y así comienza Apuleyo su obra *El asno de oro*:

> Lector, quiero hilvanar para ti, en esta charla milesia, una serie de variadas historias y acariciar tu oído benévolo con un grato murmullo; dígnate tan solo recorrer con tu mirada este papiro egipcio (1, 1).

En la Edad Media tuvo un enorme desarrollo en combinación con otros tópicos, como las fórmulas de devoción, extraídas de la Biblia («Por la gracia de Dios, siervo de los siervos de Dios», y otras parecidas), o la insincera

fórmula de la *mediocritas* («Yo, una pulga y el más insignificante de los cristianos», dice san Jerónimo). También los juglares hicieron suyo el tópico al llamar la atención de los viandantes y pedirles su atención. Dentro de la literatura nacional, contamos con el insigne ejemplo del más ilustre prosista de la lengua castellana:

> Desocupado lector: sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el más hermoso, el más gallardo y más discreto que pudiera imaginarse. Pero, no he podido yo contravenir al orden de naturaleza; que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podrá engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno, bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación? (Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* I, Pról.).

Sin ser tan historiada, una *captatio* sirve, además, para atemperar expectativas y, sobre todo, para agrandar el contraste entre lo que el orador dice poder hacer y lo que en realidad pretende conseguir.

En estos tiempos, donde la retórica se ha visto desplazada de las aulas y solo puede oírse entre los políticos, en una pálida versión de lo que fuera uso habitual en el ejercicio del servicio público en el siglo XIX, aún es posible oír perlas como esta: «Yo les pido a ustedes que comprendan que soy tan solo un hombre, con todas las flaquezas y debilidades que tiene un hombre» (Salvador Allende, 5 de septiembre de 1970). De esto hace más de cuarenta años.

Carpe diem*:** «Aprovecha el día». Esta expresión, empleada por primera vez por el poeta Horacio (65-8 a. C.) —concretamente en el último verso de la oda 1, 11—, ha gozado de una inmensa popularidad a través de los siglos y ha dejado numerosas huellas en la cultura occidental. La idea, cargada de vitalismo, proviene probablemente de la filosofía epicúrea, aunque enseguida se adhirió a lo que conocemos como filosofía popular: lo importante es disfrutar del momento presente, gozar de los placeres que tenemos a nuestro alcance, olvidando las inútiles preocupaciones que supone un futuro siempre incierto. También en el himno universitario ***Gaudeāmus igitur (véase esta entrada) hay varias referencias a esta idea. Si bien en otros momentos históricos, como en la Edad Media, la admonición de Horacio se entendía —debidamente pasada por el filtro de la religión católica (así decía san Pablo: *Manducemus, et bibamus, cras enim moriemur* [1 Cor. 15, 32]: «Comamos y bebamos, pues mañana habremos muerto»)— como un recordatorio de la cercanía de la muerte y de la necesidad de estar preparados para ello, en nuestra época, mucho más dada al hedonismo, el *carpe diem* se ha entendido únicamente como una invitación a saborear los placeres de la vida. Probablemente esta popularidad se remonte a la película *El club de los poetas muertos*, dirigida por Peter Weir (1989), en la que un profesor de un exclusivo colegio inglés intenta enseñar a sus alumnos el significado práctico del *carpe diem*. Hoy, la expresión anda en boca de todos y ha servido incluso como base para algún anuncio, como el de una marca de bebidas alcohólicas que animaba a practicar el *carpe noctem*. ¡Si Horacio levantase la cabeza... estaría encantado!

Casus belli*:** véase ***manu militāri.

Catón: véase ***rem tene, verba sequēntur***.

Cave canem**:** «Cuidado con el perro». Advertencia que, como en la actualidad, se colocaba en la entrada de las mansiones de algunos romanos pudientes, bien en el suelo, como el conocido mosaico de la llamada «casa del poeta trágico» en Pompeya, bien pintada en la pared, según nos cuenta el narrador del *Satiricón* de Petronio (29, 1):

> En medio de mi asombro ante tantas maravillas, me caí de espaldas y por poco no me rompo las piernas. Pues a la izquierda, al entrar y a corta distancia de la cabina del portero, había un perro descomunal, atado con una cadena: era una pintura sobre la pared; y encima, en letras capitales, se leía: «CUIDADO CON EL PERRO».

Sin duda el realismo del aviso podría ser suficientemente disuasorio para cualquiera con intención de robar.

Citius, altius, fortius**:** Divisa deportiva cuyo significado es «más rápido, más alto, más fuerte» y que hace referencia a la capacidad de superación y el espíritu atlético. Dado que los elementos de que consta son adverbios comparativos, el lema puede ser aplicado a cualquier actividad: saltar, correr, nadar. A pesar de ser una creación reciente, la celebridad de esta frase está motivada por su asociación con los Juegos Olímpicos. Estos eventos deportivos pretenden emular los que se celebraron en la Antigüedad, a pesar de que los que se desarrollaban en la ciudad de Olimpia fueron solo unos entre los muchos encuentros competitivos que tuvieron lugar en la antigua Grecia, y significaban una tregua obligada entre las polis en conflicto.

A través de estos juegos se perfilaba una idea muy con-

creta de la sociedad helena y en ellos se incluían competiciones diversas, como la carrera (a pie o en carro), el lanzamiento de jabalina, de disco, o el salto de longitud, el pancracio (modalidad de lucha libre que recuerda al kickboxing), pero también ejecuciones artísticas como la danza, la recitación de poesía o la interpretación de una pieza musical, actividades todas ellas que admiten igualmente la competición. Curioso que la concordia y la armonía entre las naciones se busquen precisamente a través del ejercicio físico y la competitividad, quizá porque se trata de un sucedáneo de la batalla. No en vano, la ya mencionada paz olímpica era la única tregua que, en tiempos de guerra, se cumplía de manera incondicional.

La frase *citius, altius, fortius* fue pronunciada por el barón Pierre de Coubertin (1863-1937), impulsor de esta rehabilitación del deporte antiguo, como lema de esta iniciativa en la inauguración de los primeros Juegos Olímpicos de la era moderna (Atenas, 1896), aunque, al parecer, la tomó prestada de su amigo Henri Didon (1840-1900), un monje dominico aficionado al ejercicio físico, que la aplicó como lema de los juegos deportivos que él mismo organizaba en la escuela en que ejercía como maestro.

Cogito ergo sum: «Pienso, luego existo»: apotegma de René Descartes y una de las citas latinas más conocidas, cuya inversión no parece, lamentablemente, constatarse, pues más de una existencia transcurre sin producir pensamiento alguno.

No es este el lugar para valorar la trascendencia del racionalismo cartesiano en el pensamiento occidental, pero sí de señalar un dato mucho menos conocido. En todo este entramado filosófico es posible reconocer, como ha demostrado Benjamín García-Hernández en su *Descartes y Plauto*, un profundo conocimiento de las fuentes clásicas por

parte del autor francés, que va más allá de la redacción en latín de sus tratados. En efecto, la máxima cartesiana parece derivar del argumento de la comedia *Anfitrión* de Plauto. En ella se narran los padecimientos de Anfitrión, general tebano, y su esclavo, Sosias, al ser suplantados —hoy diríamos clonados—, respectivamente, por Júpiter, que se había encaprichado de Alcmena, la esposa del tebano, y Mercurio, el hijo del dios del cielo, que atormenta a Sosias con su parecido (de aquí, dicho sea de paso, procede la expresión «ser un sosias», que se usa para apuntar una similitud asombrosa y que induce a la confusión; también de esta comedia procede la vulgarización de Anfitrión como anfitrión, el que recibe, quizá con excesiva alegría, invitados).

Hasta tal punto llega el parecido que el pobre esclavo duda incluso de su propia existencia. Solo la certidumbre del pensamiento es antídoto eficaz para tanta duda, según expresa Sosias: «Pero, cuando lo pienso, no hay duda de que soy el mismo de siempre» (*sed quom* cogito, *equidem certo idem* sum *qui semper fui*. Plauto, *Anfitrión*, 447).

Ciertamente, pensando en los clásicos y en su profunda trascendencia hasta nuestros días los hacemos existir. El cine, especialmente, ha explotado mucho los argumentos trágicos de los antiguos, y el caso de Anfitrión, el general tebano suplantado, es uno de los más atractivos para un guionista moderno. Citemos al menos dos películas que desarrollan parte de la tragedia: una es El *fugitivo* (1993, Andrew Davis), con un ya afamado Harrison Ford, doctor acusado y condenado a muerte por el asesinato de su esposa (conviene recordar que el mítico Anfitrión nunca perdonó a su esposa Alcmena la infidelidad, por mucho que fuera con Júpiter, e intentó matarla en varias ocasiones). La otra película es más reciente, *Sin identidad* (Jaume Collet-Serra, 2011); en este caso, otro doctor, interpretado por Liam Neeson, tras sufrir un accidente que lo tiene en

coma una temporada, recobra la consciencia y regresa a casa; descubre con estupor que le han robado la identidad y que su mujer no lo reconoce. Habrá de emplearse a fondo, incluso contra sí mismo, para volver a su antigua vida.

Es curioso que todos los personajes suplantados sean tipos importantes o guarden un secreto político peligroso. Hay que pensarse mucho, para reconstruirse.

Contra natūram: «Contra la naturaleza». Esta locución latina, que propiamente sirve para denunciar lo que es contrario a las leyes de la naturaleza, se utiliza, sobre todo, en un contexto moral para denunciar aquellas relaciones sexuales alejadas de las buenas costumbres, que se estigmatizan desde determinadas posiciones ideológicas como contrarias a lo que es natural. En esta consideración estarían desde la homosexualidad a la zoofilia, pasando por el incesto, el sadismo, y un largo etcétera de prácticas supuestamente desviadas.

Como ocurre con otras expresiones latinas, suele utilizarse incorrectamente en numerosas ocasiones. En el habla corriente es frecuente suprimir la [*m*] del acusativo latino, de modo que lo más normal es oír hablar de comportamientos o acciones *contra natura*, aunque la preposición *contra* rige en latín el caso acusativo.

Es cierto que la frase se utiliza también en contextos filosóficos, científicos o jurídicos con sentido propio, alejado de valoraciones morales, pero en la mayoría de las ocasiones la expresión *contra naturam* alude a los comportamientos sexuales antes referidos y, en este sentido, es solo una más de las palabras o locuciones latinas que nos sirven para hablar de sexo con algo menos de pudor. Es esta otra de las nobles funciones del latín, gracias al cual podemos hablar de actividades cuyo nombre en castellano o no existe o provoca tal turbación que complicaría aún

más sus posibilidades de desarrollo. Nos referimos, con perdón, a *coitus interruptus*, *cunnilinguus*, *felatio*, *equus eroticus*, etc. La descripción exacta de lo que estas palabras significan en castellano es un tabú que hemos creído necesario mantener, no sea que alguien vaya a decir que actuamos *contra naturam*.

Corpore insepūlto*:** véase ***corpus delīcti.

Corpus delīcti* (y otros cuerpos):** «El cuerpo del delito». En terminología jurídica se utiliza para designar el elemento que prueba la existencia de un hecho punible, pero es una locución que usamos con mucha frecuencia en un contexto más amplio, para indicar la causa de un acontecimiento cualquiera, como el *quid* o el busilis de la cuestión (véase ***in illo tempore).

El cuerpo del delito es, sin duda, muy mentado, pero no le va a la zaga otro cuerpo ilustre, el *insepulto*. En efecto, la expresión ***corpore insepūlto*** se ha hecho tristemente famosa, pues la oímos cada vez que tiene lugar un funeral «de cuerpo presente», tema muy repetido en nuestros telediarios y programas de noticias radiofónicos. Literalmente significa «con el cuerpo sin sepultar» y es una locución habitualmente mal pronunciada. Con frecuencia oímos decir *de corpore insepulto*, donde sobra el *de*, que seguramente se utiliza por analogía con la preposición castellana que precede a «cuerpo presente». También es habitual que se escriba mal, separando en dos palabras el adjetivo *insepulto*, *in sepulto*, lo que es incorrecto.

Pero, si estamos hablando de *corpora* (así es como se forma en latín el plural de *corpus*), no podemos dejar de comentar la expresión ***habeas corpus***, literalmente, «que tengas el cuerpo». Fórmula abreviada de la expresión lati-

na *habeas corpus ad subiiciendum*, «que tengas el cuerpo para ponerlo a disposición», con la que se expresa el derecho del ciudadano a ser exhibido en el momento de su detención. Se trata de una herramienta jurídica que se utiliza contra los abusos de las autoridades; el detenido debe ser puesto a disposición de un juez en un plazo de tiempo determinado y, en caso de no encontrarse pruebas fehacientes de culpabilidad, debe ser puesto en libertad. Esta cautela frente a los abusos de la autoridad parece que se utilizó por primera vez en 1305, durante el reinado de Eduardo I de Inglaterra, cuando se exigió al rey que rindiera cuentas por la detención arbitraria de un súbdito. Ahora bien, el primer documento que establecía la necesidad de justificar la detención de un ciudadano es la *Carta Magna Libertatum*, sancionada por el rey Juan I, Juan Sin Tierra, en 1215.

La aplicación del derecho de *habeas corpus* en nuestro mundo globalizado es absolutamente fundamental, ya que protege de las detenciones arbitrarias y los ataques contra la integridad personal (la tortura, por ejemplo). Sin embargo, en este punto a cualquiera le vienen a la memoria episodios recientes de muy ingrato recuerdo: Guantánamo, los aviones sin ley, Abu Ghraib, etc. Pero, para estos asuntos, mejor dirigirse a Amnistía Internacional, mientras exista.

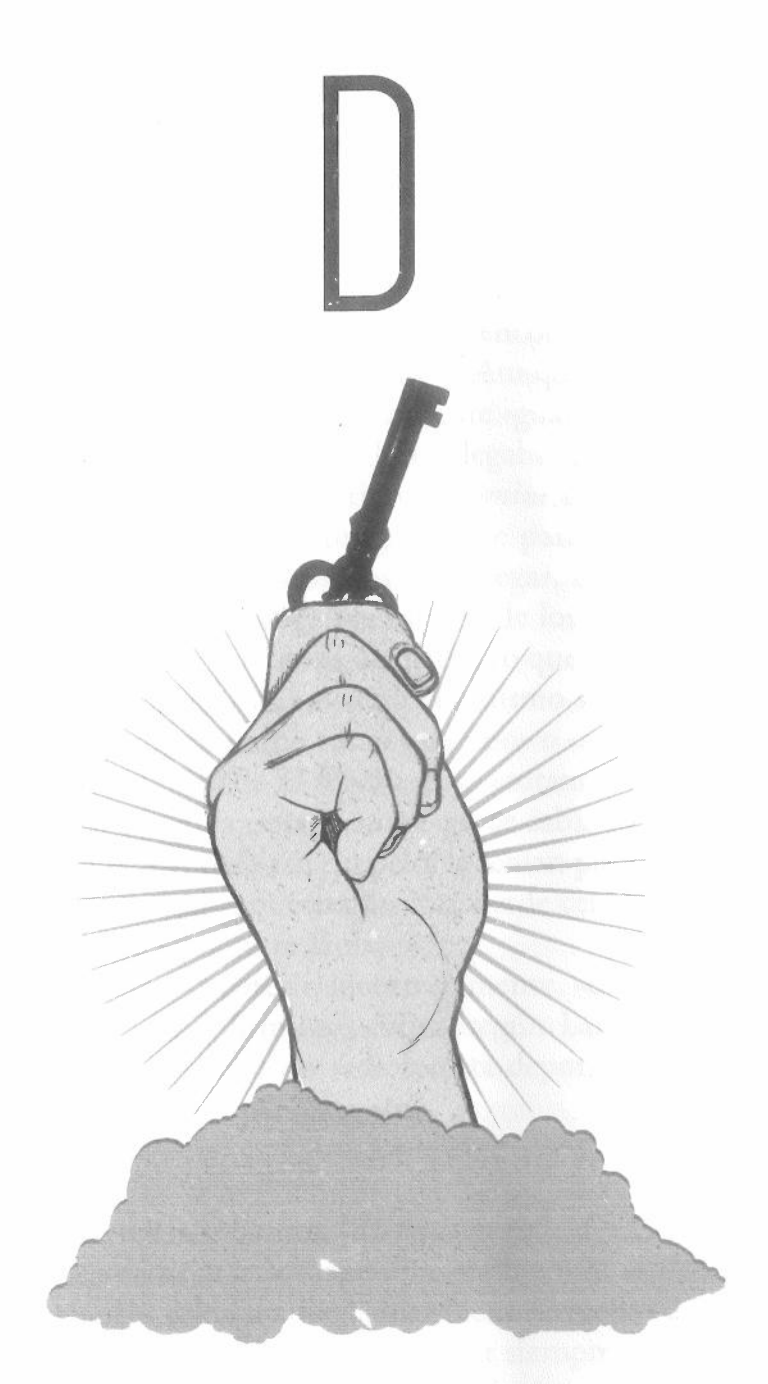
***Curriculum* (*vitae*):** *Curriculum* significa en latín, literalmente, «carrera», «carrerilla» para ser exactos, ya se realice a pie, a caballo o en carro, entretenimiento muy apreciado por los romanos y no exento de una acusada competitividad. En las lenguas modernas, la expresión *curriculum vitae*, «carrera de la vida» o andadura vital, ha quedado para referirse al documento en el que uno da detallada cuenta sobre todo de su experiencia profesional, aunque también pueda incluir, en otros formatos, detalles biográficos. Fuera de ese

uso, currículum, generalmente castellanizado, aunque mejor es españolizar del todo y echar un currículo o varios currículos, designa también el plan de estudios conducente a la obtención de un título que, por antonomasia, suele referirse a la educación superior. De ahí procede la denominación de «carrera» para cada uno de los estudios universitarios que, pese a su origen de connotación veloz, algunos desarrollan con más calma de la cuenta.

Los romanos no solían utilizar esta expresión, pero, en su lugar, tenían otra que se refería igualmente a las distintas actividades que uno asume a lo largo de su existencia. Se trata de la locución ***cursus honōrum***, «carrera de los honores», que se aplicaba en exclusiva a la carrera política en la que, durante la época de la República, se afanaban las clases pudientes. La palabra *cursus*, igualmente relacionada con el verbo *currere*, «correr», podía significar «viaje», «trayecto», pero también, como el español *curso*, «dirección» o «rumbo». Pues bien, esta carrera de los honores establecía una prelación de las múltiples magistraturas que contempla el sistema político romano, cuyos escalafones principales eran la cuestura, la pretura y el consulado. En origen, para acceder a ella era condición necesaria pertenecer al patriciado, pero paulatinamente este requisito se fue atemperando y dio paso, para mayor gloria de la República, a ciudadanos de otras extracciones, los llamados *homines novi*, los advenedizos. Su máximo exponente es, sin duda, Cicerón, una de las grandes figuras de las letras clásicas y en cuya obra (*A favor de Rabirio, reo de alta traición*, 30, 9), por cierto, se documenta por vez primera la expresión *curriculum vitae*. Ignoramos si los numerosos buscadores de empleo que hoy afirman dedicar su tiempo a «echar currículum» (así, en singular, aunque envíen muchos) están al corriente de tan ilustre antecedente.

Cursus honōrum: véase ***curriculum*** (***vitae***).

D



Deus ex machina (Desenlace inesperado)

De dómine: Expresión que solo suele encontrarse en la frase hecha «como chupa de dómine». Aunque hoy en día la chupa es una cazadora, generalmente «guay», en otro tiempo era una suerte de mandil que llegaba hasta la rodilla y cubría las otras ropas interiores. *Domine* es el vocativo de *dominus* y se utilizaba antiguamente para designar a los maestros de latín. Estos ilustres colegas, cuya capacidad económica era, si cabe, inferior a la de los actuales, llevaban la chupa en tal estado de deterioro que «ponerle a uno como chupa de dómine» tenía el mismo significado que nuestro «ponerle a uno como un trapo» o «a escurrir». Así, el dómine Cabra de *El buscón*, cuya «sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión; desde cerca parecía negra y desde lejos entre azul».

A veces se oye decir, incorrectamente, «chúpale domine» o «chúpate domine», como, según Lázaro Carreter, acostumbraba decir un radiofonista deportivo, cruzando la expresión con «¡chúpate esa!».

***De mortuis nil nisi bonum* [*dicēndum est*]:** «De los muertos nada ha de decirse, a no ser que sea bueno», es decir, «de los muertos solo hay que hablar bien». Precepto de buena conducta social que aconseja hablar siempre en términos elogiosos de una persona muerta recientemente, incluso si

el fallecido no dio motivos para ello. Su origen se halla en una frase de la obra de Diógenes Laercio *Vida, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*, donde atribuye esta *sententia* a Quilón de Esparta, uno de los siete sabios griegos, célebre también por otras máximas como «honra la vejez», «obedece las leyes» y alguna más, políticamente muy correctas. La expresión latina es traducción del teólogo italiano Traversari, del siglo xv, que vertió así la máxima griega y la popularizó. Tal vez el sabio griego se sintió muy irritado por la costumbre vigente en ese pueblo de hablar libremente y creyó oportuno prescribir el silencio o la loa para los muertos.

En Roma, el correlato a esta máxima era más bien una institución social por todos observada, el *elogium funebre* o la *laudatio funebris*; a la muerte de un personaje famoso, un familiar tenía el deber y el derecho de pronunciar el elogio fúnebre del muerto, una síntesis de vida pública y hechos domésticos. Solo en este último ámbito, en lo privado y en lo personal, se podía permitir el familiar dejar caer alguna crítica o anécdota burlona sobre el fenecido. Quizá no fuera esa la intención de Nerón al hacer el elogio fúnebre del emperador Claudio, pero Tácito asegura que «cuando pasó a hablar de su prudencia y sabiduría [de Claudio], nadie era capaz de contener la risa» (Tácito, *Anales*, 13, 3).

¡Cómo han cambiado las cosas!: ahora las demandas contra el honor colapsan los juzgados, mientras que las críticas al desempeño de lo público son el contenido intrascendente de los telediarios.

***Delēnda est Carthāgo*:** «Cartago debe ser destruida». Esta locución latina se utiliza en medios políticos e intelectuales, cuando se quiere dar idea de la convicción absoluta que tiene quien la emplea acerca de la necesidad de elimi-

nar un estado, institución, concepto o norma determinada. Se utiliza como colofón del discurso, como, según cuentan los historiadores antiguos, hacía Catón el Censor. Al parecer, cuando era ya de edad avanzada, adquirió una monomanía senil consistente en terminar todos sus discursos en el Senado con esta frase: *ceterum censeo Carthaginem esse delendam*, «por lo demás, creo que Cartago debe ser destruida».

Efectivamente, hacia la mitad del siglo II a. C. un grupo de políticos romanos, encabezados por Catón, parecía estar convencido de la necesidad de destruir el Estado cartaginés, por eso Catón, aunque estuviera hablando de otros temas, terminaba siempre con la frase antes mencionada, para que los senadores romanos no se olvidasen de que tenían pendiente esa empresa bélica. Finalmente, los partidarios de Catón consiguieron imponer sus ideas y Cartago fue destruida el año 146 a. C., aunque Catón no pudo verlo, pues había muerto cuatro años antes. El encargado de aniquilar la ciudad, en la llamada Tercera Guerra Púnica, fue Escipión Emiliano, un curioso personaje de la historia de Roma, especialista en destrucción de ciudades —diez años después destruiría Numancia— y gran mecenas de las letras, pues en torno a su figura surgió el llamado Círculo de Escipión, formado por filósofos, historiadores y poetas decisivos en la historia de la literatura romana, al hacer suya la cultura griega.

Catón, Escipión y otros senadores romanos sostenían que la prosperidad de Roma pasaba por la aniquilación de Cartago, que en esa época no representaba ya un peligro militar, pero sí económico para los intereses de la clase capitalista romana, pues Cartago se había recuperado en poco tiempo de su derrota en la Segunda Guerra Púnica. Los imperialistas romanos no veían con buenos ojos el «milagro cartaginés» y decidieron acabar con el problema de un plumazo. Cuentan que no solo destruyeron la ciu-

dad, sino que echaron sal para que ni siquiera las malas hierbas pudieran prosperar en aquella tierra.

La frase de Catón ha sido imitada en muchas ocasiones. En nuestro país la parodia más famosa lleva la firma del filósofo Ortega y Gasset, quien en un célebre artículo publicado en el diario *El Sol* en el año 1930, terminaba su alegato antimonárquico con esta conocida expresión «*delenda est* monarquía», mostrando de este modo su entonces decidido republicanismo. Antes y después, excelsos intelectuales y oradores han pretendido destruir Hispania, la Constitución, la traducción: *delenda est Hispania, delenda est constitutio, delenda est traductio...*

Deus ex machina: «Dios que surge de la máquina»; es un término técnico, procedente de la escenografía griega y después romana, que describe la entrada en escena de un personaje divino, elevado en una especie de grúa (*machina*), para aparentar que venía del Olimpo o de los cielos: así ocurre en piezas como *Medea* de Eurípides, donde un carro alado aparece al final de la obra para llevarse a la infanticida Medea de Corinto a Atenas, y así librarla de un juicio popular. Después su significado ha variado y ha pasado, dentro de la dramaturgia, a designar un factor externo que resuelve, a veces de manera un tanto forzada o traída por los pelos, el nudo dramático, fuera o ajeno a la lógica de la acción planteada. Para muestra un botón: en *El malentendido*, de Albert Camus, el personaje que aparece al final y cumple la función de *deus ex machina*, la esposa del hombre que acaba de ser asesinado en un hotel, desvela que su marido era el hermano e hijo de las propietarias del hotel y, por tanto, de sus asesinas, que se había alojado de incógnito en el hotel para darles una sorpresa. Otros elementos u objetos pueden funcionar a modo de *deus ex machina*: un oportuno eclipse, un testamento reve-

lador o una frase dicha en el último momento, como la bola de cristal que revela el significado de *Rosebud*, la enigmática palabra de *Ciudadano Kane*, ***opus magnum*** (véase ***opera prima***) de Orson Welles.

Como se trata de un elemento ajeno a la trama interna de la acción, desde siempre se ha considerado un recurso pobre acudir a este *deus* artificial para resolver un nudo; por ello, ya el propio Horacio advertía de la necesidad de «no meter por medio a la divinidad, salvo cuando el problema sea digno de verdad de un dios» (*Arte poética*, 191). En la vida cotidiana, se usa para referirse a la llegada de alguien o algo que resuelve un problema complicado o aparentemente irresoluble.

Diis Manibus sacer (o ***sacra***): véase ***sit tibi terra levis***.

Do ut des: «Te doy para que me des» o, si nos ponemos castizos, «toma y daca». Precepto judicial de reciprocidad que regía algunos contratos innominados contemplados por el derecho romano. Con su proverbial pragmatismo, el pueblo romano tuvo siempre muy presente la necesidad de ofrecer contraprestaciones para conseguir la colaboración ajena en beneficio propio. Es decir, para recibir una prestación se ofrece de antemano una contraprestación. Este principio regía, en realidad, no solo en las relaciones civiles, sobre todo en las de tipo clientelar, sino también en las religiosas, puesto que los romanos consideraban que el trato con la divinidad debía ser tan cordial como el que se dispensa a un vecino respetable. De tal modo, los estudiosos modernos se sirven de este concepto para explicar el ritual romano, que concebía el sacrificio como la ofrenda previa indispensable para conseguir la colaboración del dios.

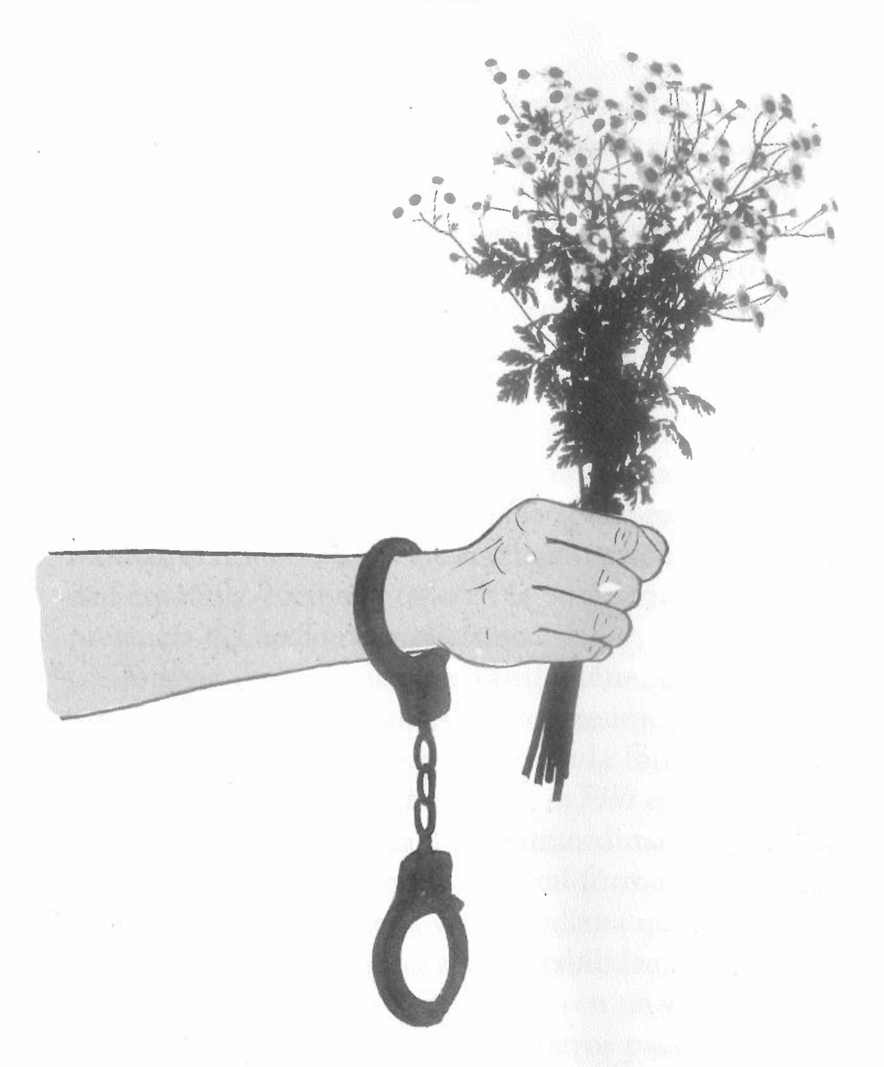
En la actualidad, la expresión *do ut des* es muy usada, por ejemplo, para definir los frecuentes intercambios de favores que, de manera injusta y a veces ilegal, se producen entre individuos o entidades, esquivando, por favoritismo o amiguismo, elementales normas éticas de relación social.

Ese mismo principio de reciprocidad rige la expresión ***quid pro quo***, «una cosa por otra», «algo a cambio de algo», más frecuente que la primera en la cultura anglosajona. Su popularidad aumentó notablemente a raíz del estreno de *El silencio de los corderos*, película en la que uno de los psicópatas más retorcidos de la ficción, el Dr. Hannibal Lecter, reclamaba por medio de esta expresión («*quid pro quo*, Clarice») información personal de la detective que investigaba su caso. *Quid pro quo* implica por tanto, al igual que *do ut des*, una compensación que se reclama, especialmente, en el agresivo mundo de los negocios.

Con todo, el origen de *quid pro quo* se halla lejos del lenguaje mercantil o comercial, pues en realidad habría sido una especie de muletilla, utilizada por los maestros de gramática, para indicar que alguien había incurrido en un error gramatical. Bien vendrá recordar, por último, que *quo* es una palabra monosílaba y que por tanto ha de pronunciarse en un solo golpe de voz ([*kuó*]), en lugar de en dos ([*kú-o*]).

Ducunt volēntem fata, nolēntem trahunt*:** véase ***faber est suae quisque fortūnae.

E



Excusatio non petita, accusatio manifesta
(Disculpa no solicitada, culpa evidente)

Ecce homo: «He aquí el hombre», son las palabras que pronunció Poncio Pilato señalando a Cristo ante los judíos. Jesús acababa de ser azotado, tenía una corona de espinas, una caña entre las manos atadas y se cubría con un harapo. El pueblo llano, que no sabía latín, interpretó que un *ecce homo* era alguien maltrecho o herido y, a partir de aquí, surgieron expresiones como «estar hecho un *ecce homo*», «parecer un *ecce homo*»..., o para ser exactos, «un *cehomo*»; locuciones que todavía podemos oír en boca de personas de edad madura y que, como otras que vamos a comentar, tienen su origen en el lenguaje religioso y testimonian el influjo secular de la religión católica en la sociedad española, incrementado en la posguerra con la omnipresencia del nacionalcatolicismo.

Todavía decimos **«en un santiamén»**, cuando queremos decir «en un instante». La expresión procede de la unión de las dos últimas palabras de la fórmula utilizada para santiguarse: *In nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti. Amen*, dando una idea de la extraordinaria rapidez con que los beatos suelen pronunciar tal fórmula. La religión invadió hasta tal punto la vida cotidiana que las jaculatorias u oraciones servían para la contabilidad del tiempo: se hacían las cosas «en un decir Jesús», «en un verbo», «en un santiamén»; y «en un credo» los huevos pasados por agua estaban en su punto.

Se oye también decir, con relativa frecuencia, que «**alguien ha perdido el *orēmus***», expresión empleada para denotar singular despiste o incipiente locura de alguna persona. Hubo tiempos en nuestro país en los que se podían perder otras cosas, pero dejar de seguir la liturgia correctamente, sin hacer caso del *oremus* con que el sacerdote daba el pie, era algo sorprendente y grave, hasta el punto de que la sorna popular consideró que quien eso hacía debía estar medio loco. E igualmente se sigue utilizando la expresión «**para más inri**», en recuerdo del episodio de los Evangelios que cuenta cómo Pilato hizo poner en la cruz de Cristo un letrero que decía en son de burla: *Iesus Nazarenus Rex Iudaeorum*. Sin embargo, los judíos no percibieron la ironía del gobernador romano y se enojaron grandemente, así que, a la postre, las famosas siglas sirvieron para burlarse más de los judíos que del propio Jesucristo.

Errāre humānum est, sed perserverāre diabolicum*:** véase ***quandōque bonus dormītat Homērus.

***Et in Arcadia ego*:** «También yo en la Arcadia»; se trata del título de un cuadro de Nicolas Poussin, pintado en 1638, donde se ve un grupo estilizado de tres pastores y una pastora en torno a una tumba, leyendo lo que se supone que es la inscripción *et in Arcadia ego*. Esta expresión forma parte de las fórmulas del *memento mori*, «recuerda que vas a morir», es decir, constituye un recordatorio de la muerte como destino final de todas las criaturas, incluso en el mundo feliz de Arcadia.

El mito de Arcadia está asociado al género bucólico, primero de la mano del poeta griego Teócrito, pero sobre todo de Virgilio, que situó en esta región griega a sus pas-

tores idealizados, felices personajes que ocupaban su tiempo en componer poemas para vencer en justa lid a sus rivales en amores por alguna pastora, igualmente culta y feliz:

> Incluso si Pan compitiese conmigo ante el juicio de Arcadia, incluso Pan tendría que declararse vencido por mí ante el juicio de Arcadia (Virgilio, *Bucólicas*, 4, 57-58).

Arcadia, pues, tierra de poetas y de música, de ninfas y amores, tierra de la felicidad, también se ve perturbada por la muerte; eso es lo que Poussin recordó en su cuadro y lo que la expresión latina sigue recordando hoy: la caducidad de la vida, incluso en los lugares y momentos más idílicos. Con todo, en literatura se hace un uso un poco forzado de la locución, ya que, extraída de su contexto, alude simplemente a la Arcadia como lugar feliz, y eso significa: «yo también estuve allí y, por tanto, conocí la felicidad». Así debe entenderse el libro primero de la famosa novela *Retorno a Brideshead*, de Evelyn Waugh, que empieza: «"Ya he estado aquí", dije».

***Exceptio probat regulam in casibus non excēptis*:** Literalmente, «la excepción confirma la regla en los casos no exceptuados», aunque el lector reconocerá mejor la formulación en castellano «la excepción confirma la regla». A nadie se le escapa que esta última frase (al igual que la latina que está traduciendo, fórmula jurídica de época medieval) se suele usar con el sentido de que las excepciones ratifican una determinada regla, es decir, que una regla no puede ser considerada como tal si no se corroboran casos que la contradigan. Sin embargo, aunque muy asentada, esta interpretación constituye una completa incongruencia y un sinsentido desde el punto de vista lógico. Desde luego, ese no

era el sentido que tenía en latín. Veamos cuál debería ser su uso correcto.

Se suele señalar que el origen remoto de esta frase se halla en una reflexión de Cicerón, en su discurso *A favor de Balbo* (*Pro Balbo*, 56 a. C.), en el que este autor actuaba como defensor del político de origen hispánico, Lucio Cornelio Balbo, acusado de haber conseguido ilegalmente la ciudadanía romana, privilegio al que no todos los pueblos conquistados por Roma tenían acceso.

En su argumentación, Cicerón alude a ciertos tratados con varias tribus bárbaras en los que consta explícitamente la excepción especial de que ninguno de esos pueblos recibiría la ciudadanía romana. De tal modo, puesto que en el tratado que afectaba a Balbo, habitante de la ciudad de Cádiz, no constaba dicha cláusula, es decir, no se hacía explícita la excepción, ello implicaba que aquello que no se exceptuaba tuviera vigor, es decir, la ciudadanía de los gaditanos (*quod si exceptio facit ne liceat, ubi <non sit exceptum, ibi> necesse est licere*).

Así pues, según este razonamiento, si existe una excepción, se debe a que detrás hay una regla que justifica su existencia. Y a la inversa, que haya una excepción supone una garantía evidente de la existencia de una regla. Decir, por ejemplo que, «en situaciones debidamente justificadas se podrá acceder al aula una vez comenzada la clase», implica una normativa general según la cual un alumno no puede entrar al recinto de clases una vez que el profesor ha comenzado a impartir su lección.

Precisamente en este sentido se utilizaba la frase latina *exceptio probat regulam*, pues el significado de *probare* no es tanto «confirma» (sobreentendido: «la validez de») la regla, sino más bien que una contravención de una norma implica o da testimonio de la existencia de esa regla.

***Excusatio non petīta, accusatio manifēsta*:** Literalmente, «excusa no pedida, acusación manifiesta», o mejor «disculpa no solicitada, culpa evidente». En español, tiene su equivalente en el refrán «quien se excusa, se acusa», y bastante que ver con la expresión «darse por aludido». La locución latina indica la culpabilidad de aquel que se excusa espontáneamente, sin que nadie le haya exigido o siquiera sugerido hacerlo. Se encuentra en los repertorios medievales y con toda probabilidad tiene su origen en esa época. Es posible que, en principio, estuviera ligada al lenguaje jurídico, pero en la actualidad es una sentencia muy utilizada por profesionales de todo tipo, políticos, periodistas, psicólogos, profesores, etc.

Ciertamente, la frase tiene un gran rendimiento en el mundo actual. Cada vez que un político dice que no van a bajar los impuestos, podemos tener casi la seguridad de que más tarde o más temprano ocurrirá lo contrario. Si el presidente del Banco Central Europeo o el de la Reserva Federal de Estados Unidos asegura que no bajará el Euribor o que la moneda no será devaluada, todos tenemos la sospecha de que más pronto que tarde eso que niegan ocurrirá. Los periodistas lo saben mejor que nadie y por eso vemos muchos artículos en distintos diarios, como *Deia, El Correo* o *Abc*, con el título «*Excusatio non petita...*».

Pero la locución tiene todavía más rendimiento en la vida cotidiana. Resulta útil, pero a veces nos descubre cosas difícilmente aceptables. Cada vez que alguien nos asegura, sin pedírselo, que lo que ha hecho no iba dirigido contra nosotros, debemos ponernos en lo peor y, si uno se fija, comprobará que la cosa sucede mucho más a menudo de lo que creemos. Pongamos un par de ejemplos: si la chica o chico, con la que solemos quedar los sábados, nos llama para decirnos que el sábado le ha surgido un compromiso inesperado, es que no quiere quedar con noso-

tros. Si un amigo nos advierte de que no nos invitó a la cena que había organizado porque creía que estábamos fuera de la ciudad, es que no quería invitarnos. Podríamos poner ejemplos más crueles, pero parece suficiente para probar lo que decíamos: útil pero duro.

F



Fama volat *(La noticia vuela)*



Faber est suae quisque fortūnae: «Cada uno es artífice de su propia fortuna». El autor de esta frase es Apio Claudio el Ciego, que vivió entre 340 y 273 a. C., y fue cónsul y censor de la República romana. Se trata de un político relevante a quien se debe la construcción de la famosa vía Apia, que unía Roma con las ciudades más prósperas de Campania. Fue, además, un notable orador, como se puede apreciar en el discurso que pronunció ante el Senado contra los que defendían firmar la paz con el rey Pirro, después de que este obtuviera la segunda de sus famosas victorias sobre los romanos; ya saben, las victorias pírricas, esas que han quedado como ejemplo de las que no comportan beneficios. Bien, pues Apio pronunció un discurso en el que, entre otras cosas, decía lo siguiente:

> Antes me dolía de ser ciego; ahora quisiera ser sordo, además, para no tener que oír vuestros vergonzosos proyectos. ¿Dónde habéis dejado, pues, vuestro juicio, dónde vuestras afirmaciones, cuando decíais que Alejandro Magno se hubiera detenido ante vuestras fronteras, de habérsele ocurrido marchar hacia Occidente? Todo era pura jactancia, puesto que ahora teméis a un rey que en Grecia no ha podido resistir ante los macedonios. No creáis que con un tratado conseguiréis mantener a Pirro lejos de Italia. Al contrario, lo que así haréis es atraer a aquellos de los que Pirro ha huido. Sobre todo si, en lugar de un merecido escarmiento, recibe una recompensa.

Apio, como se ve, era un conservador riguroso, defensor de la grandeza de Roma y bastante belicista, si, como parece, es cierto que dijo aquello de que «a Roma se le puede confiar más la guerra que la tranquilidad».

Escribió en verso una colección de sentencias, de las que tenemos noticias por las citas de autores más recientes, pero de las que apenas conservamos tres. En concreto, la que aquí nos ocupa nos la transmite una de las cartas a César que se suelen atribuir al historiador Salustio: *in carminibus Appius ait fabrum esse suae quemquem fortunae.* «Apio dijo en sus versos que cada uno es artífice de su propia fortuna» (*De rep.*, 1, 1, 2). Esta frase refleja el orgullo romano sobre la responsabilidad del individuo sobre sus actos y toma partido por la existencia del libre albedrío en la vieja polémica entre los defensores de este y los fatalistas, es decir, aquellos que consideraban que el *fatum*, el destino, determinaba la vida de los individuos, una fuerza universal que estaba por encima incluso de los dioses. Una idea defendida, entre otras escuelas filosóficas, por el estoicismo. Séneca, uno de sus más ilustres partidarios, tradujo al latín en sus *Cartas a Lucilio* (107, 11, 5) la famosa máxima del griego Cleantes: ***ducunt volēntem fata, nolēntem trahunt.*** «El destino guía al que se deja llevar y arrastra al que se resiste.» También el ilustre manchego se hace eco de la máxima:

> Lo que te sé decir es que no hay fortuna en el mundo, ni las cosas que en él suceden, buenas o malas que sean, vienen acaso, sino por particular providencia de los cielos, y de aquí viene lo que suele decirse: que cada uno es artífice de su ventura (Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* II, 66).

Una controversia inagotable, que se ha mantenido a lo largo de los siglos y en la que, según las épocas, ha preva-

lecido el parecer de uno u otro bando. El Medievo fue eminentemente determinista, mientras que el Renacimiento enalteció el libre albedrío. Hoy en día, la polémica sigue, aunque me temo que cada vez creemos más en el determinismo de los mercados y menos en el del *fatum*.

Fama volat: «La noticia vuela» o mejor en plural, como decimos en español, «las noticias vuelan». A pesar de no conocer los actuales medios de comunicación ni la prensa del cotilleo, Virgilio se sirve de esta expresión en la *Eneida* (3, 121) y ha quedado como fórmula proverbial de la velocidad con la que se extiende una noticia o un rumor, metáfora que también justifica el sintagma, frecuente en la epopeya homérica, «las palabras aladas».

Ahora bien, a pesar de lo afortunado de la expresión, pues ningún movimiento hay tan rápido como el vuelo, las palabras, al igual que se propagan velozmente, se disipan con la misma facilidad frente a la inmanencia de la letra escrita. Ese es al menos el sentido actual con el que se utiliza la expresión ***verba volant, scripta manent***, «las palabras vuelan, los escritos permanecen» o, lo que es lo mismo, «las palabras se las lleva el viento», sobre todo en asuntos de especial gravedad.

Con toda probabilidad el origen de esta locución ha de remontarse a la Edad Media, con su veneración por la escritura, por ser la depositaria de la verdad revelada en la tradición cristiana.

Festīna lente: «Apresúrate lentamente». Esta locución latina se emplea para indicar la conveniencia de actuar sin prisas pero sin pausas y es equivalente al refrán castellano «vísteme despacio, que tengo prisa». La expresión hizo fortuna por su carácter paradójico —la figura retórica que llama-

mos oxímoron— y por la celebridad de su autor, el emperador Augusto.

Es una frase que Augusto repetía frecuentemente y que nos ayuda a conocer su personalidad. Suetonio, su biógrafo, nos ha transmitido este y otros dichos suyos que dejan ver la determinación y prudencia de su carácter:

> Y estimaba que nada convenía menos a un perfecto general que el apresuramiento y la temeridad. De ahí que repitiera con frecuencia estas frases: «¡Apresúrate lentamente!», «Un general prudente es mejor que uno audaz», y «Bastante aprisa se hace aquello que se hace bastante bien». Afirmaba que no debía emprenderse combate o guerra alguna hasta que no se viera que la esperanza de ganancia era mayor que el miedo al perjuicio. Pues decía que los que tratan de obtener mínimas ventajas con el máximo riesgo se parecen a los que pescan con anzuelo de oro, pues el daño de su pérdida no se puede compensar con captura alguna (Suetonio, *Augusto*, 25).

Augusto, instaurador del Imperio romano, no fue un héroe, ni siquiera un hombre excepcional. Tal vez su éxito pudo deberse a no distinguirse demasiado de los demás y a la mesura de sus ambiciones. Al referirse a él, los historiadores modernos consideran que no tenemos datos seguros para iluminar su figura como hombre y como político, y el testimonio de los antiguos es ciertamente controvertido. Unos ensalzan su inteligencia e incluso su superioridad moral, otros nos presentan a un hombre, sometido a la influencia de los demás, que fue designado por la suerte para instaurar un nuevo régimen político. Tácito describe su habilidad política y su carácter taimado y a veces traicionero. Suetonio es muy crítico con Octavio al inicio de su biografía, pero al final elogia su sentido de la justicia y la bondad de sus reformas. Lo cierto es que Augusto fue

cambiando durante los cincuenta y ocho años que se mantuvo en el poder y, si a veces fue cruel y demagógico, en otras se manifestó clemente y actuó como un gran hombre de Estado. Sin duda, algunas cualidades incuestionables explican el éxito de sus acciones: perspicacia, cautela, circunspección y esa tenacidad lenta, que también describe el lema *festina lente.*

Un lema que resulta muy apropiado para la agitada vida de las grandes ciudades modernas, en las que la aceleración de nuestras acciones nos impide ver hasta los objetivos que perseguimos.

***Flagrānti crimine*:** véase ***modus operāndi*.**

G



Gaudeamus igitur *(Alegrémonos pues)*

Gaudeāmus igitur: «Alegrémonos pues». Primer verso del himno universitario por excelencia, compuesto, en la versión que se conoce en la actualidad, en Alemania a mediados del siglo XVIII y adoptado por todos los ateneos y todas las hermandades estudiantiles europeos. En realidad se trata de un canto a la vida y su título originario, *Sobre la brevedad de la vida*, está en consonancia con su más que probable origen goliárdico. Se llamaba goliardos en la Edad Media a un tipo de clérigos vagabundos y estudiantes pícaros que acompañaron el resurgimiento de las ciudades y el nacimiento de las instituciones universitarias, allá por el siglo XIII. Se caracterizaban por su espíritu satírico y jovial, proclive a exaltar los placeres de la vida (vino, sexo, juego, etc.) y a satirizar a los representantes del poder, ya fuera este eclesiástico, universitario o civil. Pero los goliardos también sentían interés por la literatura y expresaron su sentir vital en composiciones más o menos conocidas, como las que han inspirado la obra *Carmina Burana* de Carl Orff. El himno llamado *Gaudeamus igitur*, que parece proceder de un manuscrito del siglo XIII, también tiene alguna que otra estrofa golfa, que en las grandes celebraciones se omite para no ofender a los *commilitones*, compañeros de estudios, aunque, si somos sinceros, ya casi nadie puede escandalizarse ante estrofas como estas: *Vivant omnes virgines / faciles, formosae / vivant et mulieres / tenerae, amabiles / bonae, laboriosae*, ¿o me equivoco?

La universidad, con su aura de saber y respetabilidad, ha sido siempre —¿para qué engañarnos?— un hervidero de

subversivos, lo cual la honra, y en ocasiones ha permitido descansos a su erudición, sobre todo al principio y al final del curso (ya saben, ***prima non datur et ultima dispensātur***, o sea, «la primera clase no se da y la última se perdona»); pero siempre ha sido severa con quienes no mostraban aptitudes suficientes para alojarse en sus aulas magnas: ***quod natūra non dat, Salmantica non praestat***, «lo que la naturaleza no da, la Universidad salmantina no puede prestarlo», o en versos de Ricardo León (1877-1943):

quien tiene dura la testa,
tonto vive y morirá:
lo que natura no da,
Salamanca no lo presta.

Y eso que hablamos de la más antigua e ilustre de las universidades españolas, donde la piedra más humilde tiene vista más historia de la que cabe en un libro. El caso es que esta máxima se corresponde con el refrán español «El que asno fue a Roma, asno se torna»: por mucho saber que encierre en sus bibliotecas y universidades la eterna Roma, al trabajo ha de acompañarle el talento. O eso dicen.

Graecia capta ferōcem victōrem cepit: «La Grecia cautiva conquistó al fiero vencedor». Se trata de otra de las frases geniales del poeta Horacio, que se ha convertido en aforismo universal. Continúa así: *et artis intulit agresti Latio*, «e introdujo las artes en el rudo Lacio». Los versos pertenecen a sus *Epístolas*, concretamente a la primera del libro II (156-157), en la que Horacio trata del influjo helénico sobre Roma, concluyendo que la conquista bélica de los romanos del suelo griego comportó el sometimiento de los latinos a la superioridad espiritual de Grecia. El «rudo Lacio», enormemente capacitado para las empresas

militares que le llevaron a conquistar un gran imperio, sucumbió ante la sabiduría de los griegos, y el «fiero vencedor» fue conquistado por las artes y la sofisticación del helenismo.

En realidad, la influencia de Grecia sobre Roma y la consiguiente conquista espiritual, a la que alude Horacio, fue un largo proceso que se inició mucho antes de que Roma convirtiera Grecia en una provincia de su magno Imperio. Las primeras obras de la literatura latina surgen allá por el siglo III a. C., gracias a la influencia de los autores griegos que llegaron a Roma cuando las legiones romanas conquistaban las primeras ciudades griegas del sur de Italia. Livio Andrónico, el primer literato latino, era de origen griego y hablaba y escribía tanto en griego como en latín. Esa influencia fue acrecentándose en los siglos posteriores hasta constituir en plena época imperial la Roma bilingüe de Augusto, Adriano o Marco Aurelio, grandes emperadores que, como Livio Andrónico, hablaban y escribían en griego y en latín.

Horacio admiraba la cultura griega y siempre tuvo como referente de sus obras a los grandes poetas griegos, líricos, como Alceo o Safo, o satíricos como Estesícoro o Anacreonte. En esto no era diferente de otros grandes poetas latinos: Catulo admiraba a Calímaco, Virgilio escribía a partir de Homero o Teócrito, Terencio a partir de Menandro, etc. Y Cicerón, aunque en muchos pasajes de sus obras defendió los valores de la romanidad, llegó a decir: «Grecia nos superaba en cultura y en todos los géneros literarios» (*Tusculanas*, 1, 3). Los autores latinos tenían respecto a los griegos la misma mentalidad que los autores renacentistas respecto a los clásicos: sus obras eran, no tanto una imitación, sino la legítima recreación de las de los autores griegos más antiguos.

El gran mérito de los romanos, no solo de sus poetas y oradores, sino de sus generales y emperadores, fue darse

cuenta de la superioridad de la cultura que estaban conquistando, de manera que no solo no acabaron con ella, según el proceder habitual de los pueblos imperialistas, sino que fueron sus mejores propagandistas. Ese egregio ejercicio de humildad está en la base del espíritu y las estructuras político-sociales del Occidente actual, aunque diecinueve siglos de cristianismo militante nos impiden, a veces, ver las raíces de nuestra cultura.



Homo homini lupus *(El hombre es un lobo para el hombre)*

***Habeas corpus*:** véase ***corpus delīcti*.**

***Habēmus Papam*:** Una frase que suele pronunciarse desde el balcón principal de la plaza de San Pedro del Vaticano abarrotada de fieles que esperan, con enorme expectación y sonoros vítores más propios de un concierto de rock que de un acto religioso, una noticia que ya conocen. Tras la reunión del cónclave del Colegio Cardenalicio, la preceptiva votación y la consecuente fumata blanca, que anuncia el final de la deliberación, el cardenal protodiácono proclama *habemus Papam* («tenemos Papa»), así, en latín, y pronuncia el nombre del elegido para tal función. El nuevo Sumo Pontífice queda así investido de su nuevo cargo e imparte su primera bendición *Urbi et orbi*. La imagen la hemos visto recientemente en las cadenas de televisión de todo el mundo, con el nombramiento de Joseph Ratzinger como Benedictus XVI, pero se trata de un rito con una larga historia que data, al menos, de finales del siglo xv, momento en que se documenta en la elección de Inocencio VIII; de hecho, el contenido del anuncio recuerda claramente a un fragmento del Evangelio de san Lucas (2, 10-11):

> *Et dixit illis angelus: «Nolite timere; ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo, quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus, in civitate David».*

Y les dijo el ángel: «No tengáis miedo; pues he aquí que os anuncio una gran alegría, y lo será para todo el pueblo, pues hoy ha nacido vuestro salvador, que es Cristo Nuestro Señor, en la ciudad de David».

Con este acto performativo, el elegido pasa a ser la máxima autoridad de la Iglesia católica y el dirigente de la Santa Sede o Estado de la Ciudad del Vaticano, la única nación del mundo en la que el latín sigue siendo lengua oficial. De hecho, la frase que nos ocupa queda incluida en una alocución en latín que, en el caso del último Papa, sonó como sigue:

Annuntio vobis gaudium magnum:
Habemus Papam!
Eminentissimum ac reverendissimum Dominum
Dominum Iosephum,
Sanctae Romanae Ecclesiae Cardinalem Ratzinger,
Qui sibi nomen imposuit Benedicti Decimi Sexti.

Os anuncio una gran alegría:
¡Tenemos Papa!
El eminentísimo y reverendísimo señor
Señor Joseph,
Cardenal de la Santa Iglesia Romana, Ratzinger,
Que se ha atribuido el nombre de Benedicto XVI.

Sería muy comprensible algo que hemos visto recientemente en la ficción: que, como en la película de Nanni Moretti, *Habemus Papam* (2011), el elegido se viera abrumado por la responsabilidad y la expectación.

La expresión, por último, ha generado una rica gama de imitaciones que implican, en su mayoría, un resultado esperado después de un proceso largo, algo como «*habemus* proyecto», pero puede admitir lecturas más o menos

irónicas, del tipo de «esta tarde *habemus* partida», de carácter claramente coloquial.

***Hic habitat felicitas*:** «Aquí vive la felicidad». Esta frase tiene intención propiciatoria y se encontró por vez primera en Pompeya, a la entrada de una panadería, rodeando un falo. La felicidad y la fertilidad son dos términos intercambiables en el mundo romano, y tanto con esa frase como con la imagen fálica se pretendía atraer la buena suerte y la prosperidad.

El falo, símbolo evidente de la fertilidad, simboliza la potencia del dios Príapo, el dios itifálico (es decir, de la erección eterna) encargado de la fertilidad y la felicidad. En muchas ciudades romanas, o mejor dicho, en las ruinas de muchas ciudades, donde se conserve aún en pie algún pilar, puede contemplarse ese signo. Hoy día se sabe que era una manera de invitar a la prosperidad de todos los habitantes y de evitar el temido mal de ojo, como símbolo apotropaico, aunque en un principio se pensó que indicaba la localización de un burdel, explicación que siguen dando, a día de hoy, los guías turísticos que pasean a las muchedumbres de turistas por Pompeya, antes de ofrecerles las «emociones fuertes» del famoso lupanar, con sus frescos subidos de tono. De hecho, el nacimiento de la idea moderna de pornografía tiene mucho que ver con Pompeya, pues incluso el término (formado a partir de la palabra griega que significa «prostituta», *pórne*, y *grafía*, es decir, «representación de prostitutas») se creó en el siglo XVIII —cuando la sexualidad era radicalmente diferente—, momento en que se recuperaron, bajo las cenizas del Vesubio que sepultaron la ciudad, distintas obras de arte con representaciones explícitas de órganos y prácticas sexuales y se planteó el debate sobre su obscenidad. Las autoridades borbónicas, depositarias de las buenas costumbres,

determinaron la necesidad de ocultar esas piezas, creándose así el Gabinete Secreto del Museo de Nápoles, que aún sigue sonrojando a algunos visitantes. De ahí también que Roma haya sido siempre escenario preferente para las más variadas fantasías sexuales...

Pero no hace falta irse tan lejos. Si tienen un rato, paséense por las ruinas de Uxama Argaela, la actual Burgo de Osma, en Soria, y verán la frecuencia del símbolo fálico del que hablábamos.

***Homo homini lupus*:** «El hombre es un lobo para el hombre», verso 495 de la obra *La comedia de los asnos* (*Asinaria*), de Plauto, poeta que floreció a principios del siglo II a. C. Este autor fue el más célebre comediógrafo de la literatura latina, a pesar de haber despuntado en los albores de la misma, y sus comedias están llenas de máximas y frases proverbiales, siempre bastante realistas, como es el caso que nos ocupa, posiblemente la más conocida de sus perlas.

Nótese que el realismo de Plauto se proyectaba sobre la irrealidad absoluta de una escena inventada, una Grecia ficticia, de modo que personajes, ambientación y escenarios eran griegos; pensarán, con razón, que se trata de un proceder pueril para obviar los defectos propios, a saber, atribuírselos a los vecinos, como si los espectadores romanos no supieran que Plauto se estaba refiriendo a ellos... Para hacerse una idea de cómo funcionaba una comedia plautina, basta recordar la película *Golfus de Roma* (1966), de Richard Lester, inspirada en sus comedias de temática amorosa, con números musicales incluidos.

Volviendo a la máxima, tal y como se ha popularizado es el hemistiquio de un verso, que, completo, cobra algo más de sentido: *Lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non novit*, «el hombre es un lobo para el hombre

y no un hombre, cuando no conoce quién es el otro», que habla de la natural desconfianza que sienten los hombres ante un desconocido, y lo hace usando una experiencia de un pueblo de pastores como el romano. Fuera de este contexto, la frase adquirió tintes sombríos y ya debió de circular con ese sentido negativo en la latinidad, pues no en vano Séneca, el otro gran autor de teatro, aunque de tragedia, dejó escrita una frase que, de algún modo, venía a contrarrestar la filosofía descarnada de que la cita plautina parecía haberse impregnado: *Homo, sacra res homini*, «el hombre es sagrado para el hombre» (*Cartas a Lucilio*, 95, 33). Es esta una manera contundente de defender la vida y de poner en tela de juicio la muerte indiscriminada de cualquier hombre, libre o esclavo, pensamiento moderno donde los haya para una sociedad bélica y esclavista como la romana.

Con el tiempo, la frase de Plauto formó parte de la herencia de los antiguos que los hombres ilustrados de todos los tiempos citaban para mostrar su erudición; Erasmo la hace suya, como también Rabelais y, por supuesto, Montaigne (*Ensayos*, 3, 15) en territorio francés; Bacon y Hobbes también la usan en Inglaterra; y lo mismo podemos decir de Schopenhauer y Freud en Alemania, este último en su libro *El malestar de la cultura*; en tierra hispana no desmerece esta cita barojiana:

> ¿Vamos a borrar esa sentencia del poeta latino: *Homo, homini lupus*, el hombre es un lobo para el hombre? Está bien. En cuatro o cinco mil años lo podremos conseguir (*El árbol de la ciencia*, II, 9).

En conclusión, parece que los pensadores europeos han tenido tendencia a retratar más la perversidad del ser humano que la bondad de la especie, o acaso es que hay más de lo primero que de lo segundo; Plauto se reiría de ambas y, desde luego, no moralizaría, como, sin embargo,

han hecho todos los que después le tomaron prestada su comparación.

Homo sum: humāni nil a me aliēnum puto: «Hombre soy, nada humano considero ajeno a mí», es decir, «todo lo humano me interesa». Verso 77 de la comedia *El que se atormenta* (*Heautontimoroúmenos*) de Terencio, autor de mediados del siglo II a. C., puesto en boca del viejo Cremes. Aunque en la tradición se ha convertido, y así debe entenderse cuando lo leemos, en una declaración de filantropía, en su origen no está claro si el viejo Cremes lo decía como muestra de su humanidad o más bien de su carácter curioso. En el contexto, este verso funciona como excusa que Cremes se ve forzado a dar a su vecino, al echarle este en cara que se mete en asuntos ajenos, pues el genio peculiar de Cremes consiste en ir dando consejos a todos, sin solucionar sus propios problemas.

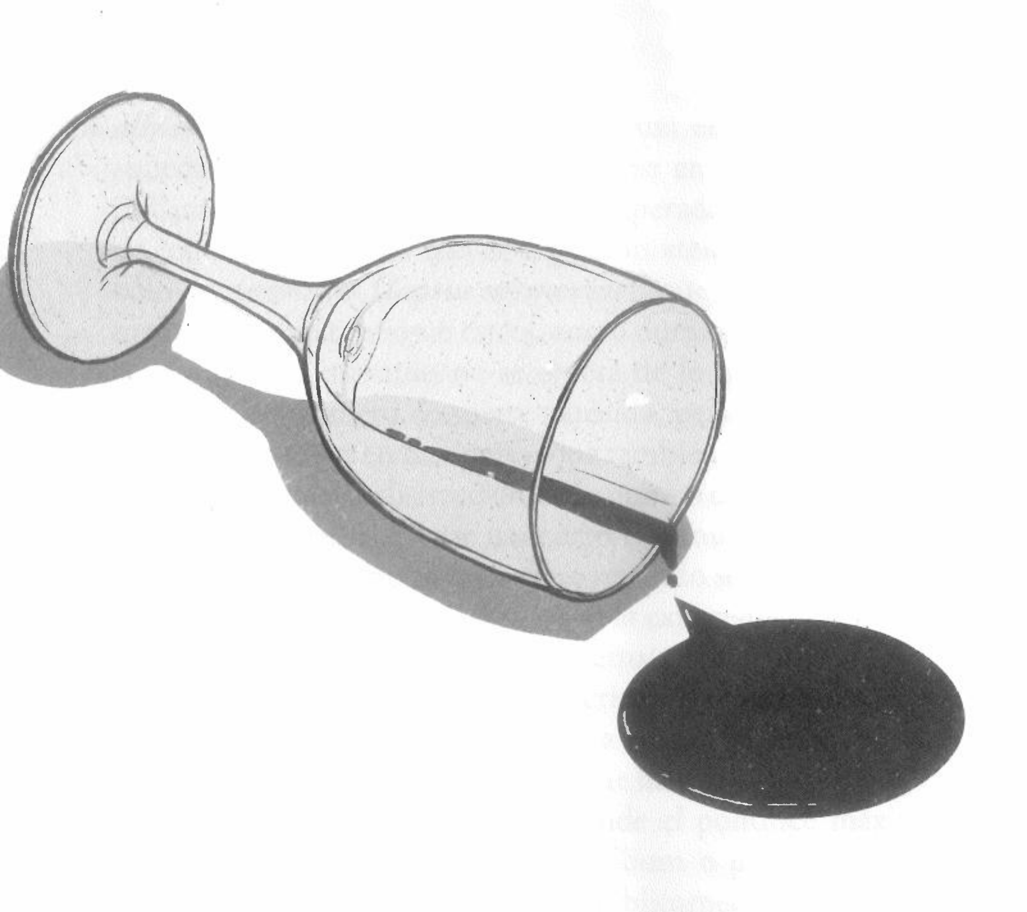
La actitud que designamos con el término «humanidad» o «solidaridad» entre los hombres del mundo conocido, la Ecumene de los griegos, era un pensamiento ajeno a la cultura antigua, sobre todo a la romana, acostumbrada a tratar a los hombres según su origen y su condición social: extranjero o no, ciudadano libre o esclavo. Hemos de suponer que esta frase procede del pensamiento filosófico griego y en Menandro, modelo griego de Terencio, constituiría una burla a alguna enseñanza filosófica de moda. El caso es que sintonizó bien con los preceptos del primer cristianismo, y san Agustín fue el primero en advertir la fuerza religiosa y el sentimiento de unidad que el verso portaba; por ello no dudó en inventarse que la primera vez que un actor declamó este verso el teatro entero aplaudió, sensible al mensaje en él contenido.

En fin, es más que improbable que sucediera así, pero desde ese momento el destino del verso terenciano quedó

marcado con la impronta de lo cristiano; a partir de entonces, cada vez que un filósofo o pensador ha querido expresar la necesidad de la unión de los hombres y la importancia de la fraternidad universal, se ha recurrido a Terencio. Con el andar de los años, la cita se ha despojado del aura religiosa y se ha teñido de cierto paganismo, recuperando su origen, lo que ha permitido que poetas y otros artistas de la palabra la usen en sus escritos. Dice Gerardo Diego en su poema *Versos humanos*:

> ¿Versos humanos? ¿Por qué no? Soy hombre
> y nada humano debe serme ajeno.

No sé si a Terencio le hubiera gustado que cortaran en dos lo que se concibió como un solo verso, pero una cosa es segura: vuelve a su contexto inicial, la poesía.



In vino veritas (En el vino la verdad)

Imprimātur: véase ***placet***.

Imprimi potest: véase ***placet***.

In albis: «En blanco»; locución que se usa en la expresión «quedarse *in albis*», es decir, «quedarse en blanco», para indicar la pérdida momentánea e inesperada de la memoria, también indicado con la expresión «tener o sufrir un fallo de memoria» (***lapsus memoriae***), que aflora en momentos de gran presión o estrés, como durante un examen, o para indicar que uno no se entera de lo que oye o ve. Tiene un compañero de suerte parecida, pero no igual, en la expresión «estar en la inopia», que también recoge la idea de no enterarse por distracción de lo que los demás sí saben (véase ***ad Ephēsios***). No se usa correctamente en expresiones como «dejar al público *in albis*», cuando se quiere decir «en ascuas», es decir, «inquieto» o «a la expectativa».

El origen de la expresión es incierto, pero seguramente tiene que ver con los útiles de la escritura y el soporte para la misma: un folio en blanco es una situación demasiado reciente, pero sirve para ilustrar lo que ha sido una práctica común desde la antigua Roma, donde el pontífice máximo, por ejemplo, se servía de un álbum o pizarra blanqueada con yeso, que se exponía públicamente para que todo el mundo pudiera leer lo escrito con incisión o en

negro. En concreto, los pontífices máximos recogían en estos *alba* o álbumes los días festivos y acontecimientos extraordinarios, los *annales maximi*, que después sirvieron de material para los historiadores. También nosotros llenamos nuestros álbumes de momentos anecdóticos, pero ahora con imágenes.

In articulo mortis: véase ***post mortem***.

In dubio pro reo: véase ***modus operāndi***.

In extrēmis: véase ***post mortem***.

In hoc signo vinces: «Bajo esta enseña vencerás», traducción latina de la frase griega ἐν τούτῳ νίκα. Quizá el contexto bélico dificulte el reconocimiento del signo al que se refiere esta máxima, que no es otro que el crismón, es decir, el monograma de Cristo (apelativo que significa «ungido»), compuesto de las dos primeras letras de ese nombre en griego, χ (pronunciada [*ji*]) y ρ ([*ro*]), que empieza a aparecer en monedas romanas desde el momento en que Constantino I (conocido como «el Grande») declarara la libertad para el culto cristiano a través del Edicto de Milán (313). Cuenta la leyenda que este emperador tuvo una visión o un sueño en el que se le explicaba que debía usar este signo para vencer a sus enemigos justo antes de la batalla del Puente Milvio, que lo enfrentó en el año 312 a Majencio (emperador romano de Occidente del 306 al 312; de hecho, esta batalla fue decisiva para el final de la tetrarquía y consolidó la separación del Imperio romano de Occidente del de Oriente). Su decisión fue incluir estas dos letras

en el lábaro o estandarte de las tropas, en sustitución de las tradicionales águilas. La difusión que de esta historia se encargaron de realizar los autores cristianos Eusebio de Cesarea y Lactancio permitió atribuir la victoria a la asunción de este signo como estandarte, lo que lo consagró como verdadera representación de Cristo. Desde esta, han sido muchas las intervenciones milagrosas que relata el cristianismo, de entre las cuales la más conocida en nuestro país es sin duda la de Santiago Matamoros.

El cristograma fue sustituido después por otro compuesto por el llamado *trigrama*, compuesto por las letras I.H.S, iniciales de **I***esus* **H***omo* (u **H***ominum*) **S***alvator*. Pero esta sustitución no ha obstado para que un buen número de casas nobles hayan incorporado el lema *In hoc signo vinces* como blasón en sus escudos de armas, como también lo han hecho, en concordancia con su origen, multitud de enseñas militares de países diversos. Lo que ya no se entiende tan bien son las razones que han llevado a los responsables de la marca de cigarrillos Pall Mall a incluirlo como lema en sus cajetillas —que comparte, por cierto, con ***per aspera ad astra*** (véase esta entrada)—, salvo que, como ya hemos dicho al comienzo de este libro, el latín vende.

***In illo tempore*:** «En aquel tiempo». Frase con la que el hablante que la utiliza quiere dar entender que se refiere a una época muy alejada en el tiempo. Por ejemplo: «las cosas eran distintas *in illo tempore*». La expresión es remedo de la que se utilizaba al principio de la lectura del Evangelio, verbigracia, «en aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos».

También en los Evangelios se utilizaba, alternando con *in illo tempore*, la expresión *in diebus illis*, «en aquellos días», de la lectura de la epístola de difuntos, la que más

oía el pueblo y recitaban los sacristanes, que dio lugar a un curioso vocablo, **busilis**, cuyo uso en el habla actual ha decaído notablemente, aunque aún lo oímos en personas de cierta edad. La palabra indica el punto en que se encuentra la dificultad de algún asunto. Encontrar el busilis de algo es hallar la solución para comprender lo que en principio no se percibe o entiende. Según el *Diccionario de Autoridades*,

> el origen de esta voz es dificultoso; pero parece que puede deducirse de un ignorante, que dándole a construir estas palabras latinas, *in diebus illis*, construyó diciendo *in die*, «en el día», y no pudiendo pasar adelante, dijeron de él, o él dijo de sí, que no entendía el «busilis».

El *Vocabulario de refranes* de Correas (siglo XVII) nos da una versión diferente, aunque igualmente graciosa:

> Bien vulgar es el «busilis», aunque salió o se fingió salir de uno que examinaban para órdenes, el cual dudó en declarar *In diebus illis* y dijo: «*Indie*, las Indias, el "busilis" no entiendo».

A pesar de su escaso uso actual, Pío Baroja proporciona un ejemplo muy ilustrativo en *Mala hierba* (III, 1):

> —¿No se puede ganar dinero? Pues hay que arreglarse para quitárselo a alguno y para quitárselo sin peligro de ir a la *trena*.
> —¿Y cómo?
> —Ese es el *busilis*. Ahí está la cuestión.

In situ*:** véase ***modus operāndi.

In vino veritas: Literalmente, «en el vino la verdad», es decir, «en el vino se encuentra la verdad». Suele utilizarse cuando queremos dar a entender que el estado de embriaguez que proporciona el vino nos hace más sinceros. En castellano se dice popularmente que «el vino suelta la lengua» y también que «solo los borrachos y los niños dicen la verdad». Es decir, que, cuando estamos algo bebidos, es más fácil que digamos lo que no queremos o no nos atrevemos a decir. La frase aparece en la *Historia Natural* de Plinio el Viejo (14, 141) y continúa así: *in aqua sanitas*, «en el agua la salud», pero se atribuye al poeta lírico griego Alceo de Mitiline, cuya obra conservamos muy fragmentariamente.

In vino veritas es también el título de un famoso ensayo del poeta danés Søren Kierkegaard (1813-1815), escrito a imitación del *Banquete* de Platón. Se trata de un diálogo entre cinco estetas que departen en torno a una buena mesa sobre los placeres sensuales.

Los fragmentos conservados de Alceo son suficientes para que le consideremos un gran poeta, uno de los primeros poetas del vino y la rosa, que influyó notablemente en Horacio. La obra de este último, magníficamente conservada, contiene numerosas alusiones al vino. Entre ellas la famosa locución ***nunc est bibēndum***, «ahora hay que beber», que forma parte de los versos siguientes: *nunc est bibendum, nunc pede libero pulsanda tellus*, «ahora hay que beber, ahora podemos golpear la tierra con libre pie». Se trata de los versos iniciales de la oda 1, 37 horaciana, que el poeta español Javier de Burgos tradujo de este modo:

Ahora beber se puede,
Y la tierra batir con libre planta;
Ya, amigos, se concede
De manjares cubrir la mesa santa,

Pues antes mal consejo
Fue sacar del tonel el vino añejo.

Cantaba Horacio en estos versos la victoria de Augusto sobre Marco Antonio y Cleopatra en Actium, recreando los que Alceo había escrito para conmemorar la muerte del tirano Mirsilo (fragmento V, 332). El elogio del vino es uno de los temas recurrentes en las *Odas* de Horacio, muy relacionado con la exaltación de la amistad, como se aprecia en estos versos de la oda 20, esta vez en la traducción de Juan de la Llana, transmitida por Menéndez Pelayo:

Mecenas dulce y caro
si a mi chozuela y heredad vinieres,
barato vino y claro,
beberás, que te cause mil placeres.

Además, el vino cumple en la poesía de Horacio la función elemental de ahuyentar las penas; es uno de los placeres de los que debe gozar el hombre, olvidando las inquietudes del inseguro porvenir. Hoy día la locución *nunc est bibendum* se utiliza, poco la verdad, para estimular el brindis entre amigos o familiares después de algún acontecimiento exitoso.

Inri (para más inri): véase ***ecce homo***.

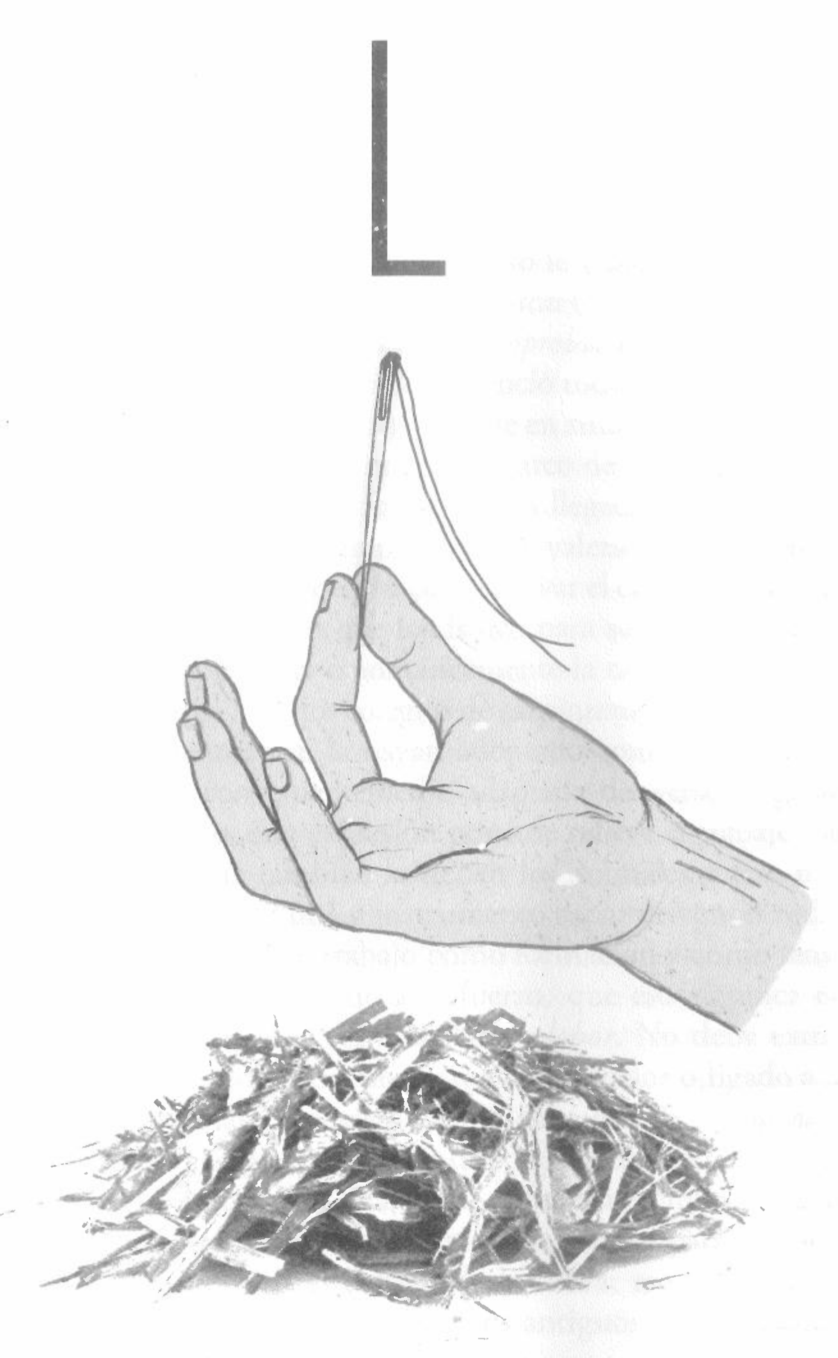
***Intelligēnti* (o *intelligentibus*) *pauca*:** «A buen entendedor, pocas palabras». Con esta expresión nos referimos a la perspicacia de un interlocutor que entiende una situación delicada o reservada sin recibir explicaciones detalladas. La usamos cuando nos expresamos con medias palabras o para no desvelar una información que nos resulta compromete-

dora y establece cierta complicidad con nuestro oyente. Se ignora su origen, pero parece de raigambre popular, puesto que en la obra de Plauto encontramos muestras similares de sabiduría tradicional, como la siguiente: *dictum sapienti sat est*, «al sabio le basta una palabra» (Plauto, *Persa*, 729).

El sabor popular se hace notable en estas «pullas graciosas» de Benito Pérez Galdós, que, en uno de los *Episodios Nacionales* dice así:

> Ahora, pues, carísimos, cada uno meta la mano en su pecho, consulte a su conciencia y pregúntese a sí mismo si cree estar de más: *intelligenti pauca*. ¿Y esas gallinas, padre Palomeque, cuántos huevos han puesto en la semana? ¿Y cómo van esas jaulas, padre Salmón? ¿Qué me dice Vuestra Paternidad de aquellos enigmillas tan reservados que le enviaron ayer las Constantinoplas, padre Rubio? ¿Halos acertado ya? ¿Y qué tal van esos toques de flauta, fray Agustín del Niño Jesús? (*Napoleón en Chamartín*, XXII).

Ipso facto: véase ***motu proprio***.



Labor omnia vincit *(El trabajo todo lo puede)*

***Labor omnia vincit*:** «El trabajo todo lo puede»; adaptación de un verso virgiliano de las *Geórgicas* (1, 145), que literalmente dice: *labor omnia vicit / improbus et duris urgens in rebus egestas*, «el tenaz esfuerzo venció todas las dificultades, así como la necesidad, que oprime en situaciones difíciles». Virgilio está describiendo, en el marco del mito de las edades, la situación del hombre con la llegada de la Edad de Hierro, en que el ser humano ha de valerse por sí mismo y emplear todas sus energías para cultivar el campo e inventar los oficios, toda vez que los frutos para su subsistencia ya no los proporciona espontáneamente la tierra. Por ello no es casual que muchos colegios de carpinteros y ebanistas, en Europa y América, la hayan adoptado como divisa de su profesión, convenientemente adaptada del verso original.

Por tanto, esta expresión pone de relieve el trabajo, no la fuerza, que también la tienen los animales y con más eficacia, como el único instrumento capaz de vencer todas las adversidades; el trabajo como formación y como tenacidad, el trabajo unido al esfuerzo, que eso significa en última instancia el término latino *labor*. No debe extrañarnos que un pensamiento tan conservador o ligado a la tierra, podríamos decir, sea obra del autor de la *Eneida* y las *Bucólicas*, pues el poema donde aparece pertenece a la llamada épica didáctica, que, como su nombre indica, pretende transmitir una enseñanza esencial para el hombre, en este caso el cultivo de la tierra; eso significa en griego *Geórgicas*, y la vuelta a los antiguos valores asociados a la vida austera del labriego.

Lapsus memoriae*:** véase ***in albis.

Laudatio funebris*:** véase ***de mortuis nil nisi bonum.

Locus amōēnus*:** «Lugar ameno» o mejor «lugar con encanto»; se trata de un tópico de la literatura bucólica de todos los tiempos, cuyo origen se remonta a las composiciones pastoriles del griego Teócrito, con su mundo de felices pastores habitantes de Arcadia (véase ***et in Arcadia ego), y Virgilio, con su idealizada Sicilia, igualmente poblada de pastores y pastoras que compiten en amores y destreza musical. El *locus amoenus* es una exigencia escenográfica para estos pastores enamorados, donde también la naturaleza se muestra generosa y tranquila: se oyen los dulces trinos de los pájaros, el rumor refrescante de una fuente, se aprecia el verdor de la hierba, la sombra de los árboles, etc. Se trata, pues, de un lugar campestre idealizado, que comparte rasgos con el Edén, los Campos Elíseos o incluso con el jardín de las Hespérides, lugares retirados todos ellos, aunque con connotaciones religiosas estos últimos que no arrastra el *locus amoenus*. Veamos un ejemplo virgiliano, después tantas veces imitado:

> aquí entre arroyos conocidos y fuentes sagradas, tomarás el fresco de la sombra. A un lado, el seto de la linde vecina, el de siempre, que da a libar la flor del sauce a las abejas del monte Hibla, te invitará muchas veces con su ligero susurro a echar un sueño... (*Bucólicas*, 1, 51-55).

A través del Petrarca, el tópico llegó a ser conocido por los poetas renacentistas, que lo adoptaron y usaron con frecuencia; Garcilaso entre nosotros fue tal vez su más egregio cultivador:

Convida a un dulce sueño
aquel manso rüido
del agua que la clara fuente envía,
y las aves sin dueño,
con canto no aprendido,
hinchen el aire de dulce armonía.
Háceles compañía,
a la sombra volando
y entre varios olores
gustando tiernas flores,
la solícita abeja susurrando;
los árboles, el viento
al sueño ayudan con su movimiento.
(*Égloga*, 2, 64-76)

También fray Luis de León, Gonzalo de Berceo y tantos otros pintaron dulces paisajes amenos, llenos de encanto y paz; y esta moda fue llevado al extremo por William Shakespeare en *El sueño de una noche de verano*, en particular, en la primera parte de la obra, donde Oberón y Puck, esos duendes campestres, representan la naturaleza misteriosa, pero llena de belleza. Y Cervantes, con un deje de ironía, no podía dejar de recogerlo:

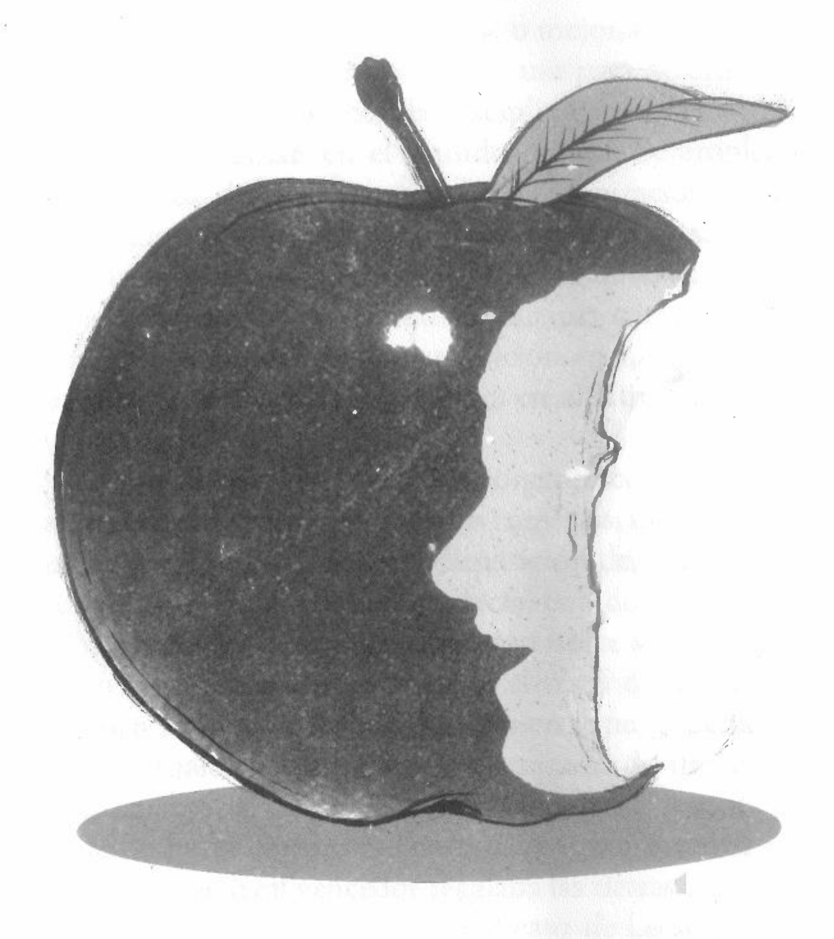
El sosiego, el lugar apacible, la amenidad de los campos, la serenidad de los cielos, el murmurar de las fuentes, la quietud del espíritu son gran parte para que las musas más estériles se muestren fecundas y ofrezcan partos al mundo que le colmen de maravilla y de contento (Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* I, Pról.).

La transformación del *locus amoenus* de lugar de contemplación y relajo a lugar de intervención y trabajo vino de la mano del pragmatismo inglés. Todo el mundo recordará de la lectura de la novela *Robinson Crusoe*, de Daniel

Defoe, que este llega a una isla desierta, llena de aves cantarinas, rumoroso río y dulce silencio; pues bien, el industrioso Robinson transformará ese hermoso *locus amoenus* en un corral donde atar corto las aves para tener huevos para desayunar, una huerta donde buscar sus verduras y una acequia para tener agua corriente cerca. Está visto que, con el colonialismo inglés de los siglos XVII y XVIII, la naturaleza comienza a ser menos amable y más salvaje y, por tanto, menos amistosa: hay que doblegarla para conseguir arrancarle sus frutos y no es tan fácil. Al respecto, el cine también ha modernizado el mito del *locus amoenus*, como lugar idílico amoroso (*El lago azul*, 1980, con una jovencísima y prometedora Brooke Shields), o como lugar solitario, salvaje y poco confortable, del que hay que salir para seguir vivo (*Náufrago*, 2000, con Tom Hanks).

Ahora, con el movimiento social de vuelta al campo, al pueblo y a lo natural, lo que ha dado en llamarse neorruralismo (véase ***beātus ille***), se ha forjado una expresión para definir ciertos alojamientos en zonas especialmente idílicas: «casas con encanto», donde «con encanto» recoge de nuevo la vieja idea de *amoenus*; ahora bien, el naturalismo originario del *locus amoenus* ha sido sustituido por confortables y seguros interiores de pueblo. Cosas de la modernidad.

M



Mens sana in corpore sano *(Una mente sana en un cuerpo sano)*

***Magnis itineribus*:** véase ***manu militāri*.**

***Manu militāri*:** «Con mano militar», o mejor, «con mano de hierro», expresión castrense que se usa para describir una acción llevada a cabo con la disciplina y dureza que supuestamente reinan en el mundo militar. Se emplea en contextos de dirección de grupos u organizaciones más o menos amplias, desde la familia a un colegio, pasando por una empresa o cualquier otro grupo orgánico donde funcione una estructura jerárquica. Su uso correcto no requiere de la adición de la preposición «con», «con *manu militari*», pues la expresión latina, en ablativo, ya la lleva incorporada.

El mundo de la milicia y su organización era fundamental en el modo de vida de los romanos; las ciudades se fundaban según la base de la disposición del campamento romano, en una cuadrícula perfecta, con dos grandes vías transversales, el cardo (con dirección norte-sur) y el decumano (con dirección este-oeste); el resto de las calles se trazaban siguiendo ambos ejes. No en vano, muchas ciudades actuales nacieron sobre el trazado de un antiguo campamento, al principio provisional, pero después permanente hasta convertirse en núcleo urbano, sobre todo cuando un general vencedor regalaba las tierras conquistadas a sus soldados veteranos; es el caso de León, fundada por la *Legio VII Gemina*; Mérida, colonia fundada por los

veteranos de la *Legio V Alaudae* y la *Legio X Gemina*; Chester, en Inglaterra, que procede del término latino *castra*, «campamento», fundada por los veteranos de la *Legio XX Valeria Victrix*, y tantas otras.

Dentro del vocabulario culto han quedado algunas expresiones procedentes del mundo militar romano, alguna muy popular, como ***casus belli***, «causa de guerra», para aludir al motivo desencadenante de un conflicto bélico, latiguillo del que tiraron todas las agencias de prensa y enviados especiales cuando se inició la guerra de Irak, por ejemplo. Menos conocida, al menos ahora, es la expresión cesariana ***magnis itineribus***, «a marchas forzadas», forma con que César movilizaba en un tiempo récord y con éxito sus tropas, «a matacaballo», que diríamos ahora, aunque la inmensa mayoría de los legionarios romanos iba a pie.

Mare magnum*:** véase ***totum revolūtum.

Mare nostrum*:** véase ***totum revolūtum.

Memento mori*:** véase ***et in Arcadia ego.

***Mens sana in corpore sano*:** Literalmente, «una mente sana en un cuerpo sano», frase a la que en la actualidad se confiere un valor axiomático y a la que se atribuye la significación de que, para alcanzar la (por otra parte tan ansiada hoy en día) salud mental, es necesario o al menos muy conveniente, gozar de una buena salud física. No extraña, por tanto, que la frase haya sido adoptada como lema de variadas asociaciones deportivas y tampoco que, en esta época en la que el propio cuerpo puede convertirse en ob-

sesión, sirva de reclamo implícito para gimnasios, clínicas de adelgazamiento y centros de estética con buen ojo comercial. Sirve incluso de inspiración para las técnicas de desintoxicación y purificación corporal de la Iglesia de la Cienciología, que predican que un «cuerpo limpio implica una mente limpia», o para el éxito de los SPA o modernas termas que proclaman en su nombre (***salus per aquam***, véase la introducción) la salud física en contacto con el agua.

Sin embargo, como ocurre en tantas ocasiones, una frase latina de uso corriente recibe un uso notoriamente alejado al que su autor le dio originariamente. En este caso, la frase pertenece a Juvenal, poeta satírico del siglo I d. C., en concreto a su sátira décima, en la que, con su habitual pesimismo, cuestiona el contenido de las plegarias que los hombres dirigen a los dioses, la mediocridad de sus peticiones en los templos. Más que posesiones, riquezas o poder, más que belleza, son otros los dones por cuya concesión hay que rogar (10, 356-362):

orandum est ut sit mens sana in corpore sano.
fortem posce animum mortis terrore carentem,
qui spatium uitae extremum inter munera ponat
naturae, qui ferre queat quoscumque labores,
nesciat irasci, cupiat nihil et potiores
Herculis aerumnas credat saeuosque labores
et uenere et cenis et pluma Sardanapalli.

Hay que rogar una mente sana y un cuerpo sano.
pide con decisión un ánimo fuerte, que no tema la muerte,
que considere el tramo final de la vida como un regalo
de la naturaleza, que sepa soportar cualquier esfuerzo,
que no conozca lo que es enfadarse, que no desee nada y
que crea preferibles los duros trabajos de Hércules
al amor, los banquetes y las plumas de Sardanápalo.

Es decir, el consejo de Juvenal es que nos mantengamos íntegros, desechemos las vanidades de la vida y sepamos reconocer y desear aquello que, en realidad, es necesario: salud física e rectitud moral. No nos va a quedar más remedio que empezar a aplicar las enseñanzas de los antiguos.

***Modus operāndi*:** La expresión *modus operandi*, «modo de obrar», se aplica generalmente a la forma de actuar de individuos o grupos criminales, y desgraciadamente en nuestros días se ha puesto de triste moda, tanto por la abundancia de delitos en los que se alude al *modus operandi* de los delincuentes, como por la satisfacción que parecen encontrar los medios de comunicación en narrarlos. A difundir esta expresión ha contribuido sin duda la popularidad alcanzada en los últimos tiempos por las películas y series en torno a asesinos en serie, un tipo de criminales que precisamente se caracterizan por seguir un determinado *modus operandi*.

Otro ***modus*** famoso es el ***vivēndi***, «modo de vivir», que en principio se utilizaba en terminología jurídica y diplomática para indicar ese acuerdo que permite que la vida continúe entre partes que disputan, referido a veces a acuerdos temporales o informales en asuntos políticos. Sin embargo, en nuestros días ha adquirido un significado más genérico, al trasladarse literalmente el sentido de la expresión latina y aplicarse comúnmente a la forma de vida singular de famosos, ricos y todo tipo de animales.

El gran impacto en los medios de algunos procesos judiciales ha hecho que nos resulten cada vez más familiares expresiones como las que acabamos de comentar y otras como ***sub iudice***, «bajo el juez», es decir, sometido a su consideración, enormemente repetida por el horror que produce en los periodistas el ver clausurados sus canales de

comunicación, o ***sine die***, «sin fecha», que suele acompañar los aplazamientos indefinidos de vistas o sentencias.

Oímos también con frecuencia la expresión «in fraganti» (que también podemos encontrar escrita junta «infraganti»), para dar a entender que se ha sorprendido a alguien en el momento de cometer alguna fechoría y sin que le haya dado tiempo a escapar. Es corrupción de la frase latina ***flagrānti crimine***, que significa eso mismo, «en flagrante delito», es decir, en evidente o manifiesto acto delictivo (en latín *flagrans* significaba «ardiente», «brillante», como en deflagración), expresión que oímos en muchas ocasiones mal pronunciada como «fragante delito», pero, claro, la fragancia del delito interesa poco.

Cuando a alguien le pillan «in fraganti» es difícil que se libre de la condena, porque no hay dudas de su culpabilidad; ahora bien, si la cosa no está clara, el detenido tiene muchas posibilidades de salir absuelto, pues, como es sabido, los jueces suelen aplicar con rigor el principio ***in dubio pro reo***, «ante la duda, a favor del reo». Uno de los fundamentos del derecho penal moderno, según el cual, el que acusa debe probar la culpabilidad del reo y no este último su inocencia.

Modus vivēndi: véase ***modus operāndi***.

Mutātis mutāndis: «Cambiando lo que se tenga que cambiar», o sea, «salvando las distancias», para que una comparación sea pertinente; porque de eso se trata, de una coletilla para indicar que un supuesto se parece a otro, más o menos, cambiando algunos aspectos menores; veamos algún ejemplo, como este extraído del diario *El País*, de la pluma de Manuel Rodríguez Rivero:

Ahí tienen, por ejemplo, el proyecto de Endebate, un sello creado por Debate para la publicación (exclusivamente digital) de no ficción sobre temas de actualidad. Algo semejante, *mutatis mutandis*, a lo que para mi generación supusieron aquellos libros urgentes inventados por La Gaya Ciencia tras la muerte del dictador, y que se publicaron en la colección Qué es...

Este otro ejemplo está sacado de una reseña literaria, especialmente culta, que pasa revista precisamente a un libro titulado *Mutatis mutandis*:

> Quizá *Mutatis mutandis* sea una inmensa (por su objetivo, no por su tamaño) broma que apunta hacia toda una generación/corriente/movimiento como es el de los «nocilleros», y puede que su enjundia literaria quede reducida a ese simple hecho; quizá, por el contrario, sea una suerte de homenaje *sui generis* a una forma de concebir la literatura que, para bien o para mal, tiene su predicamento hogaño.

Pues ya que estamos en ello, ***sui generis*** es otro latinajo que, como la canción de Raphael, quiere decir sencillamente «a su manera»; ¿o era de Frank Sinatra?

Y el hermoso adverbio «hogaño» no es un latinajo, pero debería, porque deriva directamente de *hoc anno*, «en este año», frente a «antaño», es decir, de un tiempo pasado, *ante annum*; por tanto, «hogaño», de rabiosa actualidad, como el latín.

***Motu proprio*:** Literalmente, «por propio movimiento». Expresión que se usa para dar a entender que alguien hace algo «voluntariamente», que en buen latín debería decirse *motu proprio*, pero que con mayor frecuencia se pronuncia como *motu propio*. Desde luego, se entiende bien que el

hablante castellano haya suprimido la segunda <*r*> para ahorrarse el engorroso trabalenguas. Pero más llamativa resulta la práctica habitual de colocar delante de la locución la preposición «de», «de motu propio», como si quien la utiliza quisiera insistir, con desconfianza hispana, en que ha sido por iniciativa propia, no vaya a ser que aquellas palabrejas latinas no signifiquen tal cosa. Este tipo de refuerzos son frecuentes en quien pretende utilizar latinismos sin tener verdadero conocimiento de ellos y se observan, por ejemplo, en la expresión «cada **quisqui**» (véase esta entrada), en la que la adición de «cada» delata que se ha perdido conciencia del valor distributivo que el demostrativo poseía en latín, o, aún más llamativo, en una aberrante creación que comienza a oírse, «ipsofactamente», comprensible solo para quien el correcto ***ipso facto*** carece de cualquier indicación morfológica de su valor adverbial, que ha de ser identificada a través del sufijo *-mente*, y con una *-a-* que se explica únicamente por analogía con *inmediatamente*, con el que comparte significado.

La expresión *motu proprio* sirve también para dar nombre a una categoría de documentos pontificios, al igual que la encíclica, la exhortación apostólica o la bula, que se caracterizan, claro está, por ser documentos escritos por iniciativa personal del Sumo Pontífice y bajo su exclusiva responsabilidad (*motu proprio et certa scientia*). Pero, claro, alguno pensará que, cuando te asiste el Espíritu Santo, toda iniciativa queda en duda.

N



Nosce te ipsum *(Conócete a ti mismo)*

***Nihil novum sub sole*:** «Nada nuevo bajo el sol», es decir, «todo está inventado». Con esta locución se quiere expresar el sentido cíclico de la vida, donde todas las experiencias y todos los acontecimientos, por muy novedosos y originales que parezcan, ya han existido previamente. El origen del término procede de la Biblia (Eclesiastés, 1, 9), donde se incluye esta máxima, que en su formulación completa dice: «Lo que fue, eso mismo será; lo que se hizo, eso mismo se hará: ¡no hay nada nuevo bajo el sol!», junto a otras muchas, bien conocidas, de claro tono existencialista: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad» (Eclesiastés, 1, 2) o «Porque mucha sabiduría trae mucha aflicción, y el que acumula ciencia, acumula dolor» (Eclesiastés, 1, 18). Precisamente ese marcado acento nihilista, que niega la novedad en el mundo, está en la raíz del poema homónimo, *Nihil novum sub sole*, de Miguel de Unamuno, sobre todo en los versos finales:

> De ti desecha
> vanas ilusiones; a un porvenir marchamos
> que fue gastado ya por otros; no me atrevo
> con engaño a guiar tu vida; tropezamos
> con el pasado al avanzar, todo es renuevo;
> los en brote y los secos son los mismos ramos,
> lo que ha de ser ha sido ya, nada hay de nuevo.
>
> (*Rosario de sonetos líricos*, CXXIII)

Esta locución tiene sobre todo una proyección histórica: después de las civilizaciones antiguas, el mundo tiende a copiarse. Por ello, resulta siempre recomendable conocer el pasado para entender el presente. Así asustan menos las crisis.

***Nihil obstat*:** véase ***placet*.**

***Non compos mentis*:** véase ***pro indivīso*.**

***Non multa, sed multum*:** «No muchas cosas, sino mucho», es decir, «no cantidad, sino calidad»; máxima que alude a la preferencia por el estudio profundo y no disperso de cualquier materia, en una apuesta por la calidad y el trabajo bien hecho. Tradicionalmente atribuida a Plinio el Joven, no aparece nada semejante en su obra, aunque sí se documenta en la de Quintiliano (retórico nacido en la actual Calahorra, La Rioja, hacia el año 39), quien, para establecer la preeminencia entre los yambógrafos o cultivadores de la poesía satírica, decide aplicar la máxima *multa magis quam multorum lectione formanda mens* (*Institución Oratoria*, 10, 1, 59), a saber, que «el espíritu debe formarse en la lectura profunda, más que en la lectura profusa», y declara que el primero en el género citado no es otro que el gran Arquíloco. Podemos deducir que esta idea formaba parte de los tópicos del pensamiento romano y es la base de la selección de obras y autores que pasarán a la posteridad, lo que habitualmente se llama canon literario, cuyo criterio es la calidad en primer lugar y solo después la cantidad.

Y si de amores hablamos, el refranero español también se ha hecho eco de la máxima: «no me quieras tanto, quiéreme mejor», para casos de excesiva posesión.

***Nosce te ipsum*:** «Conócete a ti mismo», traducción latina de una máxima extensamente conocida en el mundo griego (γνῶθι σεαυτόν), habitualmente atribuida al oráculo de Delfos y, en consecuencia, al dios Apolo. También se dice que era uno de los principios filosóficos de Sócrates. En el refranero español, menos erudito y más atento a los defectos humanos, se le ha dado la vuelta a la idea y, conscientes de que conocerse a uno mismo es tarea harto dolorosa a la par que difícil, se ha optado por el refrán «Quien no te conozca que te compre».

La máxima délfica tuvo su representación más brillante en la tragedia de Sófocles *Edipo rey*, donde un altivo y joven rey inicia una indagación inflexible sobre el culpable de la peste que asola la ciudad de Tebas. Las pesquisas de Edipo, detective personal de los eventos investigados, lo llevan a descubrir que el culpable del miasma que contamina la ciudad no es otro que él mismo. La aplicación rigurosa del conocerse a uno mismo tiene consecuencias, casi siempre, terribles; y le cuadra muy bien al dios Apolo, experto en crear situaciones ambiguas y profundamente desgarradoras.

Dicho esto, la máxima griega ha tenido un aprovechamiento cinematográfico notable, sobre todo por parte del gran Alfred Hitchcock, en su film *Recuerda* (1945), donde un doctor amnésico (Gregory Peck), con la ayuda de una enfermera enamorada (Ingrid Bergman), comienza la laboriosa tarea de conocerse a sí mismo para poder aclarar la autoría de un crimen. En este caso el final es menos trágico que en Sófocles, aunque el joven desmemoriado protagoniza alguna que otra escena sospechosa. Otra película más cercana al trágico final sofocleo es la mefítica *El corazón del ángel* (Alan Parker, 1987), en que un detective investiga una serie de crímenes asociados a la magia negra hasta que descubre con dolor y horror que él es el asesino. En fin, conocerse a uno mismo puede ser muy terapéuti-

co, en la teoría freudiana, pero también muy doloroso y terriblemente destructivo. Úsese con moderación.

***Nulla dies sine linea*:** «Ni un solo día sin una línea», aforismo del que los escritores han hecho lema y que les empuja a esforzarse por escribir cada día, siempre y en toda circunstancia (la inspiración debe encontrarte en la mesa de trabajo, dicen algunos) llegando incluso a los extremos de los que nos advierte Augusto Monterroso en el siguiente microrrelato, acertadamente titulado *Nulla dies sine linea*:

> —Envejezco mal —dijo; y se murió.

Y Gonzalo Torrente Ballester gastó la siguiente broma:

> Aunque los acontecimientos de aquel año cambiaron el curso de muchas cosas, no influyeron en la voluntad tenaz de don Torcuato, que añadía tubo tras tubo (no siempre tres, no siempre uno, *nulla dies sine tubo*) (*La saga/fuga de J.B.*, cap. I).

Suele decirse además que el aforismo lo recoge Plinio el Viejo (23-79 d. C.) en su *Historia Natural*, aunque ni este dato es del todo exacto ni su aplicación corriente en la actualidad se corresponde con su sentido original. En realidad, la frase no se recoge tal cual en ningún pasaje de la literatura latina —es posible que se trate de una recreación medieval—, aunque de lo que sí nos advierte Plinio es de la existencia de un proverbio antiguo en ese sentido. Las palabras de Plinio son las siguientes (*Hist. Nat.*, 35, 84):

> *Apelli fuit alioqui perpetua consuetudo* ***numquam*** *tam occupatum* ***diem*** *agendi, ut* ***non lineam*** *ducendo exerceret artem, quod ab eo in proverbium venit.*

Apeles tuvo la costumbre sistemática de no ocupar tanto su día que no le permitiera ejercer su arte trazando una línea, lo que, a raíz de esa costumbre, se convirtió en máxima.

El protagonista de la historia que refiere Plinio, Apeles, no era, en realidad, un literato, sino uno de los pintores más conocidos de la Antigüedad. Nacido en la ciudad griega de Colofón (en la actual Turquía) en el siglo IV a. C., fue «pintor de corte» de Alejandro Magno. El carácter perecedero de los soportes que utilizó nos impide hacer una valoración real de su obra. Sin embargo, dada la afición de los romanos a la copia, al *remake*, que no falsificación, de obras artísticas griegas, es probable que el conocido mural pompeyano de la Venus Anadiómene, «Venus saliendo del mar», fuera una reproducción más o menos fiel de la obra de Apeles que describe también Plinio. La influencia posterior del motivo ha sido enorme y ha llegado a trascender formatos artísticos, como es el caso del conocido y turbador poema de Arthur Rimbaud que lleva precisamente ese título, con el claro objetivo de deconstruir un referente artístico, por medio de un realismo exagerado como es la descripción de una prostituta:

> Como de un ataúd de hojalata verde,
> emerge una cabeza de cabellos pringosos
> y oscuros de mujer de una bañera vieja,
> brutal y lentamente, con déficit bastante
> mal remendados; luego, el cuello graso
> y gris, las paletillas que resaltan,
> la corta espalda que entra y luego sale;
> la redondez del lomo parece tomar vuelo;
> y aparece la grasa bajo la piel a lonchas;
> el espinazo está rojizo, y todo de un olor
> extrañamente horrible; saltan a la vista
> singularidades que hay que ver con lupa...

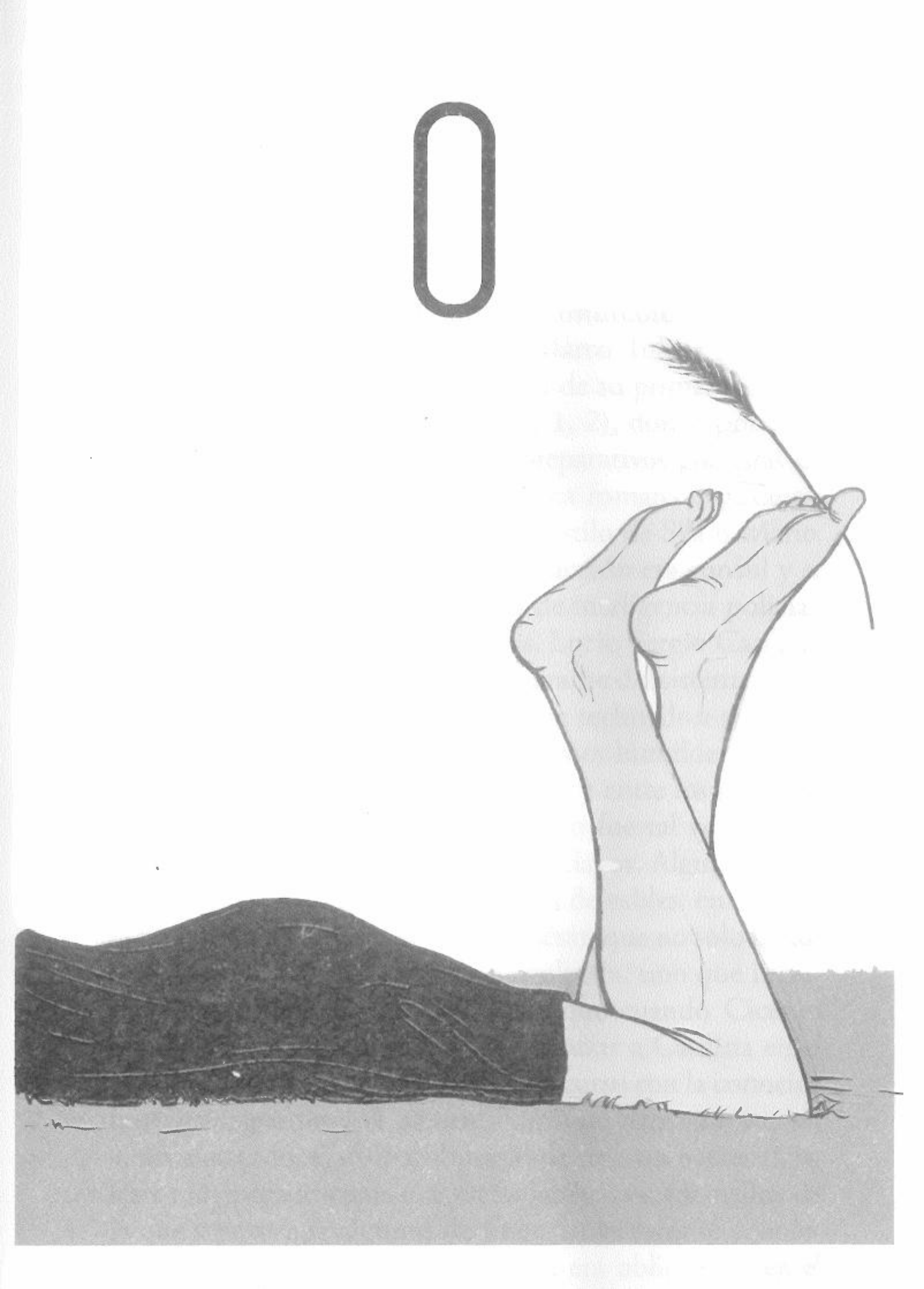
Aparecen grabadas dos palabras
en los riñones: *Clara Venus*;
Y se remueve el cuerpo mientras se alza la grupa
horriblemente bella ulcerada en el ano.

A la mente del lector le vienen de inmediato los cuadros hiperrealistas de Antonio López y sus baños desnudos, desconchados, sucios y llenos de soledad y miseria.

Apeles se convirtió ya en la Antigüedad en el arquetipo del pintor y se le hacía protagonista de numerosas leyendas que lo ensalzaban como el creador más virtuoso del mundo antiguo, como aquella ocasión en que invitó a Zeuxis, su eterno rival artístico, para enseñarle su nueva creación, y este se sorprendió intentando retirar una cortina que, en realidad, estaba pintada. A pesar de no sernos conocida más que por descripciones, la producción y el estilo de Apeles han ejercido una influencia importante en muchos pintores posteriores, como muestra la recreación en clave alegórica que Sandro Botticelli llevó a cabo con la historia de *La calumnia de Apeles*, según la cual otro pintor, Antífilos, lo habría acusado injustamente de traición a Ptolomeo IV. Sin duda el del arte es un oficio noble, pero ¿qué sería de un gran autor sin sus enemigos y sus rencillas?

Nunc est bibēndum: véase ***in vino veritas***.

0



Omnia nimirum habet qui nihil concupiscit
(Todo tiene quien nada desea)

O tempora, o mores: «Oh tiempos, oh costumbres», frase proferida en el Senado romano por Marco Tulio Cicerón y después confiada a la versión escrita de su primer discurso contra Catilina, *Las catilinarias* (1, 1, 2), donde ponía en evidencia ante los senadores los preparativos golpistas de este noble para derribar la República romana e instaurar un sistema político unipersonal, al estilo de Sila o Mario.

En aquel momento, 63 a. C., Cicerón era cónsul y se enteró, gracias a un buen sistema de inteligencia policial, de que el patricio venido a menos, Lucio Sergio Catilina, pretendía atentar contra él como garante del sistema republicano y sitiar Roma. Para ello había reclutado a un buen número de descontentos entre las clases humildes, ciudadanos libres que vivían en la miseria, y entre los patricios arruinados; también prometió, y esto fue tal vez lo más grave, libertad y derechos para los esclavos. Algunos otros senadores estaban al tanto del ruido de sables, entre ellos se ha de contar, al parecer, a Julio César, que no solo conocería la existencia de la intentona golpista, sino que incluso la habría financiado. El caso es que cuando Cicerón reunió las pruebas necesarias para acusar a Catilina en el Senado, dio comienzo a su célebre discurso con la conocida frase *quousque tandem abutere, Catilina, patientia nostra?*, «¿hasta cuándo, Catilina, abusarás de nuestra paciencia?», frase muy pegadiza para usar en las huelgas estudiantiles, de la que seguro que algunos de nuestros lectores se acordarán, de la época en que el latín aún era obligatorio en el bachillerato. El segundo punto de su discurso era un claro

reproche a los senadores, porque, después de descubiertas sus intenciones, el traidor aún estaba vivo, de ahí que exclamara la frase en cuestión *o tempora!, o mores!*, «¡Qué tiempos estos, qué costumbres!...» donde se tolera lo intolerable.

Por cierto, Catilina sucumbió como un valiente en su conjura contra la República romana; con su exiguo y mal equipado ejército se enfrentó a las tropas republicanas en Pistoia. Todos los revoltosos perecieron en aquella batalla, pero todos lo hicieron dando prueba de valor; eso, al menos, es lo que ha contado para la historia un ambiguo relator de la conjura, Salustio, en *La conjuración de Catilina*. Merece la pena recordar el magnífico retrato que le dibujó el historiador (*La conjuración de Catilina*, 5):

> Lucio Catilina, nacido de insigne familia, fue de gran fortaleza de alma y cuerpo, pero de carácter malo y depravado. A este, desde la adolescencia, le resultaron gratas las guerras civiles, las matanzas, las rapiñas, las discordias ciudadanas, y en ellas tuvo ocupada su juventud. Su cuerpo era capaz de soportar las privaciones, el frío, el insomnio más allá de lo creíble para cualquiera. Su espíritu era temerario, pérfido, veleidoso, simulador y disimulador de lo que le apetecía, ávido de lo ajeno, despilfarrador de lo propio, fogoso en las pasiones; mucha su elocuencia, su saber menguado. Su espíritu insaciable siempre deseaba cosas desmedidas, increíbles, fuera de su alcance.

La expresión *o tempora! o mores!* fue una sutil manera de aludir a la corrupción y permisividad de su época y traer a colación tiempos pasados, donde las costumbres eran menos complacientes. Sigue estando muy en boga en nuestro presente, sobre todo en ambientes periodísticos, en los que se usa y mucho, para nuestra desgracia, al aludir a los incontables casos de corrupción de los dirigentes de todas las ideologías o más bien sin ellas, ese desmedido

afán de lucro que alcanza hasta a las mejores familias... *O tempora!, o mores!...*

Omnia nimīrum habet qui nihil concupīscit: «Todo tiene quien nada desea», afirmación con la que Valerio Máximo (*Hechos y dichos memorables*, 4, 4, pr. 7) pretende sentar que la altura moral es preferible a los bienes materiales y que este autor completa del siguiente modo:

> *omnia nimirum habet qui nihil concupiscit, eo quidem certius quam cuncta possidet, quia dominium rerum conlabi solet, bonae mentis usurpatio nullum tristioris fortunae recipit incursum.*
>
> En efecto, tiene todo quien nada desea, y desde luego lo posee con mucha más seguridad que cualquier otra cosa, puesto que la posesión de las cosas suele tener fin, mientras que el uso de la inteligencia no se ve afectado por ningún giro adverso de la fortuna.

La reflexión se incluye en una de las anécdotas que relata Valerio Máximo, a la que sirve de corolario. La historia, que este autor toma de Pomponio Rufo, es la siguiente: una matrona de Campania recibe en su casa a Cornelia, madre de los Gracos y paradigma de la virtud femenina en Roma, y presume ante ella de la magnificencia de sus joyas, las más bellas de su época. Pero, con su habitual moderación y austeridad —aun siendo miembro de una de las familias más acaudaladas de su época—, Cornelia, sin dejarse impresionar por las posesiones de su anfitriona, le respondió al ver llegar a sus hijos de la escuela: *haec ornamenta sunt mea*, es decir, «estas son mis joyas». Y ciertamente, sus hijos Tiberio y Gayo alcanzarían gran celebridad en la antigua República romana, hasta conmover sus

sólidos cimientos con las reformas que emprendieron. Desde luego llegaron a ser «dos auténticas perlas», dicho sea, con o sin ironía, dependiendo del cristal ideológico con que se mire.

Un ejemplo más, en todo caso, de la integridad propia de la leyenda de Cornelia, que parece inspirarse en la diatriba cínico-estoica en su renuncia a las riquezas y bienes materiales.

El refranero popular ha convertido esta frase en «Quien nada tiene y nada desea es el más rico de la Tierra». Y algún avispado publicista ha usado otra variante como lema de su campaña: «No es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita». Pues eso, disfrutemos de lo que tenemos y adquiramos únicamente aquello que nos podemos permitir, sin sufrir por lo que no está a nuestro alcance. Eso sí, los muebles, de diseño, por favor.

Opera prima*:** «Primera obra», obras primeriza de un autor, por antonomasia, de un director de cine, que, como también ocurre con el ***opus magnum de un autor, es decir, su obra maestra, es, por definición, señera e inigualable. La especialización de *opera* en el ámbito artístico y su aplicación mayoritaria al cinematográfico, arte contemporáneo y popular por excelencia, tiene que ver con la incorporación en español del préstamo italiano *opera*, que Joan Corominas data a principios del siglo XVIII, para referirse, como en esa lengua, a las obras de teatro musical que previamente se habían denominado aquí zarzuelas. Algo similar a lo que ha pasado con el cultismo *opus* —del que en última instancia deriva *opera*, femenino singular que en origen fue el plural de esa palabra neutra—, que significa actualmente, de acuerdo con la definición que ofrece el *DRAE*, «obra que se numera con relación al conjunto de la producción de un compositor».

Pero mucho antes de que este italianismo fuera incorporado al caudal léxico español, el resultado patrimonial del latín *opera*, fue en nuestra lengua *huebra*, reconstituido después en el semicultismo *obra* u *obrada*, que tuvo y sigue manteniendo una especialización mucho menos artística y sofisticada, «el espacio que se ara en un día», y la mano de obra necesaria para hacerlo, es decir, un «par de mulas y un mozo». Algunos lo achacarían al «espíritu de los pueblos».

Por eso hay obreros y operarios, según vayan los tiempos. Y no es lo mismo estar en la obra que dedicarse a la construcción. Por cierto, que la ambigua expresión «es uebos», escrita así y que suena a lo que no es, significa «por necesidad» y esconde un evolucionado *opus*. El *Cantar de mío Cid* la usa varias veces:

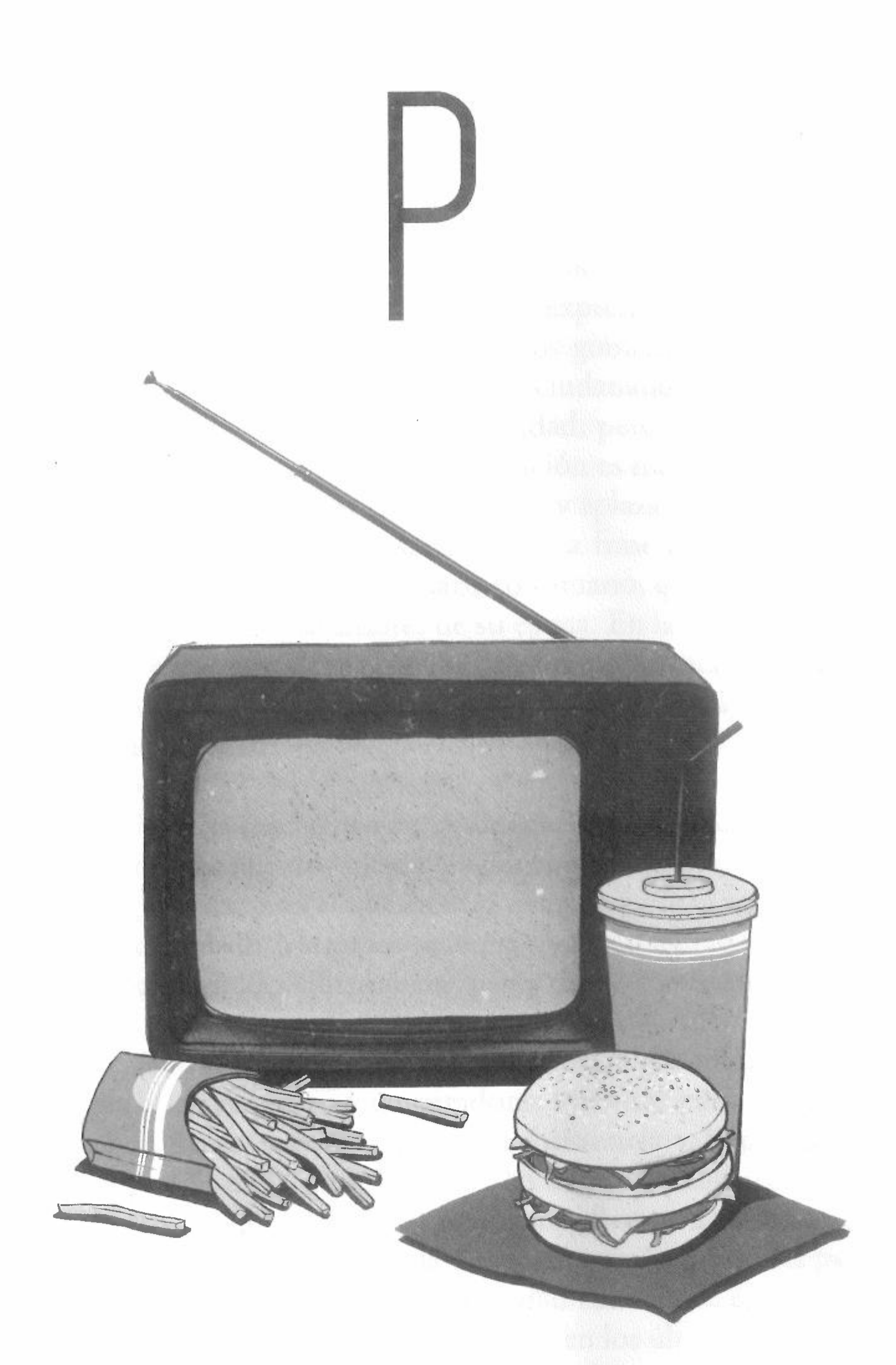
veremos vuestra mugier, muy menbrada fijadalgo.
Mesuremos la posada e quitemos el reinado,
ca mucho es a nos uebos, ca ya cerca viene el plazo (210-212).

Caprichos de la lengua y curiosidades para el lector.

***Opus magnum*: véase *opera prima*.**

***Orēmus* (perder el *orēmus*): véase *ecce homo*.**

P



Panem et circenses (Pan y circo)

Panem et circēnses: «Pan y circo». La expresión suele utilizarse para denunciar la actitud de los gobiernos populistas, que, con el fin de contentar a sus ciudadanos, aplican medidas que satisfacen a la generalidad, pero no solucionan los problemas de fondo. Su intención es mantener al pueblo contento para evitar las críticas y aplazar las soluciones que puedan conllevar sacrificios. La frase aparece en un poema de Juvenal, poeta satírico romano, que se afanó en denunciar las costumbres de su época. En la sátira décima se avergonzaba de sus conciudadanos, porque habían abandonado sus obligaciones cívicas y tan solo se ocupaban del pan y el circo:

> Hace ya mucho tiempo, desde aquella época en que no vendíamos nuestros votos a ningún hombre; ya no nos preocupa nada, pues el que en otro tiempo ejercía el mando, las dignidades o la milicia se limita ahora a sí mismo y solo dos cosas desea ardientemente: pan y circo (*Sátiras*, 10, 78-81).

Panem et circēnses era el grito que la plebe romana dirigía a los generales y emperadores romanos para reclamar el alimento necesario para la subsistencia y la diversión imprescindible que suponían las carreras del circo. Esta muchedumbre que se alimentaba y divertía a costa de la generosidad imperial es la conocida como «plebe del pan y circo», que caracteriza la sociedad romana de época imperial, aunque ya se había formado en los últimos tiempos del régimen republicano.

La «plebe del pan y circo» es consecuencia del auge de la producción esclavista, como corolario de la expansión imperialista de Roma en los últimos años del siglo III y los primeros del II a. C. Las victorias sucesivas sobre Cartago, Macedonia y Siria dejaron a Roma dueña de la cuenca del Mediterráneo en una serie ininterrumpida de victorias que conllevó la llegada masiva de los prisioneros derrotados a la Urbe. Estos prisioneros, cientos de miles, pasaban a engrosar la mano de obra esclava en los grandes latifundios agrícolas, las minas o la artesanía. Los propietarios sustituyeron paulatinamente a los trabajadores libres, que poseían la ciudadanía romana, por las nuevas tropas de esclavos, y los ciudadanos acudían a las grandes urbes, sobre todo a Roma, para vender lo único que poseían: el voto.

Hacia la mitad del siglo II se inició la costumbre de subsidiar la venta de trigo a los más humildes. Los sucesivos gobernantes romanos, en un proceso imparable de populismo, pasaron del abaratamiento a la gratuidad; ya en tiempos de César 200.000 personas se alimentaban de la generosidad del Estado y la cifra alcanzó los 400.000 en tiempos del emperador Aureliano, en el siglo III d. C. Esta fue una de las causas de la grave crisis económica que en ese siglo sacudió los cimientos del Imperio romano.

En cuanto a la diversión, sabemos que las carreras de carros en el circo romano eran la afición principal de la plebe romana, por encima de las luchas de gladiadores en el anfiteatro. El Circo Máximo de Roma fue construido para albergar a 200.000 espectadores. Había diferentes *factiones* o equipos y la rivalidad de los hinchas era mayor que la que existe hoy entre los futboleros.

Remedando la expresión latina, en el siglo XIX los cronistas políticos acuñaron en España la frase «pan y toros», y en nuestros días es corriente oír «pan y fútbol». Circo, toros y fútbol parecen haber cumplido en distintas épocas la misma función social: adormecer al pueblo para que se olvide

de los problemas políticos. Así que, si un día de estos algún político se ofrece a pagarnos el pan, desconfiemos de él.

Uniendo *circenses* y *ópera,* tiene Manuel Bretón de los Herreros una letrilla en «Catálogo de ridiculeces»:

Un tiempo anhelaba Roma
no más que pan y circenses:
ópera, aunque no se coma,
piden hoy los matritenses.
Solo al músico se premia;
que es ya en Madrid epidemia
de la solfa la manía.
¿Y no quieres que me ría?

Peccāta minūta: «Faltas sin importancia», «errores veniales», significado fácil de recordar si se piensa en el resultado castellano del adjetivo latino *minutus*, es decir, *menudo*. La locución conserva en español el significado originario del sustantivo latino *peccatum*, «falta», «error» (carente de las connotaciones religiosas que añadirá después la moral cristiana), que procede del verbo *peccare*, en origen, «tropezar», «dar un traspiés», y después especializado en el sentido de «equivocarse», metáfora vigente aún hoy en expresiones como «el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra». Ese significado de «falta leve» que podríamos considerar primario, se observa, por ejemplo, en este fragmento de una crítica literaria publicada en el diario *Abc*:

> Sin embargo, estas y otras posibles objeciones son *peccata minuta* que en nada disminuyen el excepcional valor de poder contar hoy con un índice del diario quehacer del poeta.

Sin embargo, la expresión se aplica más a menudo a algo insustancial, sin importancia, que poco tiene que ver

con las faltas que uno comete, como se ve en el siguiente ejemplo tomado de una novela de Antonio Gala (*Los invitados al jardín*):

> He sufrido robo de espejos retrovisores, de marcas, de los espoilers, de los embellecedores... Pero en fin, en una ciudad tan bella y tan abundante como Madrid, eso son *peccata minuta*.

A pesar del ejemplo, es frecuente, una vez más, que la *-a* que marca el plural de los nombres neutros (y *peccatum minutum* lo es) se confunda con la desinencia de femenino y se haga concordar la expresión en singular («una *peccata minuta*»). Por ello, un error común es añadir sendas *-s* a los integrantes de esta locución, *peccatas minutas*, algo de todo punto incorrecto. Como lo es también reflejar en la grafía la pronunciación simplificada que damos en castellano a las consonantes geminadas y escribir *pecata minuta*. «Errores sin importancia», habrá quien dirá; mejor *peccata minuta*.

Per ardua ad astra*:** véase ***per aspera ad astra.

***Per aspera ad astra*:** «Por caminos escarpados hasta las estrellas» o, lo que es lo mismo, «a través de las dificultades hasta alcanzar el éxito». El aforismo plantea la misma idea que nuestro «quien algo quiere algo le cuesta», es decir, alude a la necesidad del esfuerzo que en tan escasa consideración tenemos hoy en día, sustituido por otros planteamientos menos afanosos y de rendimientos más rápidos: en cada objetivo se presentan obstáculos y dificultades que han de superarse o, en términos más populares, «cada sendero tiene su atolladero».

La idea tuvo ya un amplio predicamento en la Antigüedad y, desde la formulación de Hesíodo (poeta griego de en torno a los siglos VIII-VII a. C.), a saber, «De la virtud, en cambio, el sudor pusieron delante los dioses inmortales; largo y empinado es el sendero hacia ella y áspero el comienzo» (*Trabajos*, 288-290), son muchos los autores griegos y latinos que la han reformulado de distintos modos. Quizá la que más se parezca a esta que nos ocupa —que presenta, por otra parte, variantes como la inversión (*ad astra per aspera*) o ligeros cambios (***per ardua ad astra***)— sea la del poeta latino Cornelio Severo (siglo I a. C.) del que solo conservamos fragmentos como el siguiente:

> ***ardua*** *virtuti longeque* ***per aspera*** ***cliva***
> *eluctanda via est: labor obiacet omnis honori,*

> para alcanzar la virtud hay que atravesar una larga y escarpada pendiente:
> el esfuerzo es requisito para el honor.

Al lector quizá le suene a castigo divino («ganarás el pan con el sudor de tu frente», Génesis, 3, 19), pero en realidad forma parte de un código ético que implica el enaltecimiento del trabajo, que se hace explícito en el aforismo ***labor omnia vincit*** (consúltese esta entrada).

La expresión, por otra parte, combina dos metáforas que permiten representar de manera sencilla las dificultades a través de la imagen de las irregularidades del camino y, análogamente, los objetivos que se pretende alcanzar como algo que, prototípicamente, se sitúa en las alturas. La ubicuidad de esta segunda idea en multitud de lenguas (convenientemente explicada por George Lakoff y Mark Johnson, en su obra *Metáforas de la vida cotidiana*) parte de una premisa que resulta más básica incluso y tiende a representar lo positivo arriba y lo negativo abajo (no es lo

mismo, ni mucho menos, «estar hundido», «por los suelos» o «deprimido», que etimológicamente remite a esa misma idea, que «sentirse en lo más alto» o «estar en la gloria»). La razón habría que buscarla, como defienden estos autores, en nuestra posición erguida, la que adoptamos cuando aprendemos a andar y que nos proporciona una determinada percepción del mundo.

La idea ha sido después reinterpretada en términos cristianos, de modo que cualquier «camino de perfección» implica siempre un «tratar de acercarse a Dios» y, por tanto, un «ascenso». De este modo, san Cipriano de Cartago, por ejemplo, dirá: *non est ad magna facilis ascensus* (*Sobre las costumbres de las jóvenes*, 21), «no es fácil el ascenso hacia las cosas que importan».

Desde luego, el camino hacia las estrellas está plagado de dificultades; así, no extraña que la NASA eligiera el lema *per aspera ad astra* para honrar la memoria de las víctimas del *Apolo 1*, «aquellos que hicieron el último sacrificio para que otros pudieran alcanzar las estrellas». Últimamente los catasterismos, las transformaciones mitológicas en estrellas, son de otro tipo: catapultan hacia un firmamento mediático, con gran velocidad, pero, sin duda, de manera mucho más efímera e inconsistente.

Per capita*:** véase ***ratio.

***Per fas et nefas*:** Empleada en el sentido de «por una cosa o por otra», esta expresión es más popular en su variante semilatina «por *fas* o por *nefas*». Mientras que el hablante culto respeta la pronunciación latina de *nefas* ([*néfas*]), el no instruido suele colocar el acento en la *a* ([*nefás*]), sin tener conciencia de estar hablando en latín, como si fueran dos palabras onomatopéyicas, carentes de significado.

Vamos, como quien dice «ni fu ni fa» —por cierto, algún insigne filólogo cuyo nombre no se puede mencionar, cree posible que esta expresión derive de aquella o al menos que haya relación entre ambas—. En su significación castellana la expresión equivale a «por pitos o por flautas»: «por fas o por nefas tenemos que hacer o padecer esto o aquello». Así en *Guzmán de Alfarache*: «Digo, pues, que Sevilla, por fas o por nefas..., padece mucha esterilidad» (I, 3).

Pero ¿qué era en latín *fas* y qué era *nefas*? Normalmente, *fas* es una expresión que se contrapone a *ius* y que solemos traducir por «ley divina», mientras que *ius* designaba la «ley humana». Es posible que en textos de época clásica esa no sea una mala traducción. Pero, si ahondamos un poco más, es necesario advertir de que *ius* define las actividades y pretensiones individuales, a lo que cada uno puede aspirar en función de su situación, mientras que *fas* define en realidad lo que es conforme a la norma cósmica. De tal modo, «fasto» es, específicamente, aquello que está de acuerdo con esa norma y «nefasto» lo que no lo está. Así pues, de esos días en que todo lo que emprendemos nos sale mal podemos decir con razón «he tenido un día nefasto». Que los dioses no estaban a nuestro favor, vaya.

Perīnde ac cadāver: véase ***ad maiōrem Dei gloriam***.

Placet: «De acuerdo», o, si queremos ser más internacionales, «O.K.». La RAE, según es su costumbre, opta por castellanizar este cultismo, colocándole la tilde que exigen las normas de acentuación en español (plácet), aunque para un latinista ello implique mermar en algo la nobleza de su origen. Su significado es el de «aprobación» u «opinión favorable», aunque en realidad se trata de la 3.ª persona del singular del presente de un verbo, *placere*, que significaba

«gustar», «agradar» —de ahí nuestro sustantivo *placer*, aplicado de preferencia a los de tipo carnal (sobre los cuales puede verse ***contra natūram***)—. Se trataría, por tanto, de una afirmación de la conveniencia o ventaja de una determinada cosa, una manifestación verbal de la aprobación («me gusta», «me va bien» y, por tanto, «accedo a ello»), más que la aprobación en sí misma o, para seguir con la misma raíz, el beneplácito. En todo caso, su uso como sustantivo ha llevado a la creación del plural «plácets», y a su especialización en el significado de «aprobación que da un Gobierno a la persona designada para ejercer la representación diplomática de otro país en su territorio», mientras que lo más probable es que su empleo como expresión de aprobación, si es que subsiste, se documente únicamente en algún cónclave religioso. Lo que sí podemos leer en el teatro del Siglo de Oro es la forma «plugo», perfecto irregular de este verbo (procedente de *placuit*); suele aplicarse a Dios, o al Señor, y significa que «le pareció bien». Como el presente, es forma anticuada, si bien aún hoy hay quien lo usa en sus escritos:

> cuatro son, indiquémoslo una vez más, ya que la razón, sin tener por qué ser necesariamente didáctica, no tiene miedo a ser repetitiva, las Ventajas que unánimemente al Senado le plugo otorgar al común al elevar a rango de ley la súplica ministerial de que en nuestra Ciudad fuere distribuida la correspondencia no según lógicas antiguas sino por orden alfabético estricto e impecable (Félix Grande, *Fábula*, 1991).

Este valor es equivalente, en cuanto a su sentido pero no en lo que a su uso respecta, a la expresión más culta y (por ello) menos habitual, ***nihil obstat***, que, si bien se utiliza con el sentido general de «nada lo impide», tiene, tenía más bien, la función sancionadora por la que la Iglesia católica aprobaba los contenidos religiosos de una de-

terminada obra, que, por lo tanto, consideraba apta para la lectura de sus fieles. El proceso en realidad no era nada sencillo —casi una verdadera carrera de obstáculos, como veremos— y constaba de varias fases. Antes del *nihil obstat*, concedido por el censor eclesiástico, la propuesta debía pasar por el superior de la congregación a la que el autor pertenecía, que concedía el ***imprimi potest***, «puede imprimirse». Finalmente era preciso obtener el beneplácito del obispo, en forma de orden: ***imprimātur***, «imprímase». Con todo, en la actualidad, salvo en el caso de los libros doctrinales (aunque ni en ellos supone ya un requisito indispensable), este proceso ya no es necesario y todas estas expresiones suelen emplearse de manera indistinta.

Hablando de formas verbales esclerotizadas, cuyo valor verbal está desdibujado y se emplean como sustantivos, es tal vez apropiado dedicar dos frases a la forma ***accēsit***, perfecto de *accedere*, «acercarse», es decir, «se acercó», con simplificación de la geminada original, *accessit*. Se usa como denominación del segundo premio o distinción inferior al ganador, al que «se ha acercado mucho»; aunque en las entregas de premios, este galardón de consolación se pronuncia habitualmente áccesit, hay que corregir este mal hábito y recuperar la forma llana, *accēsit*.

Post hoc ergo propter hoc: véase ***ad hominem***.

Post mortem: «Después de la muerte». Esta expresión suele usarse técnicamente para referirse al análisis de un cadáver o autopsia: la inspección *post mortem*. Hay otros usos extendidos de la locución, alguno de gran explotación literaria, como la erección *post mortem*, sobre todo si se habla de ahorcados: James Joyce en *Ulises* lo usa con profusión, e incluso el timorato Hermann Melville lo sugiere al final

de la novela *Billy Budd*; y también Alfonso Sastre en su pieza teatral *Ahola no es de leíl.* Obras ellas muy recomendables, a pesar del empleo de la *erectio post mortem.*

Si seguimos con la muerte, hemos de traer a colación el fenómeno fisiológico, muy conocido también en el ámbito forense, del ***rigor mortis***, o «rigidez de la muerte», circunstancia que se observa en un cadáver después de transcurridas varias horas, entre tres o cuatro, desde el momento del fallecimiento. La rigidez es completa transcurridas las doce primeras horas desde la muerte y la manipulación del cadáver es casi imposible. El *rigor mortis* afecta en primer lugar a las extremidades, brazos y piernas, y después al resto del cuerpo. En español castizo la rigidez se recoge con la expresión «quedarse tieso», expresivo eufemismo para referirse a la muerte. Que sea *post mortem* o *rigor mortis*, el caso es que ambas expresiones están de moda en las variadas y fantásticas series televisivas policiales, en que el malo ya no se descubre por la sagacidad y paciencia del detective, al estilo de Colombo, sino por las maravillosas técnicas de laboratorio, propias de los cuerpos de investigación de la escena del crimen, los CSI. Casi magia...

Aunque también concerniente al tema escatológico, la expresión ***in articulo mortis*** se usa más bien en el ámbito jurídico. Significa «en el trance de la muerte» o «a punto de morir», y en derecho se tiene en cuenta a la hora de formalizar decisiones de última hora, sobre todo testamentarias, y especialmente se usa para la expresión «matrimonio *in articulo mortis*», cuando uno de los contrayentes corre riesgo de muerte. Este tipo de usos convierten la expresión en sinónima de ***in extrēmis***, «en las últimas», locución que se ha extendido y se usa más allá del matrimonio, en giros como «salvarse *in extremis*» o «convencerlo *in extremis*», donde ya no significa «en las últimas», sino «al límite», «en el último momento».

Post nubila, Phoebus: véase ***ad hominem***.

Post scriptum: «Después de escrito». Se trata de una locución latina, abreviada a veces con las siglas *P.S.*, que utilizamos para añadir algo después de un escrito que hemos dado por concluido. Quizá en otros tiempos, cuando se escribía a mano o con máquina de escribir, la utilización de esta fórmula tuvo que ver con la economía lingüística; era una forma de evitar correcciones o enmiendas. Hoy en día, cuando resulta tan sencillo introducir modificaciones en un texto con ayuda de las nuevas tecnologías, la fórmula sigue perviviendo y quizá su uso tenga más que ver con la estilística. Se emplea para introducir mensajes que tienen poco que ver con el contenido fundamental del texto que precede o bien para intentar conservar su frescura, respetando las reglas del diálogo. Esta locución se utiliza en otras lenguas modernas, como el alemán o el inglés, con mayor profusión que en castellano, donde su empleo alterna con la palabra posdata, aunque esta suele utilizarse especialmente al final de las cartas, mientras *post scriptum* tiene un carácter más oficial.

Por cierto, que la palabra posdata tiene una formación híbrida, latino-castellana, pues es el resultado de la unión de la preposición latina *post*, que significa «detrás de» o «después de», y el sustantivo castellano data. En tiempos no muy lejanos se escribía incluso así: *postdata*. Posdata es aquello que escribimos después de la data o fecha de una carta. Ahora bien, ¿de dónde viene este sustantivo *data* que no se documenta en latín? Parece claro que es la sustantivación del participio latino *data*, del verbo *dare*, «dar». Al final de la Edad Media y durante algunos siglos era norma iniciar o acabar un escrito con la fecha precedida del participio latino antes mencionado en singular o en plural, *datum* o *data*: «Dado el 12 de octubre de 1492»,

frase con la que Colón, verbigracia, daba a entender que lo había escrito y entregado al correo en dicha fecha. En castellano la sustantivación se hizo con el plural *data*, y a partir de este sustantivo se crearon otras palabras como *datar* o *datación*. Sin embargo, en alemán se hizo con el singular, por lo que en esa lengua «fecha» se dice *Datum*.

Prima non datur et ultima dispensātur*:** véase ***gaudeāmus igitur.

***Primum vivere, deinde philosophāri*:** «Primero vivir, después filosofar». Esta frase suele ser atribuida a Thomas Hobbes, filósofo inglés del siglo XVII, puesto que aparece en su obra *Leviatán*, aunque muy probablemente no es creación suya y su origen se remonte a épocas muy anteriores. Es frecuente entre quienes la emplean decir *philosophare*, por analogía con la terminación de los verbos activos en latín, que terminan en *-e*; sin embargo, lo correcto es decir *philosophari*, pues en latín el verbo «filosofar» es deponente, es decir, se escribe con las formas de pasiva, aunque su significación sea activa.

La expresión suele utilizarse cuando el hablante quiere dejar claro que, antes de la reflexión sobre principios y causas de la existencia, es necesario cubrir las necesidades más perentorias del ser humano, como comer o beber. Una variante chusca de la frase consiste en sustituir el verbo latino *vivere*, «vivir», por su homófono *bibere*, «beber», «primero beber, después filosofar» (véase ***nunc est bibēndum***), que, en esencia, transmite la misma idea que la frase original. Parece claro que esta locución se enmarca en esa corriente antifilosófica que existía ya en la Antigüedad grecolatina y que sigue vigente en nuestra época. Al pueblo llano lo que le interesa es tener cubiertas sus necesidades, porque resul-

ta difícil reflexionar con el estómago vacío. Aunque a veces filosofar parece consecuencia de una dieta excesiva; así, en el *Quijote*, encontramos el tronchante diálogo entre Babieca y Rocinante, en el que se dice:

—Metafísico estáis.
—Es que no como.

O sea, «el hambre agudiza el ingenio», que viene a sintetizar los dos contrarios.

En la Roma imperial de los primeros siglos de la era cristiana proliferaron los filósofos, cínicos, estoicos, epicúreos, etc., que intentaban dirigir las almas de sus conciudadanos hacia la felicidad, predicando el rechazo de las riquezas, las comodidades y el lujo. Algunos lo hacían sinceramente, pero es verdad que otros eran falsos filósofos, que provocaron el desprestigio de la filosofía, pues distaban mucho de practicar lo que decían. Unos, revestidos con el manto de la sabiduría, hacían buenos negocios con la mendicidad y otros, haciendo de la necesidad virtud, predicaban la renuncia de lo que no tenían.

Existen en la literatura clásica numerosas referencias, que testimonian la polémica a favor y en contra de la filosofía. Entre los primeros, vienen a nuestra memoria las palabras del prefacio de *La conjuración de Catilina*, en las que Salustio critica a los «muchos mortales, dados a su vientre y al dormir, ignorantes y sin educación, que han pasado por la vida como peregrinos»; entre los segundos, quizá merezca recordarse el epitafio de Trimalción, protagonista del *Satiricón* de Petronio, quien mandó grabar en su sepultura las siguientes palabras:

Aquí yace G. Pompeyo Trimalción, generoso como Mecenas. Pudo ser elegido para muchas decurias, pero renunció a tal honor. Pío, heroico, noble, leal, aunque de humilde

cuna. Conquistó alta posición y grandes riquezas. Nunca confió en los filósofos. Haz tú lo mismo. Dejó a sus herederos treinta millones de sestercios.

Es evidente que la expresión entraña una falsa dicotomía, pues filosofar es parte de vivir, pero se usa para dar a entender que las necesidades del cuerpo están por encima de las del alma. La idea se acomoda bien al materialismo imperante en nuestro mundo, donde «vivir» se confunde con «consumir» y resulta difícil encontrar un verdadero filósofo.

***Primus inter pares*:** «El primero entre iguales», frase muy literaria y muy artúrica, si recordamos que los pares eran los caballeros de la mesa redonda. Dejando de lado el halo legendario, *primus inter pares* es una traducción o glosa del título *princeps* (procedente de *primus* y *capio*, es decir, «que coge el primero»), que en los primeros años del Imperio romano (28 a. C.) recibió el primer emperador, Augusto, como forma de reconocimiento de su prestigio político, pero también para simular una corresponsabilidad en el ejercicio del poder junto al resto de los miembros del Senado, los pares. Así, el nuevo *princeps* pretendía acallar el descontento de quienes deseaban la vuelta de la República, sistema político donde cobra sentido y esencia la frase en cuestión: los senadores, en la República romana, eran los padres de la patria, *patres patriae* (también llamados *patres conscripti*, por estar inscritos en un registro), y se reunían para legislar y decidir en sesiones a puerta cerrada, donde todos ellos tenían derecho a la palabra y al voto. En ese marco, el título de *primus inter pares* recaía sobre el senador de más edad —no necesariamente de más autoridad—, que solía presidir la sesión y se encargaba de poner orden y organizar las votaciones. Por tanto, en su origen,

el título era meramente honorífico y estaba ligado a la edad. Es una tradición aún hoy conservada, la de acudir al mayor en edad para presidir una votación; e igualmente se mantiene en las llamadas «mesas de edad» del Congreso y el Senado, órganos de carácter transitorio, que presiden las sesiones de donde saldrán elegidas las mesas definitivas del Parlamento, después de unas elecciones.

Augusto, con su política de simulación, para que la transición de un régimen a otro fuera menos traumática, quiso que el Senado romano aún tuviera un cierto poder decisorio, aunque siempre inspirado por el propio *princeps*. La misma práctica simulada de corresponsabilidad con el Senado se mantuvo durante el periodo llamado Principado (*Principatum*), con que se conoce la primera parte del Imperio romano, desde Augusto hasta la llegada de Domiciano al poder (81 d. C.). Este emperador, el último de la venerable familia Flavia (su padre fue Vespasiano y Tito su hermano), inauguró el periodo conocido por Dominado (*Dominatum*), derivado del título que este emperador, a semejanza de Augusto, se atribuyó: *Dominus*, nombre que recibía el ciudadano libre por parte de sus esclavos, lo que identificaba a la población libre romana con meros siervos del emperador. Lo cierto es que Domiciano se mostró autoritario, desmanteló el Senado y fue, según las fuentes, bastante sanguinario.

En la Edad Media y muy especialmente en la España visigoda, esa donde la lista de los reyes godos se hace interminable, la máxima se hizo popular y reflejaba una situación de gran inestabilidad política, puesto que estos reyes o caudillos no podían imponer su autoridad militar de manera contundente, lo que los obligaba a pactos y alianzas que provocaban situaciones jerárquicas difíciles de calificar; esa dificultad se resolvía con el título de *primus inter pares*... y todos tan contentos, porque, donde uno era hoy *primus*, mañana podía pasar a engrosar la lista de los

pares. Esa situación se alargó hasta la expulsión de los árabes de la Península ibérica, donde reyezuelos y caudillos varios guerreaban sin parar por asentar sus reales, como nos enseñan los tebeos *El Caballero del Antifaz* y *El capitán Trueno*.

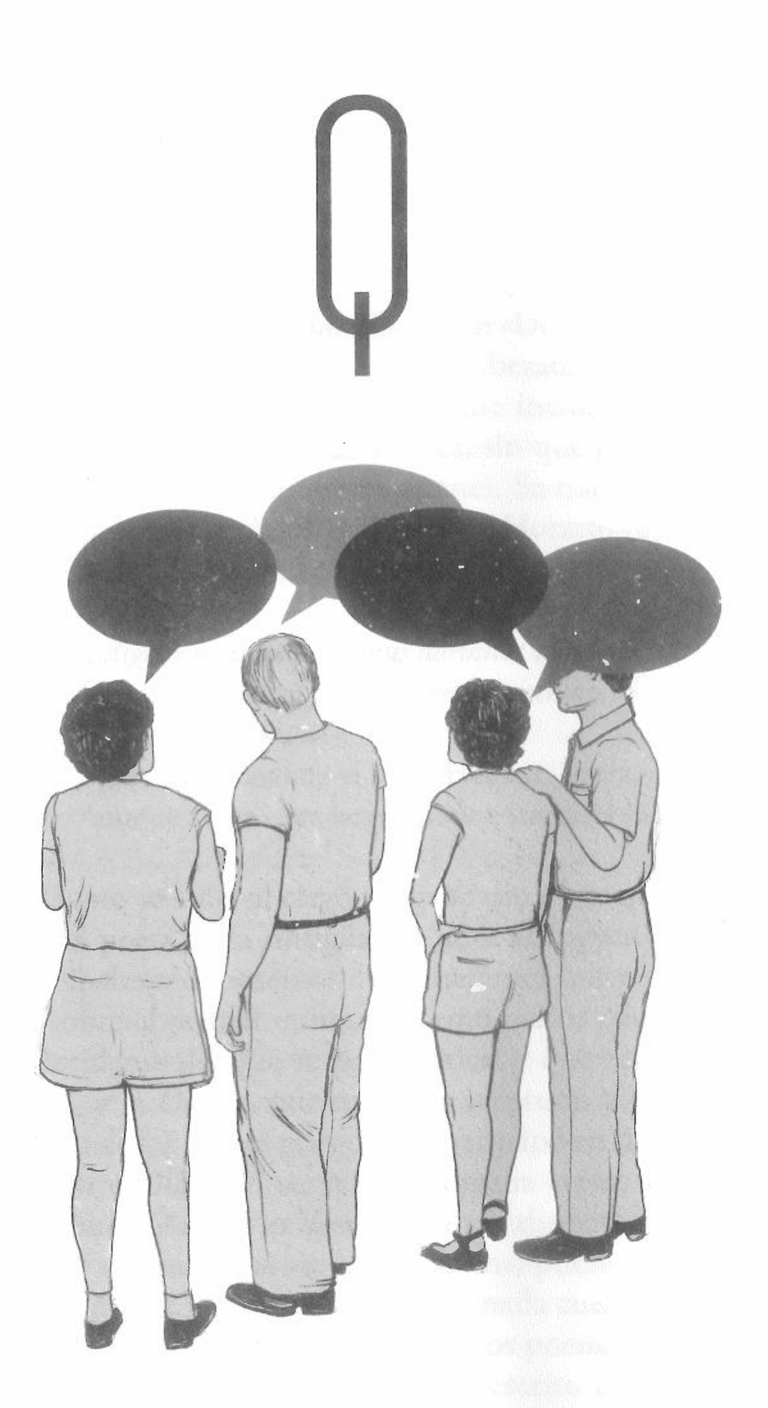
Si de Edad Media se trata, podemos asegurar sin temor a error que el supuesto mundo micénico descrito por Homero en el poema la *Ilíada* recoge a la perfección la situación a la que nos acabamos de referir: un mundo de caudillos de difícil equilibrio, con luchas intestinas constantes, que ponían en peligro los objetivos comunes. Este es precisamente el origen del episodio que estuvo a punto de costarle el cetro al rey Agamenón, cuya legitimidad como jefe de todos los aqueos es puesta en entredicho por el caudillo de los mirmidones, el de los pies ligeros, Aquiles. Reyezuelos belicosos y ambiciosos que han tenido la fortuna de convertirse en héroes inmarcesibles para Occidente gracias al talento del genial Homero.

También se dice que el Papa es *primus inter pares*, pues obispos son todos. Pero mucho me temo que no lo entiende así casi nadie, ni los católicos ni los obispos restantes ni mucho menos el elegido.

Pro forma*:** véase ***ratio.

Pro indivīso*:** como su propia forma dice, se trata de una propiedad que se lega con la condición de que se mantenga «no dividida», pues eso, sin dividir, cláusula habitual de los bienes raíces o las fundaciones, para evitar dispersiones o la fragmentación de terreno. Término de las herencias, propio de leguleyos, que también gustan de recitar con deleite expresiones como ***ab intestāto, «sin testamento», que indica que una persona ha fallecido sin otorgar dispo-

siciones finales. Ya saben después la que se organiza con estas cosas, tanto si se otorga testamento como si pasa uno a mejor vida *ab intestato*: que en la lectura del testamento «se monta un tiberio», que no se trata del emperador de la familia Julia Claudia, sino del alboroto o confusión de varios gritando. En esos casos, cuando uno de los familiares no está de acuerdo con los términos de la herencia se puede recurrir a la fórmula ***non compos mentis***, «no estar en posesión de su sano juicio», o sea, no estar en sus cabales. Este recurso jurídico suele aplicarse más en vida del dador del testamento, para anular disposiciones finales perjudiciales para un heredero directo; todos tendrán *in mente* el reciente caso de la familia francesa propietaria de la firma L'Oréal, donde la hija ha logrado que se incapacite a la madre y se le otorgue un tutor legal, uno de los nietos. Aquí, en España, somos más permisivos con las excentricidades de las grandes fortunas; ¿cómo, si no, explicar la vida y obras de algún distinguido miembro de la aristocracia española?



Quot homines tot sententiae *(Hay tantas opiniones como hombres)*

Quandōque bonus dormītat Homērus: «De cuando en cuando el buen Homero se echa una cabezada». Frase que se utiliza para disculpar un desliz, que incluso los mismos genios cometen de cuando en vez, sin que por ello se resienta el esplendor de sus creaciones. Se trata de un verso (359) procedente del *Arte Poética* de Horacio (65-8 a. C.) que, en realidad, sonaba como sigue:

Indignor quandoque bonus dormitat Homerus
Verum operi longo fas est obrepere somnum.

Me indigno cuando el buen Homero sestea,
Aunque a una obra larga puede entrarle el sueño.

Como se sabe, al ciego y legendario Homero, paradigma del poeta en la Antigüedad, se le atribuyen dos de los principales monumentos de la literatura universal, la *Ilíada*, sobre el primer enfrentamiento bélico entre Oriente y Occidente del que se tiene noticia y que tuvo lugar en Troya, y la *Odisea*, que narra las aventuras y desventuras de uno de los héroes griegos que participó en la contienda, Odiseo o Ulises en su versión romana (véase sobre todo ello ***timeo Danaos et dona ferēntes***), durante su regreso a casa. Y decimos que «se le atribuyen», puesto que es mucho lo que se ha escrito sobre la llamada cuestión homérica, que pone en duda no solo que los poemas homéricos, composiciones orales puestas por escrito en una época muy posterior a su composición, fueran obra de un único

autor, sino que incluso se cuestiona la propia existencia de este personaje. Habría que poner en cuarentena también el apelativo que hemos usado para describir estas obras, «monumento», pues nada menos inamovible que las composiciones orales de la épica antigua, que variaban con cada recitado, en función del virtuosismo del aedo que lo recitara, experiencia que tendría más bien poco que ver con la lectura que en la actualidad abordamos con ellos. De hecho, una osada estudiosa francesa se ha atrevido a establecer la comparación con el visionado de un episodio de la serie televisiva *Dallas*; y no le falta razón. Y el gran escritor albanés, Ismael Kadaré, ha llevado a tiempos recientes el fenómeno de la composición oral entre los «aedos» albanos en la novela *Expediente H*, es decir, Homero. Toda una recreación de Homero.

Volviendo a la frase que nos ocupa, *quandoque bonus dormitat Homerus* o *aliquando bonus dormitat Homerus*, variante tan habitual como la anterior, sigue usándose hoy, bien es verdad que en formulaciones eruditas, para referirse a los errores cometidos por quien puede considerarse autoridad en una determinada materia. Así se aprecia, por ejemplo, en el uso que de ella hace el polígrafo Amando de Miguel y de la que se podrá extraer una enseñanza adicional:

> Como es sabido, el diario *Abc* es el más activo en la cruzada a favor de la lengua. Son antológicos, por ejemplo, los artículos de Lázaro Carreter y otros académicos. Pero *quandoque bonus dormitat Homerus*, es decir, hasta los más sabios a veces se distraen. Bien es verdad que el libro de estilo de *Abc* insiste en que se debe escribir «meteorología» y no de otra forma. El ejemplar del 10 de enero de 1994 remacha que «locutores de ambos sexos se obstinan en pronunciar areopuerto [*sic*] y meterólogo [*sic*]», para ver si con ese aviso se corrigen. Está bien el consejo, pero una gacetilla del mis-

mo ejemplar del diario (pág. 51) se refiere a las «previsiones metereológicas» [*sic*]. No hay manera.

Por cierto que, como se aprecia en el ejemplo precedente, el adverbio latino ***sic***, literalmente «así», se sigue utilizando hoy en día para reproducir un error o errata de un texto o una elocución que la contiene, pero indicando que ese error estaba ya en la fuente original y no es producto de su transcripción.

Con esta expresión se pretende, en suma, referirse a errores poco trascendentes, ***peccāta minūta*** (véase esta entrada), que no han de ser tenidos en consideración, pues, a fin de cuentas, ***errāre humānum est, sed perserverāre diabolicum***, «equivocarse es humano, pero perseverar en el error es diabólico», frase de clara raigambre cristiana, pero con algunos antecedentes en la literatura latina anterior. Más laica es la máxima «ser contumaz en el error», que retrata el carácter humano.

Quid pro quo*:** véase ***do ut des.

***Quis custodiet ipsos custōdes?*:** «¿Quién vigilará a los vigilantes?» Versos del poeta latino Juvenal (*Sátiras*, 6, 346-347), con una larga tradición asentada en la doctrina platónica, en un sentido político y moral de reproche a los mandatarios tiránicos y autócratas: si alguien tiene potestad máxima sobre el resto, ¿quién se encargará de vigilar la correcta aplicación de ese poder? Las modernas democracias han establecido sofisticados mecanismos de control, pero ni siquiera estos, como sabemos, son suficientemente disuasorios de los abusos. En cualquier caso, la fortuna de esta frase se debe a un mero azar, puesto que Juvenal, si es que realmente la escribió como la hemos recibido —pues apa-

rece en un fragmento documentado en un único manuscrito y podría tratarse de una interpolación posterior—, se refería a unos vigilantes y a un control del todo diferentes, en absoluto relacionados con los designios de los gobernantes. La sátira sexta en la que aparece constituye una larga recomendación para quien se dispone a contraer matrimonio y una advertencia misógina sobre el pérfido carácter de las mujeres, para disuadir al incauto de esa decisión. Uno de esos defectos típicamente femeninos, pesadilla de cualquier varón, es, si hemos de hacer caso a Juvenal, la infidelidad; ya ven, ellos nunca cometen adulterio, según el poeta. En este juego, poco puede hacer el varón, pues las soluciones no son nunca infalibles. Este es el lamento completo de Juvenal (versos 29-33):

> Conozco
> vuestros consejos y vuestros avisos, viejos amigos:
> «¡Enciérrala, prohíbele salir!». ¿Pero quién me vigilará a los mismos
> guardianes, que ahora por este precio callan los hurtos
> de la lasciva muchacha? Los cómplices no descubren un crimen.

Hay que decir, por último, que el éxito reciente que este aforismo ha tenido en el sentido explicado en primer lugar se debe no ya tanto a los ideólogos políticos o a la filosofía moral, ni siquiera a una supuesta rehabilitación de las fuentes clásicas llevada a cabo por la alta cultura oficial. Como en tantas ocasiones, si la frase ha trascendido es debido a su recuperación por parte de la cultura popular. Alan Moore, célebre autor inglés de novela gráfica, la utilizó como leitmotiv de su obra *Watchmen* (1986-1987), «Vigilantes», deconstrucción posmoderna del cómic de superhéroes; y a su imagen, son cada vez más las referencias a esta frase incluidas en productos de consumo

masivo, serios, como algunos *bestsellers* de política ficción, o paródicos, como las series televisivas *Seinfeld* o *Los Simpson*. Una muestra más de que los clásicos tienen vida más allá de los libros, sobre todo los eruditos: *vade retro, Satana!*

Quisqui (cada / todo quisqui): Igual que decimos *quid*, cuando nos referimos al «de la cuestión», y no [*kuid*], que sería la pronunciación correcta en latín, también se dice comúnmente «como cada quisqui», para expresar, «como cada cual» o «como cada uno». En esta frase volvemos a encontrar la misma mezcla de castellano y latín que se aprecia en otras expresiones y además una corrupción de la palabra latina *quisque*. Todavía hay quien dice «como cada *quisque*» (una clara redundancia, puesto que el pronombre latino posee valor distributivo), pero lo más frecuente es decir «cada quisqui», e incluso «todo quisqui», sin pronunciar la [*u*] y con la terminación en [*i*], propia del latín macarrónico. Un adjetivo que no tiene nada que ver con el conocido plato de pasta, sino que remite al latín propio de las macarroneas, composiciones de tono jocoso, escritas a imitación de la *Macarronea* de Merlín Cocayo (seudónimo del humanista italiano Teófilo Folengo, 1491-1544), en las que se mezclaba el latín con palabras romances a las que se daban terminaciones latinas.

Igualmente, parece tener su origen en el latín macarrónico la palabra **tiquismiquis**, con la que acusamos frecuentemente a algunas personas de ser excesivamente escrupulosas o ridículamente afectadas. El término procede, suponemos, de *tichi, michi*, alteraciones vulgares del dativo singular de los pronombres personales de 2.ª y 1.ª persona *tibi, mihi*. Sin duda la palabra ha hecho fortuna porque parece reflejar bien la pedantería insoportable para el pueblo llano de los que andaban siempre repitiendo latinajos para aparentar el refinamiento y la cultura de la que

probablemente carecían. Hoy sigue habiendo tiquismiquis, pero ya no saben latín. Viene bien traer a colación de nuevo al sabio Cervantes, con este texto de *El coloquio de los perros*:

> Berganza. Hay algunos romancistas que en las conversaciones disparan de cuando en cuando con algún latín breve y compendioso, dando a entender a los que no lo entienden que son grandes latinos, y apenas saben declinar un nombre ni conjugar un verbo.
>
> Cipión. Por menor daño tengo ese que el que hacen los que verdaderamente saben latín, de los cuales hay algunos tan imprudentes que, hablando con un zapatero o con un sastre, arrojan latines como agua.
>
> Berganza. De eso podremos inferir que tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora, como el que los dice ignorándolos.
>
> Cipión. Pues otra cosa puedes advertir, y es que hay algunos que no les excusa el ser latinos de ser asnos.

Y también con base en los pronombres latinos se creó la expresión **de bóbilis bóbilis**, locución que utilizamos cuando conseguimos algo sin esfuerzo, gracias a un afortunado azar. Dice el *Diccionario de Autoridades* que la expresión, utilizada en tono jocoso, «tiene su origen en *bobo* con terminación latina en *-bilis* para hacerla más ridícula». Sin embargo, siguiendo el *Quijote*, podemos concluir que proviene de la repetición del dativo plural del pronombre personal de 2.ª persona: *vobis, vobis*, «para vosotros, para vosotros». Sancho dice a don Quijote:

> Tome ese reino que se le viene a las manos *de vobis vobis*, y en siendo rey, hágame marqués o adelantado (Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* 1, 30).

Es verdad que después el término se asimiló con *bobo* por ignorancia o burla, cobrando el significado que tiene hoy. García Remiro recoge unos versos de Tirso de Molina (*La lealtad contra la envidia*, Jornada II) en los que aparecen la forma culta y la deformada:

> ¿Cien mil pesos? Compro un juro,
> un mayorazgo opulento
> que me ensancha el *coram vobis*,
> o para el *vóbilis vobis*,
> *vita bona*, un regimiento.

Quo vadis?: «¿Adónde vas?». Esta locución latina es el título de una espléndida novela del autor polaco Henryk Sienkiewicz, escrita a finales del siglo XIX. Una novela histórica que se desarrolla en tiempos del emperador Nerón y que fue llevada a la gran pantalla, con desigual acierto, en varias ocasiones. En 1912 y 1924, cuando el cine todavía era mudo, Enrico Guazzoni y Gabriellino D'Anunzio hicieron las primeras versiones, pero, sin duda, la más conocida es la de Melvin LeRoy (1951), protagonizada por Robert Taylor, Deborah Kerr y Peter Ustinov; una superproducción hollywoodiense, que, en nuestra opinión, hace justicia a aquella irónica definición de guión cinematográfico: «lo que queda de una buena novela para hacer una mala película». Tuvo, sin embargo, un enorme éxito, como otras películas de «romanos» estrenadas en esa década y en la siguiente (*Ben-Hur*, *Julio César*, *Cleopatra*, *Espartaco*, etc.), hasta el punto de conseguir que el título *Quo vadis?* se convirtiera en frase hecha. Fue esta, sin duda, la gloriosa época del péplum, como se designó a este género cinematográfico, a partir del nombre del manto de ceremonia que usaban las mujeres griegas y romanas.

Sienkiewicz tomó el título para su novela de la frase *Quo vadis, Domine?*, «¿Adónde vas, Señor?», pronunciada por san Pedro y que aparece en la *Leyenda Áurea* de Jacobo de Vorágine. En esta obra, escrita en el siglo XIII, se narra la vida de 180 santos y mártires de la Iglesia. El episodio, incluido en la novela de Sienkiewicz, se refiere a la persecución decretada por Nerón contra los cristianos el año 64 a. C. Según el relato de Vorágine, Jesucristo se apareció a san Pedro cuando este intentaba huir de Roma; al verlo, el apóstol pronunció la frase: «¿Adónde vas, Señor?», a la que este habría respondido: «Mi pueblo te necesita, si abandonas a mis ovejas yo iré a Roma para ser crucificado de nuevo». San Pedro, avergonzado por su actitud, volvió a Roma y allí encontró el martirio. El pintor Annibale Carracci recogió esta leyenda en el cuadro *Aparición de Cristo a san Pedro*, realizado en 1602.

Algunas novelas históricas del siglo XIX reproducen en la ficción el debate entre paganismo y cristianismo que tuvo lugar el siglo anterior entre intelectuales y filósofos. *Quo vadis?* pertenece a las novelas apologéticas del cristianismo, como *Calixta* (John H. Newman), *Fabiola* (Nicholas P. Wiseman), *Ben-Hur* (Lewis Wallace), etc., novelas que tenían como referente la obra de François-René de Chateaubriand, *Los mártires del cristianismo*, publicada el siglo anterior. En el lado pagano encontramos *Hipatia* (Charles Kingsley), *Thais* (Anatole France), *Afrodita* (Pierre Loüys), etc. Es un debate de una trascendencia enorme, primero porque no hace más que recoger el que se dio entre los siglos III-V d. C. en la sociedad tardorromana, luego, porque se ha mantenido casi hasta nuestros días con épocas en que la victoria fue de un bando o de otro. En nuestro siglo, todavía se han publicado novelas de apologética cristiana, como *La túnica*, de Lloyd Douglas (1954), o *El signo de la cruz*, de Wilson Barrett (1945). En el otro lado, una novela como el *Juliano*, de Gore Vidal

(1964), sirva como ejemplo, es un durísimo alegato contra la civilización que inaugura el cristianismo.

Menos comentado ha sido el trasfondo nacionalista de *Quo vadis?,* donde Sienkiewicz reivindica con sutileza la opresión de los polacos. Los ligios se identifican con los polacos, honestos, católicos y sentimentales («He elegido a los ligios porque habitaban entre el Oder y el Vístula. Me agradaba pensar que Ligia fuese polaca») y su defensa iba acompañada de la denuncia del imperialismo romano, bajo la que se ocultaba la denuncia del imperialismo ruso, que en ese momento tenía sojuzgados a los polacos. La exaltación romántica del pasado nacional fue frecuente en el siglo pasado e imagino que al calor de los nuevos nacionalismos tienen que haber surgido novelas de idéntico tipo.

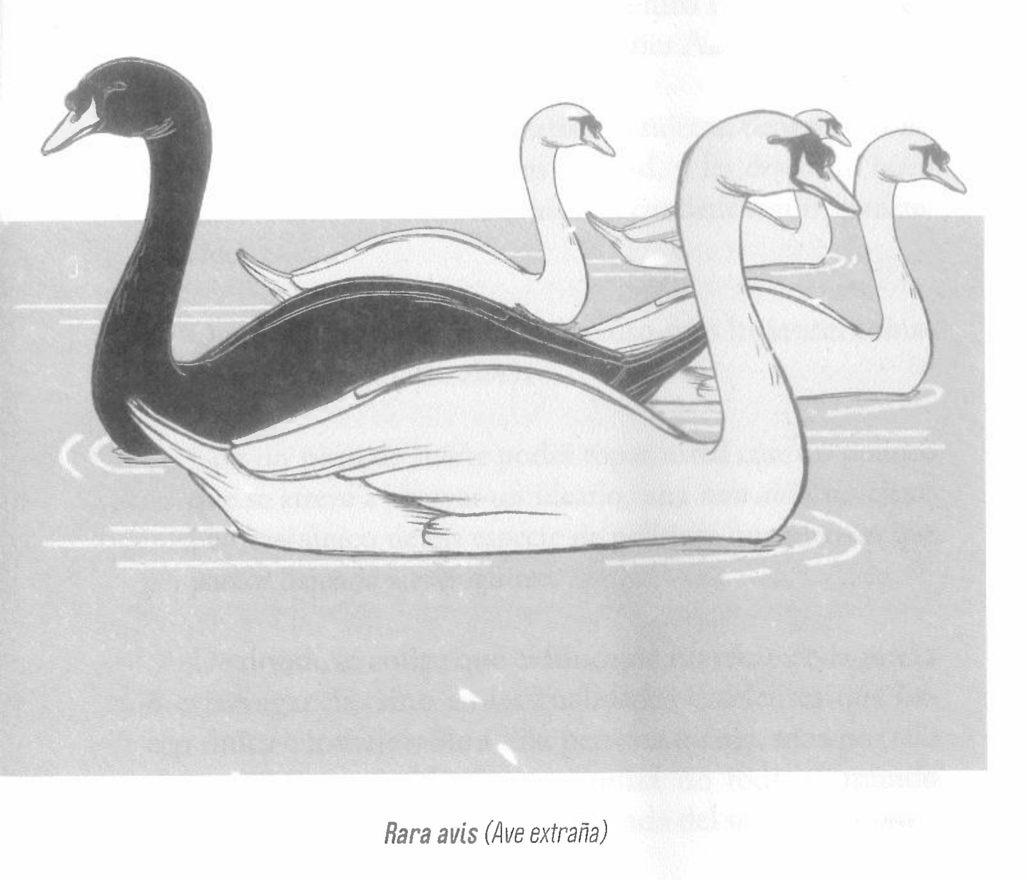
Quod natūra non dat, Salmantica non praestat*:** véase ***gaudeāmus igitur.

***Quot homines tot sententiae*:** «Hay tantas opiniones como hombres», frase que procede de la comedia terenciana *Formión* (v. 454), donde la recoge el anciano Hegión a modo de dicho proverbial conocido en Roma desde antiguo: *«quot homines tot sententiae»: suo' quoique mos* («"Tantos hombres, tantos pareceres." Cada uno ve las cosas a su manera»). La discrecionalidad del juicio, la validez de todas las opiniones es una idea que coincide con la del refrán español «para gustos, los colores», pero el refrán latino no solo habla de que todas las opiniones son válidas, sino de que cada cual considera la propia como la más verdadera: «no hay más verdad que la propia». Por tanto, aparte del relativismo evidente por el número de opiniones, la máxima refiere el egocentrismo patente de los individuos, eso que se expresa con «cada uno con su cadaunada».

El poeta sevillano Joaquín Alcaide de Zafra, a propósito de Campoamor y su conocido «todo es según el color / del cristal con que se mira», escribió esta otra humorada:

Pues si en el mundo traidor
nada es verdad ni mentira,
tampoco lo es el color
del cristal con que se mira.

R



Rara avis (Ave extraña)

Rara avis: «Ave extraña». Nuevamente un verso de Juvenal ha pasado a la posteridad, convertido en expresión coloquial y propia del lenguaje común. A casi nadie se le escapa que *rara avis* ensalza las cualidades que posee alguien o algo, por su singularidad y excepcionalidad, lo que no deja de sorprender predicado de ciertas adjetivaciones, como en el uso que de la expresión hace Benito Pérez Galdós (en el episodio de Vergara, 1899, *Episodios Nacionales*, III, 7):

> Sean o no criminales los antedichos sujetos, tienen mi compasión por la pérdida de su libertad, y les deseo un buen juez, *rara avis*, que les redima o les condene según su merecido.

O en este otro que resulta incluso más hiriente, tomado de la prensa (diario *Abc*):

> Con un poco de suerte podrá topar usted con un político que se atreva a ensayar un ideario, una *rara avis*, un ejemplar casi único de esa especie de políticos que piensan que parece llamada a extinguirse.

De donde se colige que el hincapié no recae en la rareza o extravagancia, sino en las cualidades excelentes que hacen única e inmejorable a una persona o cosa, mas por ello altamente improbable. Lo que quizá no todo el mundo sepa es que esta frase queda completada del siguiente modo:

rara avis in terris, nigroque simillima cygno, «ave rara en esta tierra, muy semejante a un cisne negro» (6, 165), y que, aunque fuera popularizada por Juvenal, este la había tomado de Persio.

La sátira sexta, como ya se ha dicho en otro lugar de este libro, es una composición marcadamente misógina y destinada a advertir al futuro marido de los peligros que entraña el sexo femenino. De tal modo, la frase que después alcanzaría tanta popularidad se refiere a la buena esposa, en un sentido muy semejante al que acabamos de ver en el fragmento de Pérez Galdós. Y en la divertida versión que de este poema hace el poeta ilustrado José de Vargas y Ponce (1760-1861), *Proclama de un solterón*, suena así:

> Confieso, porque el diablo no me lleve,
> que es un ángel mujer que sale buena.
> (estr. 42, vv. 5-6)

Muy en línea con la comparación de Juvenal, el «cisne negro» —que ha dado incluso para una teoría filosófica que trata de calibrar el impacto de lo inesperado—, tenemos en español otra expresión de significado y uso del todo comparable, «ser un mirlo blanco», definida por la Academia en los siguientes términos: «persona o cosa conceptuada como singular excepción de una regla cualquiera». El motivo, claro está, reside en lo excepcional de un mirlo de este color, típicamente negro; por más que hoy sepamos del albinismo, una mutación genética que provoca la ausencia de pigmentación en animales y humanos.

Predicado de personas, «mirlo blanco» tiene un uso casi exacto al que veíamos con *rara avis*; sin embargo, a diferencia de él, algunos le atribuyen un sentido adicional, que tiene que ver con grandes oportunidades, como las que se presentan pocas veces en la vida, sobre todo si se trata de operaciones económicas:

> El Banco Popular presentó ayer oficialmente sus resultados, tras la celebración del consejo de administración. El secretario general de la entidad, Manuel Martín, manifestó que «si surge un mirlo blanco, lo cogeremos», en alusión a futuras operaciones de compra de algún banco (*El Mundo*).

Este uso, si no equivocado, al menos sí metafórico, pone a las claras las prioridades de algunos individuos.

Ratio: «Razón», «cuenta»; *ratio* es el sustantivo de un verbo, *reor*, que significa «pensar», algo así como «pedir razones», «echar cuentas» o «ver los pros y los contras» de la vida; así discurre uno de los banqueros plautinos, malos de película, que, al menos antes —pues me temo que ahora son villanos blindados—, acababan perdiendo la partida: «Paso por un hombre afortunado: he estado echando cuentas (*reor*) de cuánto dinero es mío y cuánto ajeno: soy rico, si no lo devuelvo a quienes se lo debo» (Plauto, *El gorgojo*, 371-373). Ahí es nada, las sempiternas prácticas del oficio.

Pero *ratio* está viviendo, contra todo pronóstico y después del fulgor siempre opaco de las razones puras o críticas de los filósofos, un momento de gloria de la mano de analistas económicos y tertulianos radiofónicos y televisivos. Y de tanto citar, nombrar y vocear la palabra de marras, han acabado por pervertirla: le han cambiado el género gramatical, femenino en latín, como lo testimonian sus descendientes romances, *la razón*, *la raggione*, *la raison*, todos ellos empeñados en mantener el género originario del término. Sin embargo, en estos tiempos atribulados y convulsos, los analistas, chamanes tribales sin varita mágica, pero con gráficos indescifrables y palabras ininteligibles, han acuñado un término nuevo, *el ratio*, que llena las páginas rosas de cualquier publicación de pa-

pel o, en estos momentos, virtual. En un alarde de analogía gramatical han deducido que si la palabra termina en *-o* habrá de ser masculina, por tanto *ratio* en buen castellano será el *ratio* (ninguno ha caído en la cuenta de que incluso en las lenguas modernas hay palabras que no se dejan regularizar, ahí está *mano* con una fantástica *-o* final, pero femenina, o *astronauta*, con una rotunda *-a*, pero masculina; qué caprichoso el lenguaje, pensarán). El caso es que el grado de perversión alcanza cotas alpinas cuando el analista o comentarista de turno se ve en la necesidad de apoyarse en el plural del término; entonces, aplicando la gramática analógica no creativa, el *ratio* deviene los *ratios*, o sea, «indicadores financieros», como se dice ahora. Olvidan o nunca supieron que el plural de *ratio* no es otro que *rationes*; acuérdense: «obras son amores, que no buenas razones». El latinista abre los ojos atónito ante semejante hallazgo, tamaño invento y aberración lingüística. Ya sospechábamos que los analistas financieros no sabían de cuentas ni raciones, pero mira que no saber latín...

Más afortunada ha sido la expresión ***per capita***, «por cabeza», porque se acuñó en otros tiempos cuando políticos y ciudadanía sabían más latín y porque no se confunde con ningún anglicismo procedente de la todopoderosa *City* anglófona. Realmente la expresión técnica que se acuñó con el llamado *boom* demográfico de los sesenta fue «renta *per capita*», es decir, la renta nacional dividida por el número de habitantes de un país. Esa renta *per capita* marcaba y marca la riqueza de un país y se comparaba con las de otras naciones para saber el lugar que se ocupa sobre todo con respecto a los vecinos; últimamente, la renta *per capita* se ha visto relegada por el PIB, *ratio* o indicador de la capacidad de creación de riqueza de un Estado. Además, la expresión «*per capita*» se usa en el lenguaje común a la hora de repartir un pago entre varios, una cena, un regalo, etc.: «tocamos a 20 € *per capita*», es decir, «por ca-

beza», o mejor, «por barba» (incluso sin necesidad de lucirla), en román paladino.

Y ya que estamos en el mundo de la economía no estará de más aludir a ***pro forma,*** literalmente, «a favor de la forma», es decir, conservando o manteniendo las formas; ahora bien, cuando hablamos de una factura o recibo *pro forma* aludimos a una práctica que consiste en reproducir esos documentos para justificar operaciones posteriores a la fecha en la que se liquidan.

***Relāta refero*:** «Te lo cuento como lo cuentan», juego de palabras o figura etimológica, si nos ponemos **tiquismiquis** (véase **quisqui**), que sirve a modo de disculpa o parapeto de quien hace las veces de mensajero. Es como decir «me limito a repetir lo que acabo de oír», que arguye aquel a quien pedimos cuentas, cuando nos trae una noticia inesperada y no desea recibir malas palabras o no puede añadir nada nuevo. Es una manera de eludir toda responsabilidad en el hecho de transmitir una mala nueva. Habría venido bien esta excusa a los numerosos mensajeros del mundo antiguo que a menudo han tenido que sufrir en sus carnes las iras de los receptores de sus mensajes. Lástima que aún no se hubiera inventado el teléfono, el *e-mail* o simplemente el correo postal.

***Rem tene, verba sequēntur*:** Literalmente, «domina el tema, las palabras seguirán», o más libremente, «si conoces el tema, las palabras vendrán solas». Se trata de un consejo dirigido por Catón el Censor o Catón el Viejo (234-149 a. C.) a su hijo Marco. Catón, que al parecer fue un gran orador, escribió una obra para la instrucción de su hijo, *Ad Marcum filium,* en la que empezó por enseñarle a leer, escribiendo en letras grandes una síntesis de la histo-

ria de Roma. De aquí viene el nombre de **catón**, que se dio durante mucho tiempo en nuestro país a la cartilla con que se ejercitaban en la lectura los principiantes. Luego en la misma obra fue añadiendo otros conceptos sobre medicina, agricultura, oratoria y todo aquello que consideraba útil para un romano. Catón era un nacionalista recalcitrante, que miraba con recelo todo lo que viniera de Grecia, por eso advertía a su hijo de este modo (en su tratado *Sobre la medicina*, fragmento que nos ha conservado Plinio el Viejo en su *Historia Natural*, 29, 14):

> Sobre estos griegos, hijo mío, en el momento adecuado explicaré lo que aprendí en Atenas, y cómo es conveniente conocer sus escritos, pero no adoptarlos. Te haré ver cómo por su manera de ser son gente inútil e incapaz de aprender nada. Y oye esto como si fuera la palabra de un profeta: con sus escritos esta gente es capaz de corromperlo todo.

Sus consejos sobre oratoria son aforismos basados en su propia experiencia. Sostenía que el buen orador no era más que «un hombre honrado, experto en hablar», ***vir bonus, dicēndi perītus***, y se oponía, claro está, a la retórica aristotélica, que consideraba insuficiente el conocimiento profundo del asunto que se debatía y apostaba decididamente por la instrucción formal (Aristóteles, *Retórica*, 3, 1). Para Catón lo importante era tener claro lo que se quería decir; cuando esto ocurre, las palabras fluyen sin dificultad. Cicerón participaba, al menos en parte, de esta opinión, pues en su *De oratore* asegura que «la abundancia de hechos engendra la abundancia de palabras» (3, 125).

Sin entrar en la polémica entre griegos y romanos ni poner en duda la importancia de la instrucción, podríamos decir que en buena medida la pobreza retórica de los políticos de hoy en día parece tener su origen en la falta de ideas y de conocimiento de los temas que se abordan. Pa-

rece que si no han recibido instrucciones concretas de los asesores son incapaces de improvisar un mínimo discurso y, si lo hacen, no suelen estar muy afortunados. Basta comparar la habilidad oratoria de algunos parlamentarios de la época de la Transición española con la sequedad y escasa brillantez de la mayoría de los que hoy nos gobiernan.

Requiēscat in pace*:** véase ***sit tibi terra levis.

Rigor mortis*:** véase ***post mortem.

Ruit hora*:** véase ***tempus fugit.

S



Si vis pacem, para bellum *(Si quieres la paz, prepara la guerra)*

Sancta sanctōrum*:** véase ***sursum corda.

Santiamén: véase ***ecce homo***.

Sénior: «Mayor», «más viejo», comparativo de *senex*, «viejo» o, si queremos ser políticamente correctos, «anciano», eufemismo que procede en última instancia de la preposición latina *ante*, «antes». Se opone a **júnior**, comparativo de *iuvenis*, «joven», que, a pesar del criterio adoptado en este libro con respecto a la semivocal *i*, escribimos con *j*. El motivo no es otro que la vía de entrada de este vocablo en el caudal léxico castellano, pues, con independencia de su origen latino, nos ha llegado a través del inglés desde el momento en que esta queda convertida en lengua de prestigio. No es el único caso. También otros vocablos se han visto revitalizados, por influjo del inglés, como **ítem** (adverbio latino cuya significación originaria era «del mismo modo», «también»), relegado del uso corriente, que ha pasado a funcionar como sustantivo con el sentido de «unidad o pieza de una colección o inventario». O **versus**, que en latín significaba «hacia», pero adquirió en el lenguaje jurídico inglés el valor de oposición («contra») con el que lo empleamos ahora, nos llega igualmente por influjo del imperialismo lingüístico anglosajón, cuya acusada tendencia a la abreviatura y la sigla nos lleva a escribir en ocasiones

vs., sobre todo si se aplica a competiciones deportivas violentas, *verbi gratia*, un combate de boxeo. La Academia, aun sin censurarlo, recomienda opciones patrimoniales como *contra* o *frente a*, preferibles a lo que califica de «latinismo anglicado», curioso nombre para referirse a la persistencia y capacidad de supervivencia de la lengua latina.

Como en los casos anteriores, tanto «sénior» como «júnior» han sido recuperados para el uso corriente gracias al inglés, la lengua franca del siglo XX (y, salvo que los chinos no se opongan, parece que seguirá siéndolo, al menos durante un tiempo). De hecho, lo habitual es expresar el plural a la inglesa (séniors, júniors), frente a las mejor formadas séniores, júniores, y en el segundo caso, incluso, pronunciarlo, saltándose las normas fonéticas del español, como [*yúnior*], en lugar de [*júnior*]. Y esta rehabilitación ha operado fundamentalmente en tres campos: en primer lugar, para señalar una diferencia adicional en familiares homónimos (inveterada costumbre la de llamar a los hijos como a uno mismo), como en el siguiente ejemplo, tomado del diario costarricense *La Nación*:

> Una de dos, o pilla uno la tajada de joven y luego la olvida, como George Bush junior, o terminas dando traspiés en los actos oficiales como Boris Yeltsin, a quien Dios conserve vivo y guarde en vodka.

Del mismo modo, se habla de «júnior» y «sénior», para referirse a la categoría deportiva que tiene en cuenta la edad de los jugadores («el Atleti júnior», «el Mundial júnior») y, en el ámbito laboral, para referirse a la experiencia (y se supone que buen hacer) de los trabajadores, a menudo en referencia a cargos de cierta responsabilidad («un responsable sénior», «un editor júnior»).

En todos estos casos, no es extraño encontrar las abreviaturas Jr. o Sr. que, no por casualidad, coincide con la

que utilizamos para el tratamiento de cortesía «señor», resultado de *senior* en español, que también ha perdurado con el posesivo en otras lenguas romances, como el italiano («monsignore», con la misma especialización religiosa que su adaptación en español: «monseñor») o francés («monsieur», de uso más común y deformado en español como misí, en la popular canción infantil «pase misí, pase misá», femenino analógico este último de lo que en realidad debería haber sido «madame»).

Todos estos tratamientos son resultado de un principio de cortesía, que se impone ya en el Bajo Imperio, según el cual para mostrar deferencia al interlocutor es necesario situarse en una posición jerárquicamente inferior (fingirlo al menos), para lo cual, un mecanismo frecuente es utilizar apelativos para ensalzar su dignidad. Así, además de recurrir a la edad, se podía apelar a la autoridad y referirse a él como «amo», «señor», en latín *dominus*, apocopado después en el tratamiento «don» (o «doña», procedente de *domina*), o incluso al ascendiente que otorga el saber, y llamarle entonces *magister*, evolucionado en esos contextos en la forma «maese», aunque caído en desuso, en consonancia con el desprestigio de la figura del maestro, cuyo magisterio ha quedado desplazado por la ocupación de profesor. Solo se salva el míster; está claro que el deporte impone más prestigio que la enseñanza, sobre todo si procede del inglés.

Y ahora un chiste fácil: si en Roma *magister* era el maestro, *minister* era el sirviente (el que vale menos); cambiadas las tornas, los ministros, dios sabe cómo, han alcanzado el poder de dejarnos sin maestros.

***Si vis pacem, para bellum*:** «Si quieres la paz, prepara la guerra», oxímoron erróneamente atribuido a Julio César, seguramente por su fama de gran estratega; sin embargo, la

máxima procede del tratado *Sobre las instituciones militares* (3, pref.) de Flavio Vegecio, autor tardío, del siglo IV. Se ha convertido en una locución muy usada en ambientes militares y frase favorita de grandes generales, Napoleón entre otros, y también en divisa de cualquier política militar preventiva, origen, entre otras cosas, de periodos tan funestos para Occidente como la llamada Guerra Fría.

La segunda parte de la locución se ha transformado en una sola palabra, ***parabellum***, que designa el tipo de munición de gran calibre (9 milímetros por 19) empleada por las tropas alemanas durante la Primera y la Segunda Guerra Mundial. Y hablando de armas, no se debe pasar por alto la denominación de ***magnum*** al cartucho que dispara un revólver Magnum 357, llamado así por la enorme capacidad de perforación y destrucción que desarrolla el arma.

Sic*:** véase ***quandōque bonus dormītat Homērus.

Sic transit gloria mundi*:** véase ***ubi sunt?

Sine die*:** véase ***modus operāndi.

***Sit tibi terra levis*:** «Que la tierra te sea leve», epitafio funerario, de una gran fuerza poética, con que se despedía a una persona querida. Esos duros romanos, que conquistaron el mundo conocido y que se divertían con los sangrientos espectáculos circenses, también fueron capaces de expresar de manera inigualable la desesperación ante la muerte de un ser querido. La poesía latina ha recogido este epitafio —que suele aparecer abreviado en las lápidas con la fórmula *S.T.T.L.*— en multitud de ocasiones, con

ligeras variaciones, como en este bellísimo epigrama de Marcial (6, 52) a la muerte de un joven esclavo, autor del que nadie esperaría tanta delicadeza y dolor y que, sin embargo, es el que más y mejor usó esta fórmula de despedida:

Hoc iacet in tumulo raptus puerilibus annis
Pantagathus, domini cura dolorque sui,
vix tangente vagos ferro resecare capillos
doctus et hirsutas excoluisse genas.
Sis licet, ut debes, tellus, placata levisque,
artificis levior non potes esse manu.

En este túmulo yace Pantagato, preocupación
y dolor de su amo, arrebatado en tierna edad,
experto en recortar rozando apenas con la tijera los cabellos
y rasurar mejillas hirsutas.
Aunque seas, tierra, en la medida que puedas, suave y leve,
no te es posible ser más leve que su mano de artista.

En nuestros cementerios tenemos expresiones cristianas que corresponden a esta fórmula de despedida: la más conocida es, en latín, ***requiēscat in pace*** (*R.I.P.*), con ese subjuntivo volitivo que expresa un último deseo desesperado, cuya traducción se ha hecho más frecuente según el latín se ha ido olvidando: «descanse en paz» (*D.E.P.*). Inútil deseo para lo que ya no existe, triste consuelo para los vivos.

Si los epitafios latinos acababan con esta dulce expresión, comenzaban con otra fórmula que conviene conocer, *D.M.S.*, esto es, ***diis Manibus sacer*** o ***sacra***, «consagrado a los dioses Manes» o dioses infernales, que se ocupaban del alma del finado, fórmula eufemística de indicar que el alma de una persona ha cambiado el trajín diario por la paz eterna.

***Statu quo*:** «En el estado en que», «en la situación actual»; expresión muy usada y conocida, aunque no siempre bien entendida y menos aún empleada, cuyo significado se refiere al equilibrio, que no ha de ser necesariamente igualitario, que se ha producido entre dos partes enfrentadas y que, de algún modo, ha quedado consolidado; por poner un ejemplo, el *statu quo* de Oriente Medio alude sin nombrarla a la terrible y desigual situación en la que conviven los estados de Israel y Palestina en el valle de Hebrón.

A la hora de usar esta locución, hay que evitar el contagio de la forma inglesa, *status quo*, como a menudo ocurre en la prensa escrita y no digamos ya en la información televisiva o radiada; véase este ejemplo extraído de *El País* del 17 de diciembre de 2011, hablando de la situación en Egipto, «cuando la corrupción, que no permitía esperar cambios en el *status quo* gubernamental, ahuyentaba a los ciudadanos»; y si se quiere emplear en plural, la norma dice que hay mantenerla invariable: «los *statu quo*», y no «los *status quo*». Esta locución latina aparece en combinación con los verbos «mantener el *statu quo*», «cambiar el *statu quo*», «forzar un nuevo *statu quo*», etc. Recordemos además que la pronunciación de la segunda parte de la locución debe ser monosilábica, es decir, [*kuó*], como en ***quid pro quo***.

Status Quo, así, a la inglesa, es el nombre de la banda británica de rock duro fundada en 1967, ahora ya de viejos rockeros, que se ha convertido en una banda legendaria. Ignoramos por qué eligieron ese nombre, presente ya en su primer disco, *Picturesque Matchstickable Messages from the Status Quo* (1968), pero desde entonces hasta ahora mismo siguen jugando en los títulos de sus discos con el segundo elemento de la ecuación, *Quo*, como llamaron a su disco de 1974, el álbum grabado en directo *Live Alive Quo* y el último álbum, de 2011, que juega con dos expresiones latinas, *Quid pro Quo* (véase ***do ut des***) y, claro está,

status quo, que, como se ha explicado *supra*, en español se forma en ablativo: *statu quo*.

***Sub iudice*: véase *modus operāndi*.**

***Sui generis*: véase *mutātis mutāndis*.**

***Sursum corda*:** «Arriba los corazones». En origen se trata de una expresión de la liturgia cristiana, del prefacio de la misa, que se traduce actualmente por «levantemos el corazón» o «arriba los corazones», fervorosa exhortación del oferente a volverse hacia Dios. Pero, como sucedía con frecuencia cuando las misas eran en latín, el feligrés no identificaba con exactitud el significado de algunas expresiones, y las recomponía según su entender. *Sursum corda* pronto se entendió como una sola palabra, «sursumcorda» o «sursuncorda», y se usó y se sigue usando, aunque actualmente mucho menos, con un sentido completamente pagano, al identificarlo con un personaje anónimo de gran autoridad: «De esta no te libra ni el sursuncorda»; o al que no se piensa obedecer: «No voy allí aunque lo mande el sursuncorda» (Lázaro Carreter, *El dardo en la palabra*). Es más que probable que el primer elemento de la expresión litúrgica, el adverbio *sursum*, sonara, para los aficionados al latín, parecido a *summum*, es decir, «el más grande», y de ahí que *Sursum corda* viniera a ser interpretado algo así como el Gran Kan, es decir, un personaje legendario en el imaginario popular, procedente tal vez del Antiguo Testamento, texto siempre críptico y plagado de grandes personajes. La asociación fonética aquí propuesta bien pudo verse apoyada por el contexto litúrgico y el general desconocimiento del latín y los textos bíblicos. Por qué no, cosas más raras se han visto.

Aunque también puede haber otra explicación: puesto que *sursum corda*, «levantemos los corazones», son dos palabras latinas del prefacio de la misa que el sacerdote pronunciaba elevando los brazos al cielo, el pueblo pudo creer a partir de ese gesto que tales palabras designaban al Sumo Hacedor.

Esa asociación con la liturgia explica además la similitud de significado que comparte con la expresión ***sancta sanctōrum***, «santo de entre los santos», que designaba en origen la celda o lugar sagrado y escondido, especialmente recóndito y santo, donde se guardaba el Arca de la Alianza en el templo de Salomón, en Jerusalén. Yahvé fue muy escrupuloso cuando dictó a Moisés cómo debía ser el templo, el arca y el altar donde recibir las ofrendas y hasta cómo debía confeccionarse el perfume con que ungir todos los utensilios del culto:

> Con él ungirás la tienda de la reunión y el arca del testimonio [...]. Santificadas así todas estas cosas, serán santísimas [*sancta sanctorum*] y todo cuanto las tocare quedará santificado (Éxodo, 30, 26-29).

A partir de ahí se ha convertido en comodín para designar el cubículo más importante e inaccesible de cualquier institución, privada o pública, desde un despacho hasta la sala del tesoro, perdiendo las mayúsculas y escribiéndose en una sola palabra: «Los libreros anticuarios de las principales ciudades de Europa guardan celosamente en su sanctasanctórum algunos de los bellos libros que pudieron adquirir en París», que dice Emili Brugalla. No todos podemos entrar en el sanctasanctórum de nuestras empresas; algunos ni tan siquiera lo pretendemos.



Tempus fugit *(El tiempo se escapa)*



Tempus fugit*:** Literalmente, «el tiempo se escapa», es decir, «se nos pasa el tiempo volando», sobre todo cuando se disfruta, ¿no es verdad? Como ***ruit hora, «el tiempo corre», y otros aforismos de este tipo, la expresión *tempus fugit* es un adorno frecuente en las meridianas solares y en algunos relojes que se quieren beneficiar del estilo que aporta siempre lo clásico, como bien saben algunos publicistas. Su origen se encuentra en unos versos del poeta Virgilio (*Geórgicas*, 3, 284), mucho más bellos, sin duda: *sed fugit interea, fugit inreparabile tempus, singula dum capti circumvectamur amore*, «pero huye entretanto, huye irrevocable el tiempo, mientras nosotros vagamos, prisioneros del amor a los detalles». Muchos siglos después, con el mismo espíritu y tono lírico, escribió John Lennon que «la vida es lo que te pasa cuando estás ocupado haciendo otros planes» (*Life is what happens to you / While you're busy making other plans*, «Beautiful Boys», del álbum *Double Fantasy*, 1980).

La idea que expresan estas frases las incluyen en una larga serie de adagios en latín, como *tempus edax rerum*, «el tiempo que todo lo devora» (Ovidio, *Metamorfosis*, 15, 234); *stat sua quisque dies* (Virgilio, *Eneida*, 10, 467), «hay un día para cada uno» —o lo que es lo mismo, «a cada cerdo le llega su sanmartín»—, verso que continúa *breve et inreparabile tempus omnibus est vitae*, «el tiempo de la vida es breve para todo el mundo»; *tempus omnia fert, sed et aufert omnia tempus*, «el tiempo todo lo trae, pero también

todo se lo lleva el tiempo»; ***ars longa vita brevis*** (véase esta entrada) y un largo etcétera de funestas afirmaciones que nos recuerdan sin piedad lo efímero de la existencia y la necesidad de adoptar una postura hedonista y aprovechar el momento mientras dure (véase ***carpe diem***, idea claramente más optimista). También Catulo, poeta latino del siglo I a. C., lo expresó admirablemente en estos versos (5, 4-6):

Soles occidere et redire possunt:
nobis, cum semel occidit brevis lux,
nox est perpetua una dormienda.

Los soles pueden caer y resurgir:
Nosotros, una vez se haya apagado nuestra breve vida,
Habremos de dormir una única noche perpetua.

La idea caló profundamente y se convirtió en un tópico literario utilizado por multitud de poetas, desde las sentidas *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique, sin obviar ejemplos más cáusticos, como el poema «¡Que se nos va la Pascua, mozas!», de Luis de Góngora, hasta llegar a otras muchas recreaciones más recientes, que sería largo enumerar. Sin embargo, por suerte o por desgracia, en la actualidad el tiempo ha dejado de preocupar tanto por su naturaleza inasible y pasajera, para pasar a ser considerado con relación a criterios crematísticos y de productividad. De ahí que digamos más bien que el «tiempo es oro», aunque en origen la expresión se sirva del valor metafórico del oro, como objeto muy valioso («el tiempo es un tesoro» por su cortedad), o incluso, con espíritu aún más comercial, «time is money», que se atribuye nada más y nada menos que a Benjamin Franklin, uno de los padres fundadores de Estados Unidos, donde parece haber recibido amplio predicamento.

Timeo Danaos et dona ferēntes: «Temo a los dánaos incluso haciendo regalos» o mejor «miedo me dan los dánaos incluso cuando traen regalos»; proverbial verso de la *Eneida* de Virgilio (2, 49), cuando, en el relato de la caída de Troya que Eneas le hace a la reina Dido, el desdichado sacerdote Laocoonte intenta convencer a sus conciudadanos troyanos de que no introduzcan el caballo de madera que los griegos inopinadamente han dejado abandonado, como si fuera un regalo, ante las puertas de las murallas de la ciudad. Mientras pronunciaba estas palabras, según narra Virgilio, un monstruo marino, surgido de las aguas, se precipitó sobre él y sus hijos y los devoró ante los aterrorizados troyanos (este momento es el que representa el famoso grupo escultórico helenístico de *Laocoonte y sus hijos*, del Museo Vaticano), que interpretaron el prodigio como una señal del enfado divino por dudar de la buena fe de los griegos al dejar aquel caballo de madera, supuestamente consagrado a la diosa de ojos glaucos, Atenea. Como ya sabemos, el caballo era un engaño urdido por Ulises, pues dentro se escondían los grandes jefes griegos aún vivos, que, al anochecer, abrieron las puertas de las murallas a las tropas griegas que se habían retirado momentáneamente a la isla de Ténedos. Aquel fue el triste final de Troya, que sucumbió completamente saqueada y arrasada por el ejército de los griegos.

La frase en cuestión designa la desconfianza que se debe tener a los pueblos enemigos, incluso cuando uno de ellos parece renunciar a las actividades bélicas. De hecho, la proverbial rivalidad entre griegos y troyanos, narrada en la *Ilíada* por Homero, también fue recogida por Virgilio, pero referida a tirios y troyanos, en el verso puesto en boca de la reina Dido, cuando le ofrece a Eneas su reino, Tiro, y le asegura que ninguna distinción hará entre tirio y troyano (*Tros Tyriusque mihi nullo discrimine agetur*, 1, 574). A partir de ahí, en español la expresión «llevarse como

tirios y troyanos» se refiere a grupos de personas que siempre andan a la gresca, como el perro y el gato, y recoge, por falsa asimilación del pueblo tirio con los griegos, proverbiales enemigos de los troyanos, la idea de que bajo «tirios y troyanos» están los enemigos que lucharon en torno a Troya, es decir, aqueos y troyanos.

Ya que la confusión reside en la nomenclatura, veamos brevemente las denominaciones de ambos ejércitos. «Griegos» es el término latino y actual para designar a los dánaos, los descendientes de Dánao, un rey exiliado y emigrante que llegó a las costas de Argos con sus cincuentas hijas, las Danaides, de triste historia, huyendo de su hermano Egipto. También son llamados «argivos», por proceder de la ciudad de Argos, capital del Peloponeso, y «aqueos», nombre geográfico de una parte de Grecia continental. Frente a los «dánaos», «argivos» o «aqueos», bárbaros occidentales, guerreros más bien embrutecidos, los «troyanos» eran representantes de las ciudades comerciales del Oriente, prósperas y cultas, más ocupadas en el emporio o comercio (Troya era puerto de mar) que en la guerra. Se les conocía por el gentilicio «teucros», de Teucro, primer rey mítico de la Tróade.

Y ya que de gentilicios anda la cosa, no deja de ser enigmático y sorprendente el porqué los romanos decidieron llamar a los helenos «griegos», gentilicio con el que se denominaba una tribu de la parte noroccidental de Grecia, el Epiro actual y con el que los griegos de entonces y los de ahora nunca se han sentido identificados, puesto que se denominan helenos. El caso es que el término latino *graecus* designaba desdeñosamente a los habitantes de Grecia y, por la fuerza del Imperio romano, ha perdurado hasta imponerse en todas las lenguas actuales.

Tiquismiquis: véase **quisqui**.

***Totum revolūtum*:** «Todo revuelto», es decir «confusión total». Expresión que no se documenta en la literatura latina antigua, pero cuyo uso ha alcanzado cierta notoriedad y frecuencia, aun hoy en día. La RAE, castellanizándolo según su costumbre (tótum revolútum), lo parafrasea como «revoltijo», palabra muy adecuada, por cuanto procede de la misma raíz que *revolutum*, es decir, el verbo *revolvere*, que puede significar «dar la vuelta», «revolcar» acción de la que este desorden es el resultado.

Este «principio giratorio» está también, como señala Joan Corominas, en la base de otro vocablo, más agresivo sin duda, como es el nombre, tomado del inglés, del arma con un cilindro giratorio que da vueltas en torno a una órbita, el revólver, cuyo calibre mayor, el *magnum*, se destaca también con nombre latino (véase ***si vis pacem para bellum***).

La locución *totum revolutum* se suele usar habitualmente de manera despectiva para emitir un juicio sobre una creación que no maneja sus referentes con coherencia y, en general, para dar a entender que un determinado asunto mezcla elementos de manera indiscriminada e inordinada. Podemos ilustrarlo a través del siguiente ejemplo tomado de la prensa, afirmación de Pedro Pablo Miralles que, aunque pueda parecer de lo más actual, fue escrita en el decenio de los noventa («cosas veredes...»):

> La desresponsabilización de los agentes universitarios mediante una red asfixiante de canales burocráticos de participación genera un *totum revolutum* estéril para la docencia y la investigación, y ello repercute de forma negativa principalmente en los estudiantes (*El Mundo*, 18/05/1994).

Existen otras expresiones que transmiten una idea similar o que, al menos, se usan de manera más o menos intercambiable con esta, que sigue resultando, por más que se haya banalizado su uso, más distinguida que el castizo «cajón de sastre». Nos referimos a ***mare magnum***, literalmente «gran mar», que fue en origen la denominación que, junto a ***mare nostrum*** («nuestro mar», por haberse apropiado de él en su totalidad), los romanos daban al mar Mediterráneo, por aquel entonces ya un crisol de culturas diversas. Hoy la navegación por antonomasia se realiza en la red y las grandes conquistas son las tecnológicas, de modo que no extraña que Mare Nostrum sea el nombre que han dado al supercomputador más potente de nuestro país. En nuestros días, la palabra maremágnum, así castellanizada, tiene el sentido de «abundancia, grandeza o confusión»; parece por tanto bastante adecuado que haya servido para dar nombre a un gran centro comercial y lúdico situado precisamente a los pies del *mare nostrum*, el Mediterráneo.

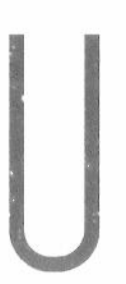
Aunque con un significado algo alejado, también se utiliza en referencia al desorden y la confusión el sustantivo pandemónium, que activa de inmediato connotaciones mágicas, pues no en vano fue usado por el poeta John Milton para denominar la capital del infierno en su gran obra *El paraíso perdido*. Seguramente a imagen de **panteón** (que procede del griego y en su origen significa «todos los dioses»), **pandemónium** es un neologismo que se sirve igualmente del griego (πάν, «todo», y δαιμόνιον, «demonio», aunque en la mitología griega esta denominación no tuviera nada que ver con los monstruos con cuernos y rabo que enseguida nos vienen a la cabeza, sino que designaba a ciertos seres sobrenaturales que, sin participar de la naturaleza divina, animaban la realidad en sus múltiples manifestaciones). Desde ese origen literario y culturalista, pandemónium (que la Academia destierra en lugar del más fácilmente pronunciable pandemonio) ha pasado a signi-

ficar en castellano «lugar con mucho ruido y confusión», lo que la hace muy apta para referirse al estruendo de la música electrónica en discotecas o *raves*, o simplemente a un lugar desordenado y caótico, a lo que, por cierto, los franceses dan el nombre de *capharnaüm*.

Tu quoque: «Tú también». Esta locución latina suele utilizarse para indicar sorpresa y tristeza por la ingratitud de alguien, como una forma abreviada de decir: «También tú me haces esto». *Tu quoque* son las primeras palabras de la frase *Tu quoque, fili mi*, que al parecer habría pronunciado Julio César antes de morir. Decimos «al parecer», porque el asunto no está muy claro. Ya saben que César fue asesinado en las idus de marzo del 44 en una conspiración encabezada por Bruto y Casio, y que recibió veintitrés puñaladas que obviamente acabaron con su vida. Plutarco en su narración del magnicidio dice que César, al ver a Bruto, dejó de defenderse y se cubrió el rostro con la toga, sin pronunciar palabra. Suetonio, sin embargo, transmite que hay autores que aseguran que, antes de morir y al ver a Bruto entre los conjurados, el dictador pronunció en griego la frase de marras. Bruto era hijo de Servilia, una de las amantes de César, y hay quien apunta la posibilidad de que fuera hijo natural de este. Aunque este extremo es imposible de confirmar, sí tenemos testimonios del trato deferente que César profesaba a Bruto y, por tanto, parece comprensible su tristeza al verlo entre los conjurados, de manera que, si no dijo esas palabras, seguramente las pensó, como apunta Plutarco. Sea como fuere, lo cierto es que ha pervivido la versión latinizada de sus palabras y que su primera parte se ha convertido en una frase hecha, que utilizamos con el sentido que apuntábamos más arriba.

Sin que tenga relación probada con lo hasta aquí dicho, *tu quoque* es también el nombre que damos a un re-

curso retórico, consistente en refutar los argumentos del contrincante dialéctico, arguyendo que su comportamiento está en contra de sus palabras; lo que en castellano solemos resumir con la expresión «y tú más». Un tipo de argumento *ad personam* o ***ad hominem*** (véase esta entrada), que no es más que una burda falacia, empleada cuando no tenemos respuesta para contestar a aquello de lo que se nos acusa. Está mal, desde luego, no predicar con el ejemplo; como dice el refrán: «consejos vendo y para mí no tengo»; también Cicerón decía: «No hay nada más intolerable que exigir a otro cuentas de su vida quien no puede rendirlas de la suya», pero eso no ha de servir para invalidar los consejos o advertencias que recibimos. Que nuestro médico fume no es justificación para no seguir su prescripción de no fumar. Séneca el filósofo predicó en numerosos pasajes de su obra la renuncia a las riquezas, aunque él era rico; cuando los demás refutaban su prédica con el recurso al *tu quoque*, él respondió con otra falacia muy simpática: «no se debe admirar al que lo consigue, sino al que lo intenta».



Ubi sunt? (*¿Dónde están?*)

Ubi sunt?: «¿Dónde están?»; tópico literario, usado en la literatura romana, como en este insistente fragmento de Valerio Máximo (*Hechos y dichos memorables*, 5, 6, ext. 4):

> *ubi sunt superbae Karthaginis alta moenia? ubi maritima gloria inclyti portus? ubi cunctis litoribus terribilis classis? ubi tot exercitus? ubi tantus equitatus? ubi inmenso Africae spatio non contenti spiritus?*

> ¿Dónde están las altas murallas de la orgullosa Cartago? ¿Dónde la gloria marítima de su ínclito puerto? ¿Dónde su flota, terrible para todas las costas? ¿Dónde tan gran ejército? ¿Dónde tan numerosa caballería? ¿Dónde su ambición, que no cabía en el inmenso espacio de África?

Posteriormente el tópico fue muy difundido en las literaturas europeas, sobre todo a partir del Medievo, que conservó su formulación latina. Se trata de una pregunta retórica sobre la fugacidad de las glorias mundanas, la vanidad del poder y, en general, de las posesiones terrenas. Suele usarse para preguntar por grandes personajes históricos o por aspectos importantes de la vida como la belleza, la juventud, el honor, etc.

Ideológicamente, sobre todo a partir de la Edad Media, sirve para expresar la concepción cristiana de la vida en la tierra como un tránsito hacia otra vida inmarcesible, muy presente en las llamadas *Danzas de la muerte*. *Las coplas a la*

muerte de su padre de Jorge Manrique son, sin duda, la mejor expresión en la literatura española de este tópico literario, que esconde una profunda decepción ante la vida y un temor ante la muerte; oigamos solo un lamento:

¿Qué se hizieron las damas,
sus tocados e vestidos,
sus olores?
¿Qué se hizieron las llamas
de los fuegos encendidos
d'amadores?
¿Qué se hizo aquel trovar,
las músicas acordadas
que tañían?
¿Qué se hizo aquel dançar,
aquellas ropas chapadas
que traían?

Pero sin duda el ejemplo más acabado del *ubi sunt?* en la literatura occidental salió de la pluma de un goliardo pendenciero y borracho, probablemente ajusticiado en la horca, François Villon (¿1431-1463?). Baste la primera estrofa de su archiconocida *Balada de las nieves de antaño*, repleta de alusiones clásicas con errores, búsquelos el lector curioso:

Dictes moy ou, n'en quel pays,
Est Flora, la belle Rommaine;
Archipiades, ne Thaïs,
Qui fut sa cousine germaine,
Echo parlant quant bruyt on maine
Dessus riviere ou sus estan,
Qui beaulté ot trop plus qu'humaine.
Mais ou sont les neiges d'antan?

Decidme dónde, en qué país,
está Flora, la bella romana;
Archipiada y Thais,
que era prima hermana suya;
Eco, que habla cuando se le lleva ruido
sobre ríos o estanques,
que tuvo una belleza más que humana,
Pero, ¿dónde están las nieves de antaño?
(Trad. de Carlos Alvar)

Este hermoso poema del *ubi sunt?* ha tenido su trascendencia en la poesía española, donde hemos encontrado adaptaciones muy logradas, como esta del *Museo de cera*, de José María Álvarez, en cuya segunda estrofa se repite con insistencia el tópico del *ubi sunt?*:

Dónde está Edith Piaf,
Destrozada en un espejo de relámpagos,
Que al amor coronó sobre la miseria?
Nos acompañó tanto en noches tan sombrías.
Y dónde está «Ma» Rainey
La austera hija del Georgia
Que entonaba el blues como Villon debía recitar?
Pero y nosotros que tanto las amamos?

Emparentada con esta expresión está la frase medieval ***sic transit gloria mundi***, «así pasa la gloria del mundo», de evidente raigambre cristiana. Al parecer procede del monje alemán Tomás Kempis (1380-1471), que en su *Imitación de Cristo* tiene una frase parecida: *O quam cito transit gloria mundi* (1, 3, 6) («Qué rápido pasa la gloria del mundo»). La expresión se usaba en la coronación de los papas como un *memento mori* (véase ***et in Arcadia ego***) cuando un monje, tras quemar una tira de lino, la pronunciaba para recordar al Sumo Pontífice que, a pesar de

la pompa y boato que acompañan a la ceremonia, él era mortal, algo similar a la función que supuestamente debía desempeñar el esclavo que iba en el carro triunfal detrás del general victorioso, recordándole que era mortal, en la ceremonia romana del triunfo, algo logradamente representado en *La caída del Imperio romano* (Anthony Mann, 1964). Este ritual católico, con todo, dejó de practicarse desde que Juan Pablo II renunció a la tiara papal y a la ceremonia de coronación.

***Ubi tu Caius, ego Caia*:** «Donde tú Gayo, yo Gaya». Frase ritual del matrimonio romano, pronunciada por la esposa, que simboliza la unión total de los esposos y la obediencia de la mujer al parecer del marido. La secuencia *tu Caius* parece estar en el origen del sustantivo «tocayo», que significa «del mismo nombre». El ejemplo sirve para recordar que el latín carecía de la letra <*g*> para la representación de la velar sonora, [*g*]; por ello, ambas velares, la sonora [*g*] y la sorda [*k*], recibían la misma grafía: <*c*>. Ello ha provocado cierta confusión a la hora de leer el nombre *Caius*, que debe leerse [*gáyus*] y no [*káyus*], por mucho que algún político se llame así.

A pesar de tratarse de una sociedad eminentemente patriarcal, el papel de la esposa en Roma, con respecto a la ateniense, revela una mayor consideración y un profundo respeto social hacia la mujer; para empezar, la esposa acompañaba a su marido en los actos públicos, cenas y otros eventos; y dentro del hogar la esposa se encargaba de la administración de los esclavos, del orden doméstico y de la educación de los hijos, al menos hasta una cierta edad, si se trataba de varones. Aunque era su obligación someterse a la *potestas* del marido y *pater familias*, puesto que, a todos los efectos, quedaba sujeta a la autoridad del esposo como si se tratara de una hija más, sin capacidad jurídica,

una esposa podía expresar su opinión y defender sus intereses.

Se debe advertir, con todo, que con esta frase ritual nos estamos refiriendo al matrimonio que contraían las clases aristocráticas romanas (*cum manu*), mucho más tradicionales y conservadoras en sus vínculos, donde las uniones en principio eran de por vida. Sin embargo, la ciudadanía de a pie, es decir, la inmensa mayoría contraía un matrimonio menos vinculante, *sine manu*, que se rompía en el momento en que el hombre pedía a la mujer que cogiera sus cosas (*tuas res habeto*) y se marchara, o cuando ella pasara tres noches seguidas fuera del hogar.

El matrimonio en Roma era una cuestión familiar, no un deseo privado entre dos individuos enamorados; de hecho, podemos afirmar con toda rotundidad que el amor rara vez funciona como motivo matrimonial en la clase patricia, realidad que todos los romanos y sobre todo las romanas conocían y aceptaban. Las jóvenes patricias romanas recibían una educación muy peculiar, encaminada a convertirlas en dignas matronas romanas, mantenedoras de los valores romanos y dispuestas al sacrificio por la patria.

El resto de la ciudadanía vivía más apegada a la realidad y sus necesidades, como dejan ver las inscripciones pompeyanas; el matrimonio no era una preocupación real para ellos, puesto que el divorcio funcionaba a las mil maravillas, y estas uniones eran privadas y no tenían validez administrativa. El problema de los matrimonios no es otro que el mantener a los hijos que nacen, procurarles alimento y abrigo, y ponerlos bajo la tutela de algún noble, relación de clientelismo que en Roma era casi la única manera de sobrevivir de que disponía la ciudadanía libre, puesto que los oficios solían estar en manos de los esclavos, que, por supuesto, no tenían derecho al matrimonio ni poder sobre sus propios hijos.



Vae victis! (*¡Ay de los vencidos!*)

Vae victis!: La frase «¡ay de los vencidos!» ha hecho historia. En otras épocas se decía en latín *vae victis!*, pero hoy resultaría quizá excesivamente pedante. Suele emplearse para manifestar las injusticias que se cometen con los sometidos, que nunca tienen derecho a nada. Livio (5, 48, 8-9) la pone en boca de un galo, de la tribu de los senones, llamado Breno, que comandaba las tropas que allá por el año 390 a. C. invadieron Roma. El episodio de la toma de Roma por los galos está rodeado de hermosas leyendas, algo que suele ocurrir cuando los historiadores, defensores de la grandeza de Roma, se veían en la necesidad de tapar una realidad poco gloriosa. Y tanto empeño ponían en disimular la realidad de la derrota que al final consiguieron el efecto contrario, pues resulta que parecen más famosos los fracasos que las victorias de los romanos, hasta el punto de convertir en proverbiales frases como esta o «pasar bajo las horcas caudinas», que recuerda el famoso descalabro romano en Caudio (*Caudium* en latín) frente a los samnitas.

La derrota frente a los galos se produjo junto al río Alia, distante de Roma 15 kilómetros, y dejó en manos de estos senones la ciudad; solo unos cuantos romanos, a cuyo frente estaba Manlio, luego llamado Capitolino, consiguieron defender los *sacra* y el tesoro en el Capitolio. Al cabo de siete meses de sitio, los senones, que no parecían tener tanto interés en la conquista del territorio como en conseguir un sustancioso botín, pactaron con los romanos levantar el

sitio a cambio de una elevada cantidad de oro. Cuando se estaba desarrollando el pesaje del oro uno de los emisarios romanos se percató de que las pesas estaban trucadas y los romanos se veían obligados a poner en el platillo del oro una cantidad superior a la estipulada. Ante la reclamación del romano, Breno colocó su enorme espada en el platillo de las pesas, pronunciando, sin duda en lengua celta, esta frase, demasiado filosófica para un bárbaro, que ha quedado como exponente de la triste situación del vencido. Una frase que en un mundo tan competitivo como el nuestro se emplea no solo en el ámbito bélico, sino en el más amplio de la cotidiana lucha por la vida. Es probable que fuera inventada, si no por Livio, por algún historiador anterior, formado en alguna escuela griega.

***Veni, vidi, vici*:** Otra de las frases de César que se ha mantenido vigente en la fraseología castellana es la que pronunció después de la batalla de Zela: «Llegué, vi, vencí» (Suetonio, *César*, 35, 2), una expresión que todavía se oye en latín, *veni, vidi, vici*, por la razón que apunta Plutarco: «En latín, estas palabras, al tener la misma terminación, tienen gran expresividad en su concisión». Podríamos añadir que no es solo la terminación, sino la aliteración de la /*v*/ en posición inicial y la secuencia de los tres bisílabos. Solemos emplear la frase cuando queremos indicar rapidez y eficacia en la ejecución de un asunto.

En Zela, César derrotó a Farnaces, rey del Ponto, quien había aprovechado la guerra civil entre César y Pompeyo para iniciar una expansión por la península de Anatolia que le llevó a ocupar Bitinia y Capadocia. Julio César, después de la muerte de Pompeyo en Alejandría, marchó contra él y lo derrotó en un combate que duró cuatro horas. Pero el general no pronunció esta frase, como podría suponerse, por mera jactancia, sino que su intención era burlarse de

Pompeyo, quien había necesitado numerosas tropas y más de un año para derrotar a Mitrídates, el padre de Farnaces y viejo enemigo de los romanos, que fue derrotado por Sila en el 85 a. C. y luego por Pompeyo en el 65 a. C. Suetonio explica la intención irónica de la frase de César:

> Lo derrotó en una sola batalla al quinto de su día de su llegada y a las cuatro horas de haberlo avistado, recordando con frecuencia la fortuna de Pompeyo, que había conseguido la principal gloria de su carrera sobre unos enemigos tan cobardes.

Verba volant, scripta manent*:** véase ***fama volat.

Vir bonus dicēndi perītus*:** véase ***rem tene, verba sequēntur.

ÍNDICE DE LOCUCIONES LATINAS

ÍNDICE DE TÉRMINOS ESPAÑOLES

SUMARIO